EDGAR RICE BURROUGHS

UNA PRINCESA DE MARTE





Biblioteca gratuita
talcaldeg.github.io/fenix

Una princesa de Marte

Edgar Rice Burroughs

Traducción de Proyecto Fénix

Edición al cuidado de Tomás Alcalde

Proyecto Fénix

Portada: Thomas Moran, «Acantilados del alto río Colorado, Territorio de Wyoming», 1882 (dominio público, Wikimedia Commons).

Índice

Nota de esta edición 6

Al lector de esta obra 8

I En las colinas de Arizona 12
II La fuga de los muertos 20
III Mi llegada a Marte 25
IV Un prisionero 33
V Eludo a mi perro guardián 40
VI Una pelea que ganó amigos 45
VII La crianza de los niños en Marte 50
VIII Una hermosa cautiva del cielo 56
IX Aprendo el idioma 62
X Campeón y jefe 67
XI Con Dejah Thoris 78
XII Un prisionero con poder 85
XIII El cortejo en Marte 91
XIV Un duelo a muerte 98
XV Sola me cuenta su historia 108
XVI Planeamos la fuga 117
XVII Una recaptura costosa 128
XVIII Encadenado en Warhoon 137
XIX Combate en la arena 142

XX En la fábrica de atmósfera 148
XXI Un explorador aéreo para Zodanga 158
XXII Encuentro a Dejah 169
XXIII Perdido en el cielo 180
XXIV Tars Tarkas encuentra a un amigo 187
XXV El saqueo de Zodanga 195
XXVI A través de la carnicería hacia la alegría 201
XXVII De la dicha a la muerte 208
XXVIII En la cueva de Arizona 214

Nota de esta edición

Edgar Rice Burroughs publicó *A Princess of Mars* en 1912, por entregas en la revista *The All-Story* (con el título *Under the Moons of Mars*), y como libro en 1917 en Chicago (A. C. McClurg). Esta es una traducción de Proyecto Fénix, hecha directamente del inglés según el texto de Project Gutenberg (libro n.º 62), que reproduce la novela completa en sus veintiocho capítulos, con la dedicatoria y la carta «Al lector de esta obra».

Se tradujo cada oración del original, sin resumir ni añadir nada. Los nombres de personas, pueblos y lugares de Barsoom se dejan como en el original, igual que los términos marcianos (jeddak, thoat, calot). Las medidas inglesas (pies, millas, libras) se pasaron al sistema métrico con redondeo natural. John Carter y Dejah Thoris se tratan de «usted» hasta la mitad de la novela y de «tú» después; los marcianos verdes tutean a todos.

La traducción se preparó con ayuda de inteligencia artificial y se revisó contra el original inglés; la edición está al cuidado de Tomás Alcalde. Si encuentras un error, puedes avisarlo desde el sitio de Proyecto Fénix.

El texto de Edgar Rice Burroughs es de dominio público. La pintura de la portada es «Acantilados del alto río Colorado, Territorio de Wyoming» (1882), de Thomas Moran, que conserva el Smithsonian American Art Museum. Traducción de Proyecto Fénix, 2026, con licencia CC BY-NC-SA 4.0: se puede copiar y difundir gratis, con crédito y sin fines de lucro.

A mi hijo Jack

Al lector de esta obra

Al presentarle en forma de libro el extraño manuscrito del capitán Carter, creo que unas palabras sobre este notable personaje serán de interés.

Mi primer recuerdo del capitán Carter son los pocos meses que pasó en casa de mi padre, en Virginia, justo antes de que comenzara la guerra civil. Yo era entonces un niño de apenas cinco años, pero recuerdo bien a aquel hombre alto, moreno, de rostro afeitado y atlético, a quien yo llamaba tío Jack.

Parecía estar siempre riendo; y se unía a los juegos de los niños con la misma cordialidad franca que mostraba hacia los pasatiempos en que se entretenían los hombres y las mujeres de su edad; o se sentaba una hora entera a distraer a mi anciana abuela con historias de su extraña y azarosa vida por todos los rincones del mundo. Todos lo queríamos, y nuestros esclavos casi adoraban el suelo que pisaba.

Era un magnífico ejemplar de hombre: pasaba holgadamente del metro ochenta y cinco, de hombros anchos y caderas estrechas, y tenía el porte del guerrero adiestrado. Sus facciones eran regulares y de trazo limpio, el cabello negro y muy corto, y los ojos de un gris acerado que reflejaban un carácter firme y leal, lleno de fuego y de iniciativa. Sus modales eran perfectos, y su cortesía era la de un caballero sureño típico, del mejor linaje.

Su manera de montar, sobre todo en la caza con jauría, era una maravilla y un deleite aun en aquella tierra de magníficos jinetes. Más de una vez oí a mi padre advertirle contra su loca temeridad, pero él solo reía y decía que el porrazo que lo mataría sería desde el lomo de un caballo que aún no había nacido.

Cuando estalló la guerra nos dejó, y no volví a verlo hasta quince o dieciséis años después. Regresó sin aviso, y me sorprendió mucho ad-

vertir que no había envejecido en apariencia ni un instante, ni había cambiado en ningún otro aspecto exterior. Cuando estaba con otras personas era el mismo hombre afable y alegre que habíamos conocido de antes, pero cuando se creía solo lo he visto pasar horas sentado con la mirada perdida en el espacio, el rostro marcado por una expresión de anhelo nostálgico y de desdicha sin esperanza; y por las noches se sentaba así, mirando al cielo, sin que yo supiera qué miraba hasta que leí su manuscrito años después.

Nos contó que había estado explorando y trabajando en minas en Arizona durante parte del tiempo transcurrido desde la guerra; y que le había ido muy bien lo demostraba la cantidad ilimitada de dinero de que disponía. Sobre los detalles de su vida durante esos años era muy reservado; de hecho, no quería hablar de ellos en absoluto.

Se quedó con nosotros cerca de un año y luego se fue a Nueva York, donde compró una pequeña propiedad a orillas del Hudson. Yo lo visitaba una vez al año, con ocasión de mis viajes al mercado de Nueva York, pues en aquel entonces mi padre y yo teníamos y administrábamos una cadena de almacenes generales por toda Virginia. El capitán Carter tenía una casita pequeña pero hermosa, situada en un risco que dominaba el río, y durante una de mis últimas visitas, en el invierno de 1885, noté que pasaba mucho tiempo escribiendo, supongo ahora que en este manuscrito.

Por entonces me dijo que, si algo le ocurría, deseaba que yo me hiciera cargo de sus bienes, y me dio la llave de un compartimento de la caja fuerte que había en su estudio, diciéndome que allí encontraría su testamento y algunas instrucciones personales que me hizo prometer que cumpliría con absoluta fidelidad.

Después de retirarme a dormir, lo he visto desde mi ventana de pie, a la luz de la luna, al borde del risco que dominaba el Hudson, con los brazos extendidos hacia el cielo como en una súplica. En aquel momento pensé que rezaba, aunque nunca entendí que fuera un hombre religioso en el sentido estricto del término.

Varios meses después de volver a casa tras mi última visita, el primero de marzo de 1886, creo, recibí un telegrama suyo en que me pedía que fuera a verlo de inmediato. Yo siempre había sido su preferido entre la generación más joven de los Carter, así que me apresuré a atender su llamado.

Llegué a la pequeña estación, a un kilómetro y medio de su propiedad, en la mañana del 4 de marzo de 1886, y cuando le pedí al encargado del coche de alquiler que me llevara a casa del capitán Carter, me respondió que, si yo era amigo del capitán, tenía muy malas noticias para mí: aquella misma mañana, poco después del amanecer, el vigilante de una propiedad vecina había encontrado muerto al capitán.

Por alguna razón esta noticia no me sorprendió, pero me apresuré a llegar a su casa lo más rápido posible para hacerme cargo del cuerpo y de sus asuntos.

Encontré al vigilante que lo había descubierto, junto con el jefe de la policía local y varios vecinos del pueblo, reunidos en su pequeño estudio. El vigilante relató los pocos detalles relacionados con el hallazgo del cuerpo, que según dijo todavía estaba tibio cuando dio con él. Yacía, contó, tendido cuan largo era en la nieve, con los brazos extendidos por encima de la cabeza hacia el borde del risco, y cuando me mostró el lugar comprendí de golpe que era exactamente el mismo donde yo lo había visto aquellas otras noches, con los brazos alzados en súplica al cielo.

El cuerpo no tenía marcas de violencia, y con la ayuda de un médico del lugar el jurado del forense llegó pronto a la conclusión de que había muerto de un paro cardíaco. Cuando quedé solo en el estudio, abrí la caja fuerte y saqué el contenido del cajón donde él me había dicho que hallaría mis instrucciones. Eran en parte realmente singulares, pero las he seguido hasta el último detalle con toda la fidelidad que pude.

Ordenaba que trasladara su cuerpo a Virginia sin embalsamar, y que lo depositaran en un ataúd abierto dentro de una tumba que él ha-

bía mandado construir de antemano y que, como supe más tarde, estaba bien ventilada. Las instrucciones me exigían encarecidamente que yo mismo cuidara de que esto se cumpliera tal como él lo había dispuesto, incluso en secreto si fuera necesario.

Sus bienes quedaron dispuestos de tal modo que yo debía recibir todas las rentas durante veinticinco años, al cabo de los cuales el capital pasaría a ser mío. Sus demás instrucciones se referían a este manuscrito, que yo debía conservar sellado y sin leer, tal como lo encontré, durante once años; y tampoco debía divulgar su contenido hasta veintiún años después de su muerte.

Una particularidad extraña de la tumba, donde su cuerpo yace todavía, es que la maciza puerta está provista de una única cerradura de resorte, enorme y chapada en oro, que solo se puede abrir *desde el interior*.

Suyo afectísimo,
Edgar Rice Burroughs.

I. En las colinas de Arizona

Soy un hombre muy viejo; cuán viejo, no lo sé. Quizá tenga cien años, quizá más; pero no puedo decirlo porque nunca he envejecido como los demás hombres, ni recuerdo infancia alguna. Hasta donde alcanzo a recordar, siempre he sido un hombre, un hombre de unos treinta años. Hoy tengo el mismo aspecto que hace cuarenta años y más, y sin embargo siento que no puedo seguir viviendo para siempre; que algún día moriré la muerte verdadera, de la que no hay resurrección. No sé por qué habría de temer a la muerte, yo que he muerto dos veces y sigo vivo; pero le tengo el mismo horror que ustedes, que nunca han muerto, y creo que es precisamente por este terror a la muerte por lo que estoy tan convencido de mi condición mortal.

Y a causa de esta convicción he resuelto escribir la historia de los períodos interesantes de mi vida y de mi muerte. No puedo explicar los fenómenos; solo puedo dejar aquí consignada, con las palabras de un simple soldado de fortuna, una crónica de los extraños sucesos que me ocurrieron durante los diez años en que mi cuerpo muerto yació sin ser descubierto en una cueva de Arizona.

Nunca he contado esta historia, ni ojo mortal verá este manuscrito hasta después de que yo haya pasado a la eternidad. Sé que la mente humana común no cree lo que no logra abarcar, y por eso no pretendo que me expongan a la picota el público, el púlpito y la prensa, ni que me tachen de colosal mentiroso cuando solo cuento las sencillas verdades que algún día la ciencia confirmará. Quizá las ideas que obtuve en Marte, y los conocimientos que puedo dejar en esta crónica, ayuden a comprender antes los misterios de nuestro planeta hermano; misterios para ustedes, pero ya no para mí.

Me llamo John Carter; soy más conocido como el capitán Jack Carter de Virginia. Al terminar la Guerra de Secesión me encontré dueño

de varios cientos de miles de dólares (confederados) y de un grado de capitán en la caballería de un ejército que ya no existía; servidor de un estado que había desaparecido junto con las esperanzas del Sur. Sin amo, sin un centavo y sin mi único medio de vida, el combate, resolví abrirme camino hacia el suroeste e intentar rehacer mi fortuna perdida buscando oro.

Pasé casi un año explorando en compañía de otro oficial confederado, el capitán James K. Powell, de Richmond. Tuvimos una suerte extraordinaria, pues a fines del invierno de 1865, después de muchas penalidades y privaciones, dimos con la veta de cuarzo aurífero más notable que nuestros sueños más descabellados habían imaginado. Powell, que era ingeniero de minas de formación, calculó que habíamos puesto al descubierto mineral por más de un millón de dólares en poco más de tres meses.

Como nuestro equipo era sumamente rudimentario, decidimos que uno de los dos debía volver a la civilización, comprar la maquinaria necesaria y regresar con un número suficiente de hombres para explotar la mina como era debido.

Como Powell conocía la región, y también las exigencias técnicas de la minería, acordamos que lo mejor era que él hiciera el viaje. Quedamos en que yo vigilaría nuestra concesión ante la remota posibilidad de que algún buscador errante intentara apropiársela.

El 3 de marzo de 1866, Powell y yo cargamos sus provisiones en dos de nuestros burros y, despidiéndose de mí, montó a caballo y emprendió el descenso de la ladera hacia el valle, que había que cruzar en la primera etapa de su viaje.

La mañana de la partida de Powell fue, como casi todas las mañanas de Arizona, despejada y hermosa; podía verlo a él y a sus dos animales de carga abriéndose paso ladera abajo hacia el valle, y durante toda la mañana los vislumbré de cuando en cuando al coronar una loma o salir a una meseta llana. Lo último que vi de Powell fue hacia las tres de la tarde, cuando entraba en la sombra de la cordillera del lado

opuesto del valle.

Una media hora después miré al otro lado del valle sin ninguna intención y me sorprendió mucho distinguir tres puntitos más o menos en el mismo lugar donde había visto por última vez a mi amigo y a sus dos animales de carga. No soy dado a preocuparme sin necesidad, pero cuanto más trataba de convencerme de que Powell estaba bien, y de que los puntos que había visto en su camino eran antílopes o caballos salvajes, menos lograba tranquilizarme.

Desde que habíamos entrado en el territorio no habíamos visto un solo indio hostil, y por eso nos habíamos vuelto en extremo descuidados, y solíamos burlarnos de las historias que habíamos oído sobre el gran número de esos crueles merodeadores que, se decía, acechaban en los senderos y cobraban su tributo de vidas y de tormentos a toda partida de blancos que cayera en sus despiadadas garras.

Powell, lo sabía, estaba bien armado y, además, era un experimentado combatiente de indios; pero yo también había vivido y luchado durante años entre los sioux del Norte, y sabía que sus posibilidades eran escasas contra una partida de astutos apaches rastreadores. Por fin no pude soportar más la incertidumbre y, armándome con mis dos revólveres Colt y una carabina, me crucé dos cinturones de cartuchos, atrapé mi caballo de silla y emprendí el descenso por el sendero que Powell había tomado por la mañana.

Apenas llegué a terreno relativamente llano puse a mi montura a medio galope, y continué así, donde el camino lo permitía, hasta que, ya casi al anochecer, descubrí el punto donde otras huellas se unían a las de Powell. Eran huellas de ponis sin herrar, tres de ellos, y los ponis habían ido al galope.

Seguí rápidamente hasta que, al cerrarse la oscuridad, me vi obligado a esperar la salida de la luna, y tuve ocasión de dudar de lo sensato de mi persecución. Quizá había imaginado peligros imposibles, como una vieja ama de casa nerviosa, y cuando alcanzara a Powell me llevaría una buena carcajada por mi molestia. Sin embargo, no soy propen-

so a la susceptibilidad, y obedecer al sentido del deber, adondequiera que me lleve, ha sido siempre una especie de fetiche para mí a lo largo de la vida; lo cual quizá explique los honores que me han conferido tres repúblicas y las condecoraciones y la amistad de un viejo y poderoso emperador y de varios reyes menores, en cuyo servicio mi espada se ha teñido de rojo muchas veces.

Hacia las nueve la luna brillaba lo bastante para que pudiera continuar mi marcha, y no tuve dificultad en seguir el rastro a paso rápido, y en algunos tramos a un trote vivo, hasta que, hacia la medianoche, llegué al pozo de agua donde Powell había pensado acampar. Di con el lugar de forma inesperada y lo encontré completamente desierto, sin señales de haber sido ocupado recientemente como campamento.

Me interesó notar que las huellas de los jinetes que lo perseguían, pues ya estaba convencido de que eso eran, seguían tras Powell con apenas una breve parada en el pozo para beber agua; y siempre al mismo paso que él.

Ahora estaba seguro de que los perseguidores eran apaches y de que querían capturar vivo a Powell por el placer diabólico de torturarlo, así que apuré a mi caballo a un paso peligrosísimo, esperando contra toda esperanza alcanzar a los pieles rojas antes de que lo atacaran.

Mis cavilaciones se vieron cortadas de pronto por el eco débil de dos disparos, lejos delante de mí. Supe que Powell me necesitaría ahora más que nunca, y al instante lancé mi caballo a toda velocidad por el estrecho y difícil sendero de montaña.

Había avanzado quizá más de un kilómetro y medio sin oír otros ruidos, cuando de repente el sendero desembocó en una pequeña meseta despejada cerca de la cima del paso. Acababa de atravesar una garganta angosta, de paredes que sobresalían por encima, justo antes de salir de golpe a esta tierra llana, y el espectáculo que se presentó ante mis ojos me llenó de consternación y espanto.

El pequeño trecho de terreno llano estaba blanco de tiendas cónicas indias, y había probablemente unos quinientos guerreros pieles ro-

jas apiñados en torno a algo que estaba cerca del centro del campamento. Su atención estaba tan completamente fija en ese punto que no repararon en mí, y yo habría podido volver con toda facilidad a las oscuras profundidades de la garganta y escapar con perfecta seguridad. Sin embargo, el hecho de que esta idea no se me ocurriera hasta el día siguiente me quita todo derecho a pretender el heroísmo que la narración de este episodio podría darme de otro modo.

No creo estar hecho de la materia de que se hacen los héroes, porque, en los cientos de ocasiones en que mis actos voluntarios me han puesto cara a cara con la muerte, no recuerdo una sola en que se me ocurriera algún paso alternativo al que di hasta muchas horas más tarde. Mi mente está evidentemente constituida de tal manera que subconscientemente me lanza por el camino del deber sin recurrir a fatigosos procesos mentales. Sea como sea, nunca he lamentado que la cobardía no sea opcional para mí.

En este caso yo estaba, por supuesto, seguro de que Powell era el centro de atracción, pero si pensé o actué primero no lo sé; lo cierto es que en el instante mismo en que la escena se abrió ante mi vista ya había sacado mis revólveres y cargaba contra todo el ejército de guerreros, disparando rápidamente y lanzando alaridos con todas mis fuerzas. Solo como estaba, no habría podido emplear mejor táctica, pues los pieles rojas, convencidos por la sorpresa repentina de que caía sobre ellos no menos que un regimiento de soldados regulares, se volvieron y huyeron en todas direcciones en busca de sus arcos, flechas y rifles.

La vista que dejó al descubierto su precipitada desbandada me llenó de aprensión y de rabia. Bajo los claros rayos de la luna de Arizona yacía Powell, con el cuerpo literalmente erizado de las flechas hostiles de los guerreros. No podía sino convencerme de que ya estaba muerto, y sin embargo habría salvado su cuerpo de la mutilación a manos de los apaches con la misma presteza con que habría salvado de la muerte al hombre mismo.

Acercándome a él, me incliné desde la silla y, agarrándolo por el cinturón de cartuchos, lo subí atravesado sobre la cruz de mi montura. Una mirada hacia atrás me convenció de que regresar por donde había venido sería más arriesgado que seguir a través de la meseta, así que, clavando las espuelas a mi pobre bestia, me lancé hacia la abertura del paso que alcanzaba a distinguir al otro lado de la tierra llana.

Los indios habían descubierto ya a esas alturas que yo estaba solo, y me persiguieron con imprecaciones, flechas y balas de rifle. El hecho de que es difícil apuntar bien cualquier cosa que no sean imprecaciones a la luz de la luna, de que estaban trastornados por la manera repentina e inesperada de mi llegada, y de que yo era un blanco que se movía con bastante rapidez, me salvó de los diversos proyectiles mortíferos del enemigo y me permitió alcanzar la sombra de los picos circundantes antes de que se pudiera organizar una persecución ordenada.

Mi caballo avanzaba prácticamente sin guía, pues yo sabía que probablemente conocía menos que él la ubicación exacta del sendero que llevaba al paso, y así ocurrió que entró en una quebrada que conducía a la cima de la cordillera y no al paso que yo había esperado que me llevara al valle y a la salvación. Es probable, sin embargo, que a este hecho deba mi vida y las extraordinarias experiencias y aventuras que me sobrevinieron durante los diez años siguientes.

Supe por primera vez que iba por el camino equivocado cuando oí que los gritos de los salvajes que me perseguían se iban debilitando cada vez más, lejos a mi izquierda.

Entonces comprendí que habían pasado por la izquierda de la formación rocosa escarpada del borde de la meseta, por cuya derecha mi caballo nos había llevado a mí y al cuerpo de Powell.

Tiré de las riendas en un pequeño promontorio llano que dominaba el sendero que había abajo y a mi izquierda, y vi a la partida de salvajes perseguidores desaparecer al doblar la punta de un pico vecino.

Supe que los indios pronto descubrirían que iban por el sendero

equivocado y que la búsqueda de mi persona se reanudaría en la dirección correcta en cuanto dieran con mis huellas.

Había avanzado solo una corta distancia más cuando se abrió lo que parecía un excelente sendero que rodeaba la cara de un alto acantilado. El sendero era llano y bastante ancho, y subía en la dirección general que yo quería seguir. El acantilado se alzaba unos cien metros a mi derecha, y a mi izquierda había una caída igual, casi perpendicular, hasta el fondo de un barranco rocoso.

Había seguido este sendero quizá unos noventa metros cuando un brusco giro a la derecha me llevó a la boca de una gran cueva. La abertura tenía alrededor de un metro veinte de alto y de noventa centímetros a un metro veinte de ancho, y en esa abertura terminaba el sendero.

Ya era de mañana y, con la habitual falta de alba que es una característica sorprendente de Arizona, se había hecho de día casi sin aviso.

Desmontando, deposité a Powell en el suelo, pero el examen más minucioso no logró descubrir la más leve chispa de vida. Hice entrar agua de mi cantimplora entre sus labios muertos, le bañé el rostro y le froté las manos, trabajando sobre él sin cesar durante la mayor parte de una hora, a pesar de saber que estaba muerto.

Yo quería mucho a Powell; era hombre cabal en todos los sentidos; un caballero sureño pulido; un amigo leal y verdadero; y fue con un sentimiento de la más honda pena como abandoné por fin mis toscos intentos de reanimarlo.

Dejando el cuerpo de Powell donde estaba, sobre la cornisa, me arrastré al interior de la cueva para reconocerla. Hallé una gran cámara, de unos treinta metros de diámetro y de nueve a doce de altura; un suelo liso y muy gastado por el uso, y muchas otras pruebas de que la cueva había sido habitada en algún período remoto. El fondo de la cueva estaba tan perdido en una densa sombra que no podía distinguir si había aberturas hacia otras estancias o no.

Mientras proseguía mi examen empecé a sentir que me invadía una

agradable somnolencia que atribuí al cansancio de mi larga y ardua cabalgata y a la reacción tras la excitación del combate y la persecución. Me sentía relativamente seguro donde estaba, pues sabía que un solo hombre podía defender el sendero hasta la cueva contra un ejército.

Pronto me venció tanto el sueño que apenas podía resistir el fuerte deseo de echarme en el suelo de la cueva para descansar unos momentos, pero sabía que esto no podía ser, pues significaría la muerte segura a manos de mis amigos pieles rojas, que podían caer sobre mí en cualquier momento. Con un esfuerzo me encaminé hacia la abertura de la cueva, solo para tambalearme como un borracho contra una pared lateral y de allí resbalar y caer de bruces en el suelo.

II. La fuga de los muertos

Me invadió una deliciosa sensación de ensueño, mis músculos se relajaron, y estaba a punto de ceder al deseo de dormir cuando el ruido de caballos que se acercaban llegó a mis oídos. Intenté ponerme de pie de un salto, pero descubrí horrorizado que mis músculos se negaban a obedecer mi voluntad. Estaba ya completamente despierto, pero tan incapaz de mover un músculo como si me hubiera convertido en piedra. Fue entonces, por primera vez, cuando noté un leve vapor que llenaba la cueva. Era extremadamente tenue y solo se notaba contra la abertura que daba a la luz del día. También llegó a mis narices un olor ligeramente acre, y solo pude suponer que me había vencido algún gas venenoso, pero no lograba comprender por qué conservaba mis facultades mentales y, sin embargo, no podía moverme.

Yacía de cara a la abertura de la cueva, desde donde veía el corto tramo de sendero que había entre la cueva y la vuelta del peñasco que el sendero rodeaba. El ruido de los caballos que se acercaban había cesado, y calculé que los indios avanzaban sigilosamente hacia mí por la angosta cornisa que llevaba a mi tumba en vida. Recuerdo que esperé que acabaran conmigo pronto, pues no me hacía particular gracia pensar en las innumerables cosas que podrían hacerme si el capricho se lo dictaba.

No tuve que esperar mucho antes de que un ruido furtivo me avisara de su cercanía; luego un rostro con tocado de guerra y pintado de rayas asomó con cautela por el recodo del peñasco, y unos ojos salvajes se clavaron en los míos. Estaba seguro de que podía verme en la penumbra de la cueva, pues el sol de la madrugada caía de lleno sobre mí a través de la abertura.

El hombre, en lugar de acercarse, se quedó mirándome fijamente, con los ojos desorbitados y la mandíbula caída. Luego apareció otro

rostro salvaje, y un tercero, un cuarto y un quinto, que estiraban el cuello por encima de los hombros de sus compañeros, a quienes no podían pasar por la estrecha cornisa. Cada rostro era la imagen del pavor y del miedo, pero yo no sabía por qué, ni lo supe hasta diez años después. Que detrás de los que me observaban había aún otros guerreros se notaba en que los de adelante pasaban recados susurrados a los que venían tras ellos.

De pronto, un gemido bajo pero nítido salió de lo más hondo de la cueva a mis espaldas y, apenas llegó a los oídos de los indios, estos se volvieron y huyeron aterrados, presas del pánico. Fueron tan frenéticos sus esfuerzos por escapar de la cosa invisible que tenía yo detrás, que uno de los guerreros fue arrojado de cabeza desde el risco a las rocas de abajo. Sus gritos salvajes resonaron en el cañón por un rato, y luego todo quedó otra vez en calma.

El sonido que los había espantado no se repitió, pero bastó para que me pusiera a especular sobre el posible horror que acechaba en las sombras a mis espaldas. El miedo es un término relativo, y por eso solo puedo medir lo que sentí entonces por lo que había experimentado en peligros anteriores y por los que he atravesado desde entonces; pero puedo decir sin vergüenza que, si lo que padecí durante los minutos siguientes era miedo, que Dios se apiade del cobarde, pues la cobardía es, sin duda alguna, su propio castigo.

Estar paralizado, con la espalda vuelta hacia algún peligro horrible y desconocido, cuyo solo sonido hace huir en desbandada a los feroces guerreros apaches, como un rebaño de ovejas que escapa enloquecido de una manada de lobos, me parece el colmo de las situaciones espantosas para un hombre acostumbrado a pelear por su vida con toda la energía de una poderosa constitución física.

Varias veces creí oír detrás de mí ruidos leves, como de alguien que se movía con cautela, pero al final hasta esos cesaron y me quedé a solas con la contemplación de mi situación, sin interrupciones. Solo podía conjeturar vagamente la causa de mi parálisis, y mi única espe-

ranza era que se pasara tan de repente como había caído sobre mí.

Al caer la tarde, mi caballo, que había estado parado ante la cueva con las riendas arrastrando, echó a andar lentamente por el sendero, evidentemente en busca de comida y agua, y me quedé solo con mi misterioso e ignoto compañero y con el cuerpo muerto de mi amigo, que yacía justo al alcance de mi vista, en la cornisa donde lo había puesto a primera hora de la mañana.

Desde entonces y hasta quizá la medianoche todo fue silencio, el silencio de los muertos; entonces, de repente, el horrible gemido de la mañana rompió sobre mis oídos sobresaltados, y de las negras sombras volvió a llegar el ruido de algo que se movía y un leve crujido, como de hojas secas. El golpe a mi sistema nervioso, ya sobreexcitado, fue terrible en extremo, y con un esfuerzo sobrehumano luché por romper mis horribles ataduras. Fue un esfuerzo de la mente, de la voluntad, de los nervios; no muscular, pues no podía mover siquiera el dedo meñique, pero no por eso menos poderoso. Y entonces algo cedió, hubo un instante de náusea, un chasquido seco como de un alambre de acero que se rompe, y me hallé de pie con la espalda contra la pared de la cueva, frente a mi enemigo desconocido.

Entonces la luz de la luna inundó la cueva, y allí, ante mí, yacía mi propio cuerpo, tal como había estado todas esas horas, con los ojos fijos en la cornisa abierta y las manos caídas y sin fuerza sobre el suelo. Miré primero mi barro sin vida allí, sobre el piso de la cueva, y luego me miré a mí mismo, completamente desconcertado; pues allí yacía yo vestido, y aquí estaba de pie, pero desnudo como en el instante de nacer.

La transición había sido tan repentina e inesperada que por un momento no pude pensar en otra cosa que en mi extraña metamorfosis. Mi primer pensamiento fue: ¡es esto, entonces, la muerte! ¡He pasado en verdad para siempre a la otra vida! Pero no podía creerlo del todo, pues sentía mi corazón golpear contra las costillas por el esfuerzo de liberarme de la anestesia que me había sujetado. Mi respiración llegaba

en jadeos cortos y rápidos, un sudor frío brotaba de cada poro de mi cuerpo, y el antiguo experimento del pellizco me reveló que era cualquier cosa menos un fantasma.

De nuevo me hizo volver de golpe a mi entorno inmediato la repetición del extraño gemido desde el fondo de la cueva. Desnudo y desarmado como estaba, no tenía ningún deseo de enfrentar a la cosa invisible que me amenazaba.

Mis revólveres estaban sujetos al cuerpo sin vida, que, por alguna razón inexplicable, no me sentía capaz de tocar. Mi carabina estaba en su funda, atada a la silla, y como mi caballo se había alejado, me quedé sin medios de defensa. Mi única alternativa parecía ser la huida, y mi decisión se afirmó cuando volvió el crujido de aquella cosa que ahora parecía, en la oscuridad de la cueva y para mi imaginación trastornada, arrastrarse sigilosamente hacia mí.

Incapaz de resistir por más tiempo la tentación de escapar de ese lugar horrible, salté rápidamente por la abertura hacia la luz de las estrellas de una clara noche de Arizona. El aire fresco y vivificante de la montaña, fuera de la cueva, actuó como un tónico inmediato, y sentí que nueva vida y nuevo valor corrían por mí. Deteniéndome al borde de la cornisa, me reproché lo que ahora me parecía un temor del todo injustificado. Razoné conmigo mismo que había yacido indefenso muchas horas dentro de la cueva sin que nada me molestara, y mi mejor juicio, cuando se le permitía dirigirse por un razonamiento claro y lógico, me convenció de que los ruidos que había oído debían de provenir de causas puramente naturales e inofensivas; probablemente la forma de la cueva era tal que una leve brisa había causado los sonidos.

Decidí investigar, pero primero alcé la cabeza para llenar mis pulmones con el aire puro y vigorizante de la noche en las montañas. Al hacerlo vi extenderse muy abajo la hermosa vista de la garganta rocosa y de la llanura plana salpicada de cactus, convertidas por la luz de la luna en un milagro de suave esplendor y maravilloso encanto.

Pocas maravillas del Oeste inspiran más que las bellezas de un pai-

saje de Arizona a la luz de la luna; las montañas plateadas a lo lejos, las extrañas luces y sombras sobre las lomas y los arroyos secos, y los detalles grotescos de los cactus, rígidos pero hermosos, forman un cuadro a la vez encantador y sublime; como si uno entreviera por primera vez algún mundo muerto y olvidado, tan distinto es del aspecto de cualquier otro lugar de nuestra Tierra.

Mientras estaba así meditando, aparté la mirada del paisaje hacia los cielos, donde las miríadas de estrellas formaban un dosel magnífico y digno de las maravillas de la escena terrestre. Mi atención quedó pronto fija en una gran estrella roja cercana al horizonte lejano. Al contemplarla sentí un hechizo de fascinación irresistible: era Marte, el dios de la guerra, y para mí, hombre de armas, siempre había tenido el poder de un encanto irresistible. Al mirarlo en aquella noche remota me pareció que llamaba a través del vacío impensable, que me atraía hacia sí, que me arrastraba como el imán atrae una partícula de hierro.

Mi anhelo estaba más allá de toda posibilidad de resistencia; cerré los ojos, extendí los brazos hacia el dios de mi vocación y me sentí arrastrado con la rapidez del pensamiento a través de la inmensidad sin huellas del espacio. Hubo un instante de frío extremo y de oscuridad total.

III. Mi llegada a Marte

Abrí los ojos sobre un paisaje extraño y fantasmal. Supe que estaba en Marte; ni una vez puse en duda mi cordura ni que estuviera despierto. No dormía, no hacía falta pellizcarse aquí; mi conciencia interior me decía tan claramente que estaba en Marte como su mente consciente le dice a usted que está en la Tierra. Usted no pone en duda ese hecho; yo tampoco puse en duda el mío.

Me encontré tendido boca abajo sobre un lecho de vegetación amarillenta, parecida al musgo, que se extendía a mi alrededor en todas direcciones por kilómetros interminables. Parecía yacer en una hondonada profunda y circular, en cuyo borde exterior distinguía las irregularidades de unas colinas bajas.

Era mediodía, el sol brillaba de lleno sobre mí y su calor era bastante intenso sobre mi cuerpo desnudo, aunque no mayor que el que habría hecho en condiciones similares en un desierto de Arizona. Aquí y allá había leves afloramientos de roca con cuarzo que relucían bajo el sol, y un poco a mi izquierda, a unos noventa metros, aparecía un recinto bajo y amurallado, de cerca de un metro veinte de altura. No se veía agua ni más vegetación que el musgo, y como tenía algo de sed, resolví explorar un poco.

Al ponerme de pie de un salto recibí mi primera sorpresa marciana, pues el esfuerzo, que en la Tierra me habría dejado simplemente erguido, me llevó por el aire marciano a una altura de unos tres metros. Aterricé, sin embargo, suavemente sobre el suelo, sin golpe ni sacudida apreciable. Comenzó entonces una serie de evoluciones que ya entonces me parecieron sumamente ridículas. Descubrí que debía aprender a caminar de nuevo, pues el esfuerzo muscular que en la Tierra me llevaba con facilidad y seguridad hacía en Marte extrañas travesuras conmigo.

En lugar de avanzar de manera sensata y digna, mis intentos de caminar resultaban en una serie de saltos que me despegaban del suelo unos sesenta centímetros a cada paso y me dejaban despatarrado de bruces o de espaldas al cabo de cada segundo o tercer salto. Mis músculos, perfectamente ajustados y habituados a la fuerza de gravedad de la Tierra, me jugaban una mala pasada al intentar por primera vez enfrentarse a la menor gravitación y a la menor presión del aire de Marte.

Estaba decidido, sin embargo, a explorar la construcción baja que era la única señal de vivienda a la vista, y así se me ocurrió el singular plan de volver a los principios de la locomoción: gatear. Lo hice bastante bien y en pocos momentos llegué al muro bajo que rodeaba el recinto.

No parecía haber puertas ni ventanas en el lado más próximo a mí, pero como el muro tenía apenas un metro veinte de alto, me puse de pie con cuidado y me asomé por encima, ante el espectáculo más extraño que me hubiera sido dado ver.

El techo del recinto era de vidrio macizo, de unos diez o doce centímetros de grosor, y debajo había varios cientos de huevos grandes, perfectamente redondos y blancos como la nieve. Los huevos eran casi de un mismo tamaño, de unos setenta y cinco centímetros de diámetro.

Cinco o seis habían eclosionado ya, y las grotescas caricaturas que estaban sentadas parpadeando bajo el sol bastaban para hacerme dudar de mi cordura. Parecían casi todo cabeza, con cuerpecillos flacos, cuellos largos y seis patas, o, como supe después, dos piernas y dos brazos, con un par intermedio de extremidades que podían usarse a voluntad como brazos o como piernas. Sus ojos estaban puestos en los lados extremos de la cabeza, un poco por encima del centro, y sobresalían de tal modo que podían dirigirse hacia adelante o hacia atrás, e incluso de manera independiente uno del otro, lo que permitía a este curioso animal mirar en cualquier dirección, o en dos direcciones a la vez, sin necesidad de volver la cabeza.

Las orejas, que estaban algo por encima de los ojos y más juntas, eran pequeñas antenas en forma de copa, que en estos ejemplares jóvenes sobresalían no más de dos centímetros y medio. Sus narices no eran sino hendiduras longitudinales en el centro de la cara, a medio camino entre la boca y las orejas.

No tenían pelo en el cuerpo, que era de un color verde amarillento muy claro. En los adultos, como pronto iba a saber, este color se profundiza hasta un verde oliva y es más oscuro en el macho que en la hembra. Además, las cabezas de los adultos no son tan desproporcionadas respecto de sus cuerpos como en el caso de los jóvenes.

El iris de los ojos es rojo sangre, como en los albinos, mientras que la pupila es oscura. El globo ocular es muy blanco, igual que los dientes. Estos últimos dan un aspecto de lo más feroz a un semblante ya de por sí temible y terrible, pues los colmillos inferiores se curvan hacia arriba hasta terminar en punta aguda, más o menos donde los seres humanos de la Tierra tenemos los ojos. La blancura de los dientes no es la del marfil, sino la de la porcelana más nívea y reluciente. Contra el fondo oscuro de su piel olivácea, los colmillos resaltan de manera muy llamativa, y hacen que estas armas tengan un aspecto singularmente formidable.

Casi todos estos detalles los noté más tarde, pues se me dio muy poco tiempo para especular sobre las maravillas de mi nuevo descubrimiento. Había visto que los huevos estaban en proceso de eclosión, y mientras permanecía observando cómo los horribles monstruitos rompían sus cascarones, no advertí que una veintena de marcianos adultos se acercaba desde atrás.

Como venían por el musgo blando y silencioso que cubre prácticamente toda la superficie de Marte, salvo las zonas heladas de los polos y los distritos cultivados que están esparcidos aquí y allá, habrían podido capturarme con facilidad, pero sus intenciones eran mucho más siniestras. Fue el tintineo del equipo del guerrero que iba a la cabeza lo que me advirtió.

De algo tan pequeño colgó mi vida que a menudo me asombra haber escapado con tanta facilidad. Si el rifle del jefe de la partida no hubiera oscilado en sus sujeciones junto a la silla de modo que golpeara contra la culata de su enorme lanza con regatón de metal, me habría apagado sin saber nunca que la muerte estaba cerca. Pero el pequeño ruido me hizo volverme, y allí, sobre mí, a no más de tres metros de mi pecho, estaba la punta de aquella enorme lanza, una lanza de unos doce metros de largo, rematada en metal reluciente y sostenida baja al costado de un jinete, réplica gigantesca de los pequeños demonios que yo había estado observando.

Pero qué insignificantes e inofensivos parecían ahora junto a esta encarnación enorme y terrible del odio, de la venganza y de la muerte. El hombre mismo, pues así puedo llamarlo, medía bien unos cuatro metros y medio de estatura y, en la Tierra, habría pesado unos ciento ochenta kilos. Iba montado como nosotros montamos a caballo, sujetando con sus extremidades inferiores el vientre del animal, mientras las manos de sus dos brazos derechos sostenían la inmensa lanza baja, al costado de su montura; sus dos brazos izquierdos estaban extendidos hacia los lados para ayudarle a mantener el equilibrio, pues la bestia que montaba no tenía freno ni riendas de ninguna clase para guiarla.

¡Y su montura! ¡Cómo describirla con palabras terrestres! Se alzaba unos tres metros a la altura del hombro; tenía cuatro patas a cada lado; una cola ancha y plana, más gruesa en la punta que en la raíz, que mantenía extendida hacia atrás mientras corría; una boca abierta que le partía la cabeza desde el hocico hasta el largo y macizo cuello.

Como su amo, carecía por completo de pelo, pero era de un color pizarra oscuro y extremadamente lisa y brillante. Tenía el vientre blanco, y las patas pasaban del color pizarra de los hombros y las caderas a un amarillo vivo en los pies. Los pies mismos estaban muy almohadillados y sin uñas, lo cual había contribuido también a la falta de ruido de su aproximación y, junto con la multiplicidad de patas, es un rasgo

característico de la fauna de Marte. El tipo más elevado de hombre y otro animal, el único mamífero que existe en Marte, son los únicos que tienen uñas bien formadas, y allí no existe absolutamente ningún animal de pezuña.

Tras este primer demonio que cargaba venían otros diecinueve, similares en todo, pero que, como supe después, tenían cada uno características individuales propias; así como no hay dos de nosotros idénticos aunque todos estemos fundidos en un molde parecido. Este cuadro, o más bien pesadilla materializada, que he descrito con detalle, me produjo una sola impresión, terrible y veloz, al volverme para enfrentarlo.

Desarmado y desnudo como estaba, la primera ley de la naturaleza se manifestó en la única solución posible a mi problema inmediato: salir de las inmediaciones de la punta de la lanza que cargaba. En consecuencia, di un salto muy terrestre y al mismo tiempo sobrehumano para alcanzar lo alto de la incubadora marciana, pues había determinado que debía ser eso.

Mi esfuerzo fue coronado por un éxito que me horrorizó no menos de lo que pareció sorprender a los guerreros marcianos, pues me llevó nada menos que nueve metros por el aire y me dejó a treinta metros de mis perseguidores, al lado opuesto del recinto.

Aterricé en el musgo blando con facilidad y sin percance, y al volverme vi a mis enemigos alineados a lo largo del muro más lejano. Algunos me observaban con expresiones que más tarde descubrí que indicaban asombro extremo, y los otros se aseguraban evidentemente de que yo no había molestado a sus crías.

Conversaban entre sí en voz baja, gesticulando y señalándome. El descubrimiento de que no había hecho daño a los pequeños marcianos y de que estaba desarmado debió de hacer que me miraran con menos ferocidad; pero, como iba a saber más tarde, lo que más pesó a mi favor fue mi exhibición de salto de vallas.

Aunque los marcianos son inmensos, sus huesos son muy grandes y

su musculatura es solo proporcional a la gravitación que deben vencer. El resultado es que son infinitamente menos ágiles y menos poderosos, en proporción a su peso, que un hombre de la Tierra, y dudo que, si uno de ellos fuera transportado de repente a la Tierra, pudiera levantar su propio peso del suelo; de hecho, estoy convencido de que no podría.

Mi hazaña, pues, era tan maravillosa en Marte como lo habría sido en la Tierra, y de desear aniquilarme pasaron de pronto a verme como un descubrimiento extraordinario que debía capturarse y exhibirse entre los suyos.

La tregua que me había dado mi inesperada agilidad me permitió formular planes para el futuro inmediato y observar más de cerca el aspecto de los guerreros, pues no podía disociar en mi mente a esta gente de aquellos otros guerreros que, solo el día anterior, me habían estado persiguiendo.

Noté que cada uno iba armado con varias armas más, además de la enorme lanza que he descrito. El arma que me hizo desistir de intentar escapar huyendo era evidentemente un rifle de alguna clase, y presentí, no sé por qué, que lo manejaban con eficacia especial.

Estos rifles eran de un metal blanco, con culata de madera, que supe después que era un crecimiento vegetal muy liviano y duro en extremo, muy apreciado en Marte y del todo desconocido para nosotros, los moradores de la Tierra. El metal del cañón es una aleación compuesta principalmente de aluminio y acero, que han aprendido a templar hasta una dureza muy superior a la del acero que conocemos. El peso de estos rifles es comparativamente pequeño y, con los proyectiles de radio, explosivos y de pequeño calibre que usan, y la gran longitud del cañón, son mortíferos en extremo y a distancias impensables en la Tierra. El alcance eficaz teórico de este rifle es de unos cuatrocientos ochenta kilómetros, pero lo mejor que logran en servicio real, equipados con sus localizadores y miras inalámbricos, es algo más de trescientos veinte kilómetros.

Esto basta y sobra para infundirme gran respeto por el arma de fuego marciana, y alguna fuerza telepática debió de advertirme que no intentara escapar a plena luz del día bajo las bocas de veinte de estas máquinas de muerte.

Los marcianos, tras conversar un breve rato, se volvieron y se alejaron a caballo en la dirección de la que habían venido, dejando a uno de los suyos solo junto al recinto. Cuando habían recorrido quizá unos ciento ochenta metros se detuvieron y, volviendo sus monturas hacia nosotros, se quedaron observando al guerrero junto al recinto.

Era aquel cuya lanza casi me había atravesado, y era evidentemente el jefe de la banda, pues yo había notado que parecían haberse movido a su posición actual por orden suya. Cuando su tropa se detuvo, desmontó, tiró al suelo su lanza y sus armas cortas, y rodeó el extremo de la incubadora hacia mí, completamente desarmado y tan desnudo como yo, salvo por los adornos sujetos a su cabeza, extremidades y pecho.

Cuando estuvo a unos quince metros de mí, desabrochó un enorme brazalete de metal y, sosteniéndolo hacia mí en la palma abierta de la mano, me habló con voz clara y resonante, pero en una lengua que, ni qué decir, yo no podía entender. Luego se detuvo como esperando mi respuesta, aguzando sus orejas como antenas e inclinando todavía más hacia mí sus extraños ojos.

Como el silencio se hacía penoso, resolví arriesgar un poco de conversación de mi parte, pues había supuesto que me hacía una oferta de paz. El arrojar sus armas y el retirar a su tropa antes de avanzar hacia mí habrían significado una misión pacífica en cualquier parte de la Tierra, así que ¿por qué no en Marte?

Poniéndome la mano sobre el corazón, hice una profunda reverencia al marciano y le expliqué que, si bien no entendía su lengua, sus actos hablaban de la paz y la amistad que en ese momento eran lo más caro a mi corazón. Por supuesto, podría haber sido un arroyuelo parlanchín por toda la inteligencia que mi discurso le transmitió, pero en-

tendió la acción con que seguí de inmediato mis palabras.

Tendiéndole la mano, avancé y tomé el brazalete de su palma abierta, y me lo abroché en el brazo por encima del codo; le sonreí y me quedé esperando. Su ancha boca se abrió en una sonrisa de respuesta, y, enlazando uno de sus brazos intermedios con el mío, nos volvimos y caminamos de regreso hacia su montura. Al mismo tiempo hizo señas a sus seguidores de que avanzaran. Estos echaron a correr hacia nosotros a todo galope, pero una señal suya los detuvo. Evidentemente temía que, si yo volvía a asustarme de veras, pudiera saltar y salirme del paisaje por completo.

Cambió unas pocas palabras con sus hombres, me indicó con un gesto que iría montado detrás de uno de ellos y luego montó su propio animal. El designado extendió hacia abajo dos o tres manos y me subió tras él, sobre el lomo brillante de su montura, donde me agarré como pude a los cinturones y correas que sostenían las armas y los adornos del marciano.

Toda la cabalgata dio entonces la vuelta y se alejó al galope hacia la cordillera de colinas lejanas.

IV. Un prisionero

Habríamos recorrido unos 16 kilómetros cuando el terreno comenzó a elevarse con gran rapidez. Nos acercábamos, como supe más tarde, a la orilla de uno de los mares extinguidos de Marte desde hacía eones, en cuyo fondo se había producido mi encuentro con los marcianos.

En poco tiempo llegamos al pie de las montañas y, tras atravesar una garganta estrecha, salimos a un valle abierto, en cuyo extremo opuesto se alzaba una meseta baja sobre la cual divisé una ciudad enorme. Hacia ella galopamos, y entramos por lo que parecía un camino en ruinas que salía de la ciudad, pero solo hasta el borde de la meseta, donde terminaba bruscamente en una escalinata de anchos peldaños.

Al observar con más atención mientras pasábamos, vi que los edificios estaban desiertos y que, aunque no muy deteriorados, daban la impresión de no haber tenido habitantes en años, quizá en siglos. Hacia el centro de la ciudad había una gran plaza, y en ella y en los edificios que la rodeaban estaban acampadas unas novecientas o mil criaturas de la misma raza que mis captores, pues ya los consideraba tales, a pesar de lo suave que había sido la manera en que me habían atrapado.

Salvo por sus adornos, todos estaban desnudos. Las hembras diferían poco de los machos en su aspecto, excepto en que sus colmillos eran mucho mayores en proporción a su estatura, y en algunos casos se curvaban casi hasta sus orejas, situadas en lo alto de la cabeza. Sus cuerpos eran más pequeños y de color más claro, y sus dedos de manos y pies tenían rudimentos de uñas, que faltaban por completo en los machos. Las hembras adultas medían entre 3 y 3,6 metros de estatura.

Los niños eran de color claro, más aún que las mujeres, y a mí me

parecían todos exactamente iguales, salvo que unos eran más altos que otros; mayores, supuse.

No vi entre ellos señales de vejez extrema, ni hay diferencia apreciable en su aspecto desde la edad de la madurez, hacia los cuarenta años, hasta que, hacia los mil años, emprenden voluntariamente su última y extraña peregrinación por el río Iss, que conduce a un lugar que ningún marciano vivo conoce y de cuyo seno ningún marciano ha regresado jamás, ni se le permitiría vivir si regresara tras haberse embarcado en sus aguas frías y oscuras.

Solo un marciano de cada mil muere de enfermedad, y quizá unos veinte emprenden la peregrinación voluntaria. Los otros novecientos setenta y nueve mueren de muerte violenta, en duelos, en la caza, en la aviación y en la guerra; pero quizá la mayor pérdida de vidas con mucho ocurre durante la infancia, cuando un número enorme de pequeños marcianos caen víctimas de los grandes simios blancos de Marte.

La esperanza de vida media de un marciano después de la madurez es de unos trescientos años, pero se acercaría a los mil si no fuera por los diversos medios que conducen a una muerte violenta. Debido al menguante caudal de recursos del planeta, evidentemente fue necesario contrarrestar la creciente longevidad que producía su notable destreza en terapéutica y cirugía, y así la vida humana ha llegado a considerarse algo ligero en Marte, como lo prueban sus deportes peligrosos y la guerra casi continua entre las distintas comunidades.

Existen otras causas naturales que tienden a disminuir la población, pero nada contribuye tanto a ese fin como el hecho de que ningún marciano, hombre o mujer, esté jamás por su voluntad sin un arma de destrucción.

Al acercarnos a la plaza y ser descubierta mi presencia, fuimos rodeados de inmediato por cientos de criaturas que parecían ansiosas por arrancarme de mi asiento detrás de mi guardián. Una palabra del jefe de la partida acalló su clamor, y avanzamos al trote por la plaza

hasta la entrada de un edificio tan magnífico como jamás se ha posado ojo mortal.

El edificio era bajo, pero cubría una extensión enorme. Estaba construido de mármol blanco reluciente incrustado de oro y de piedras brillantes que centelleaban y destellaban a la luz del sol. La entrada principal tenía unos 30 metros de ancho y sobresalía del edificio propiamente dicho para formar un inmenso dosel sobre el vestíbulo. No había escalera, sino una suave rampa hasta el primer piso, que se abría a una cámara enorme rodeada de galerías.

En el suelo de esta cámara, salpicado de pupitres y sillas de madera finamente tallada, se hallaban reunidos unos cuarenta o cincuenta marcianos machos alrededor de los peldaños de una tribuna. Sobre la plataforma misma estaba en cuclillas un guerrero enorme, cargado de adornos de metal, plumas de colores vivos y arreos de cuero bellamente trabajados, ingeniosamente engastados de piedras preciosas. De sus hombros pendía una capa corta de piel blanca forrada de seda escarlata brillante.

Lo que más me llamó la atención de esta asamblea y del salón en que se congregaba era que las criaturas desentonaban por completo con los pupitres, las sillas y demás mobiliario; este era de un tamaño adecuado para seres humanos como yo, mientras que los enormes corpachones de los marcianos apenas habrían cabido en las sillas, ni había bajo los pupitres espacio para sus largas piernas. Evidentemente, pues, había en Marte otros habitantes además de las criaturas salvajes y grotescas en cuyas manos había caído, pero las pruebas de extrema antigüedad que me rodeaban por todas partes indicaban que aquellos edificios podían haber pertenecido a alguna raza extinguida y olvidada desde hacía mucho, en la remota antigüedad de Marte.

Nuestra partida se había detenido a la entrada del edificio y, a una señal del jefe, me habían bajado al suelo. Tomándome de nuevo del brazo con el suyo, habíamos entrado en la sala de audiencias. Se observaban pocas formalidades al acercarse al jefe marciano. Mi captor se li-

mitó a avanzar hasta la tribuna, mientras los demás le abrían paso. El jefe se puso en pie y pronunció el nombre de mi escolta, el cual, a su vez, se detuvo y repitió el nombre del soberano seguido de su título.

En ese momento, esta ceremonia y las palabras que pronunciaron no significaban nada para mí, pero más tarde supe que era el saludo acostumbrado entre los marcianos verdes. Si los hombres hubieran sido desconocidos, y por tanto incapaces de intercambiar nombres, habrían intercambiado adornos en silencio, de ser pacíficas sus misiones; de lo contrario, habrían intercambiado disparos, o habrían resuelto su presentación con alguna otra de sus variadas armas.

Mi captor, cuyo nombre era Tars Tarkas, era virtualmente el subjefe de la comunidad, y un hombre de gran capacidad como estadista y guerrero. Evidentemente explicó con brevedad los incidentes de su expedición, incluida mi captura, y cuando hubo concluido el jefe se dirigió a mí extensamente.

Respondí en nuestro buen y viejo idioma inglés, solo para convencerlo de que ninguno de los dos podía entender al otro; pero noté que, cuando sonreí ligeramente al terminar, él hizo lo mismo. Este hecho, y lo ocurrido de manera similar durante mi primera conversación con Tars Tarkas, me convenció de que teníamos al menos algo en común: la capacidad de sonreír y, por tanto, de reír, lo que denota sentido del humor. Pero iba a aprender que la sonrisa marciana es meramente protocolaria y que la risa marciana es algo capaz de hacer palidecer de horror a hombres fuertes.

Las ideas de humor entre los hombres verdes de Marte difieren enormemente de nuestras concepciones sobre lo que incita a la alegría. Las agonías de muerte de un semejante provocan en estas extrañas criaturas la más desatada hilaridad, mientras que su forma de diversión principal y más común es dar muerte a sus prisioneros de guerra de diversas maneras ingeniosas y horribles.

Los guerreros y jefes reunidos me examinaron de cerca, palpando mis músculos y la textura de mi piel. El jefe principal indicó entonces,

evidentemente, el deseo de verme actuar y, haciéndome señas de que lo siguiera, se encaminó con Tars Tarkas hacia la plaza abierta.

Ahora bien, yo no había intentado caminar desde mi primer fracaso rotundo, salvo agarrándome con fuerza del brazo de Tars Tarkas, y así ahora fui dando saltos y brincos entre los pupitres y las sillas como un saltamontes monstruoso. Tras magullarme gravemente, para gran diversión de los marcianos, recurrí otra vez a gatear, pero esto no les agradó y un sujeto gigantesco, que se había reído con más ganas de mis desgracias, me levantó de un tirón brutal.

Mientras me plantaba de golpe sobre mis pies, su rostro se inclinó muy cerca del mío y yo hice lo único que podía hacer un caballero ante tal brutalidad, grosería y falta de consideración por los derechos de un forastero: descargué el puño directamente contra su mandíbula y cayó como un buey abatido. Mientras se desplomaba en el suelo, giré con la espalda hacia el pupitre más cercano, esperando ser arrollado por la venganza de sus compañeros, pero decidido a darles tan buena batalla como lo permitiera la desigualdad de fuerzas antes de entregar la vida.

Mis temores, sin embargo, eran infundados, pues los demás marcianos, al principio mudos de asombro, estallaron por fin en salvajes carcajadas y aplausos. No reconocí los aplausos como tales, pero más tarde, cuando me familiaricé con sus costumbres, supe que había obtenido lo que rara vez conceden, una muestra de aprobación.

El sujeto al que había golpeado yacía donde había caído, y ninguno de sus compañeros se le acercó. Tars Tarkas avanzó hacia mí, tendiéndome uno de sus brazos, y así llegamos a la plaza sin más percances. Por supuesto, no sabía por qué razón habíamos salido al aire libre, pero no tardé en ser ilustrado. Primero repitieron varias veces la palabra *sak*, y luego Tars Tarkas dio varios saltos, repitiendo la misma palabra antes de cada brinco; después, volviéndose hacia mí, dijo: «¡*Sak*!». Comprendí lo que querían y, reuniendo mis fuerzas, di un *sak* con un éxito tan maravilloso que salvé unos 45 metros; y esta vez tampoco

perdí el equilibrio, sino que aterricé de pie sobre mis dos pies sin caer. Regresé entonces con saltos fáciles de entre 7 y 9 metros hasta el pequeño grupo de guerreros.

Mi exhibición había sido presenciada por varios cientos de marcianos de menor rango, que de inmediato prorrumpieron en exigencias de una repetición, la cual el jefe me ordenó entonces hacer; pero yo tenía hambre y sed, y resolví en el acto que mi único medio de salvación era exigir de estas criaturas la consideración que evidentemente no concederían por voluntad propia. Por eso ignoré las repetidas órdenes de *sak*, y cada vez que me las daban me llevaba la mano a la boca y me frotaba el estómago.

Tars Tarkas y el jefe intercambiaron unas pocas palabras, y el primero, llamando a una joven hembra entre la multitud, le dio algunas instrucciones y me hizo señas de que la acompañara. Tomé el brazo que me ofrecía y juntos cruzamos la plaza hacia un gran edificio del lado opuesto.

Mi bella compañera medía unos 2,4 metros de estatura; acababa de llegar a la madurez, pero aún no a su altura completa. Era de un color verde oliva claro, con una piel lisa y lustrosa. Su nombre, como supe después, era Sola, y pertenecía a la comitiva de Tars Tarkas. Me condujo a una espaciosa cámara en uno de los edificios que daban a la plaza y que, a juzgar por el revoltijo de sedas y pieles en el suelo, tomé por los dormitorios de varios de los nativos.

La habitación estaba bien iluminada por varias ventanas grandes y bellamente decorada con pinturas murales y mosaicos, pero sobre todo parecía descansar ese indefinible toque del dedo de la antigüedad, que me convenció de que los arquitectos y constructores de aquellas maravillosas creaciones nada tenían en común con los toscos semibrutos que ahora las ocupaban.

Sola me indicó que me sentara sobre un montón de sedas cerca del centro de la habitación y, volviéndose, emitió un peculiar sonido sibilante, como si llamara a alguien en una habitación contigua. En res-

puesta a su llamada tuve mi primera visión de una nueva maravilla marciana. Entró contoneándose sobre sus diez patas cortas y se agachó ante la muchacha como un cachorro obediente. La cosa era más o menos del tamaño de un poni de las Shetland, pero su cabeza se parecía ligeramente a la de una rana, salvo que las mandíbulas estaban provistas de tres hileras de colmillos largos y afilados.

V. Eludo a mi perro guardián

Sola miró fijamente los ojos de aspecto malvado del bruto, murmuró una o dos palabras de mando, me señaló y salió de la cámara. No pude dejar de preguntarme qué haría aquella monstruosidad de aspecto feroz al quedar a solas en tan estrecha proximidad con un bocado de carne relativamente tierno; pero mis temores eran infundados, pues la bestia, tras observarme atentamente un momento, cruzó la habitación hasta la única salida que daba a la calle y se tendió cuan largo era a través del umbral.

Esta fue mi primera experiencia con un perro guardián marciano, pero estaba destinada a no ser la última, pues este individuo me vigiló cuidadosamente durante todo el tiempo que permanecí cautivo entre estos hombres verdes; me salvó la vida dos veces y jamás se apartó de mí voluntariamente ni un momento.

Mientras Sola estaba ausente aproveché para examinar con más detalle la habitación en que me hallaba cautivo. La pintura mural representaba escenas de rara y maravillosa belleza: montañas, ríos, lagos, océano, praderas, árboles y flores, caminos sinuosos, jardines besados por el sol; escenas que habrían podido retratar paisajes terrestres de no ser por los diferentes colores de la vegetación. La obra había sido evidentemente ejecutada por una mano maestra, tan sutil era la atmósfera, tan perfecta la técnica; pero en ninguna parte había la representación de un animal vivo, humano o bruto, por el cual pudiera yo adivinar el aspecto de esos otros habitantes de Marte, quizá extinguidos.

Mientras dejaba que mi fantasía se desbocara en salvajes conjeturas sobre la posible explicación de las extrañas anomalías con que me había topado hasta entonces en Marte, Sola regresó trayendo comida y bebida. Las dejó en el suelo a mi lado y, sentándose a corta distancia, me miró fijamente. La comida consistía en unos 450 gramos de alguna

sustancia sólida de la consistencia del queso y casi insípida, mientras que el líquido era al parecer leche de algún animal. No era desagradable al paladar, aunque ligeramente ácida, y en poco tiempo aprendí a apreciarla muchísimo. Provenía, como descubrí más tarde, no de un animal, pues en Marte hay un solo mamífero y muy raro en verdad, sino de una gran planta que crece prácticamente sin agua, pero que parece destilar su abundante provisión de leche de los productos del suelo, la humedad del aire y los rayos del sol. Una sola planta de esta especie da ocho o diez litros de leche al día.

Después de comer me sentí muy fortalecido, pero, notando la necesidad de descansar, me tendí sobre las sedas y pronto me quedé dormido. Debí de dormir varias horas, pues estaba oscuro cuando desperté, y tenía mucho frío. Noté que alguien me había echado encima una piel, pero se había corrido en parte y en la oscuridad no podía ver para volver a ponerla. De pronto una mano se extendió y tiró de la piel sobre mí, y poco después añadió otra a mi cobertor.

Supuse que mi atenta guardiana era Sola, y no me equivoqué. Esta muchacha, entre todos los marcianos verdes con quienes entré en contacto, era la única que mostraba rasgos de compasión, bondad y afecto; sus atenciones a mis necesidades corporales eran infalibles, y su solícito cuidado me ahorró muchos sufrimientos y penalidades.

Como iba a aprender, las noches marcianas son extremadamente frías, y como prácticamente no hay crepúsculo ni alba, los cambios de temperatura son repentinos y sumamente incómodos, como lo son las transiciones de la brillante luz del día a la oscuridad. Las noches son o brillantemente iluminadas o muy oscuras, pues si ninguna de las dos lunas de Marte está en el cielo resulta una oscuridad casi total, ya que la falta de atmósfera, o más bien la atmósfera muy tenue, no logra difundir la luz de las estrellas en gran medida; en cambio, si ambas lunas están en el cielo de noche, la superficie del suelo queda vivamente iluminada.

Ambas lunas de Marte están muchísimo más cerca de él que nues-

tra luna de la Tierra; la luna más cercana está a solo unos 8.000 kilómetros, mientras que la más lejana está a poco más de 22.500 kilómetros, frente a los casi 400.000 kilómetros que nos separan de nuestra luna. La luna más cercana de Marte da una vuelta completa alrededor del planeta en poco más de siete horas y media, de modo que puede vérsela precipitarse por el cielo como un enorme meteoro dos o tres veces cada noche, mostrando todas sus fases en cada tránsito por los cielos.

La luna más lejana gira alrededor de Marte en algo más de treinta horas y cuarto, y junto con su hermana satélite hace de una escena nocturna marciana un espectáculo de espléndida y extraña grandiosidad. Y es bueno que la naturaleza haya iluminado tan generosa y abundantemente la noche marciana, pues los hombres verdes de Marte, siendo una raza nómada sin elevado desarrollo intelectual, disponen solo de medios toscos de iluminación artificial; dependen sobre todo de antorchas, una especie de vela y una peculiar lámpara de aceite que genera un gas y arde sin mecha.

Este último artefacto produce una luz blanca intensamente brillante y de largo alcance, pero como el aceite natural que requiere solo puede obtenerse mediante minería en una de varias localidades remotas y muy distantes entre sí, estas criaturas lo usan rara vez, pues solo piensan en el día de hoy y su aversión al trabajo manual las ha mantenido en un estado semibárbaro durante incontables edades.

Cuando Sola hubo renovado mis cobertores volví a dormir, y no desperté hasta la luz del día. Los otros ocupantes de la habitación, cinco en total, eran todas hembras y aún dormían, cubiertas por una abigarrada pila de sedas y pieles. Atravesado en el umbral yacía el insomne bruto guardián, tal como lo había visto por última vez el día anterior; al parecer no había movido un músculo; tenía los ojos literalmente clavados en mí, y me puse a pensar qué podría ocurrirme si intentaba escapar.

Siempre he sido propenso a buscar aventuras y a investigar y expe-

rimentar donde hombres más sensatos habrían dejado las cosas como estaban. Así pues, se me ocurrió ahora que la manera más segura de conocer la actitud exacta de esta bestia hacia mí sería intentar salir de la habitación. Me sentía bastante seguro en mi creencia de que podría escapar de ella si me perseguía una vez fuera del edificio, pues había empezado a enorgullecerme mucho de mi habilidad como saltador. Además, por lo cortas de sus patas, podía ver que el propio bruto no era saltador y probablemente tampoco corredor.

Lenta y cuidadosamente, por lo tanto, me puse de pie, solo para ver que mi vigilante hacía lo mismo; avancé con cautela hacia él, descubriendo que moviéndome con un andar arrastrado podía conservar el equilibrio y avanzar con razonable rapidez. Al acercarme al bruto, este retrocedió con cautela y, cuando llegué al exterior, se apartó a un lado para dejarme pasar. Luego se colocó detrás de mí y me siguió a unos diez pasos de distancia mientras yo avanzaba por la calle desierta.

Evidentemente, su misión era solo protegerme, pensé, pero al llegar al borde de la ciudad se lanzó de pronto delante de mí, emitiendo sonidos extraños y mostrando sus feos y feroces colmillos. Pensando en divertirme un poco a su costa, me abalancé hacia él y, cuando estaba casi sobre él, salté al aire y caí muy lejos más allá, fuera de la ciudad. Giró al instante y me cargó con la velocidad más espantosa que yo hubiera visto jamás. Había pensado que sus patas cortas eran un obstáculo para la rapidez, pero si hubiera corrido junto a galgos, estos habrían parecido dormidos sobre un felpudo. Como iba a saber, es el animal más veloz de Marte y, por su inteligencia, lealtad y ferocidad, se lo emplea en la caza, en la guerra y como protector del hombre marciano.

Vi enseguida que tendría dificultad para escapar de los colmillos de la bestia en línea recta, de modo que enfrenté su carga girando sobre mis pasos y saltando por encima de él cuando estaba casi sobre mí. Esta maniobra me dio una ventaja considerable, y logré llegar a la ciu-

dad bastante por delante de él y, mientras él venía desbocado tras de mí, salté hacia una ventana situada a unos 9 metros del suelo, en la fachada de uno de los edificios que miraban al valle.

Agarrándome del alféizar, me icé hasta quedar sentado, sin mirar dentro del edificio, y contemplé desde arriba al animal burlado que estaba a mis pies. Mi regocijo fue breve, sin embargo, pues apenas había logrado un asiento seguro sobre el alféizar cuando una enorme mano me agarró del cuello por detrás y me arrastró violentamente al interior de la habitación. Allí me arrojaron de espaldas y vi, de pie sobre mí, a una colosal criatura simiesca, blanca y sin pelo salvo por una enorme mata de cerdas erizadas sobre la cabeza.

VI. Una pelea que ganó amigos

La cosa, que se parecía más a los hombres de la Tierra que a los marcianos que yo había visto, me mantenía inmovilizado contra el suelo con un enorme pie, mientras farfullaba y gesticulaba hacia otra criatura que le respondía detrás de mí. Esta otra, que evidentemente era su pareja, no tardó en acercarse a nosotros, llevando una poderosa maza de piedra con la que, sin duda, pensaba machacarme el cráneo.

Las criaturas medirían de tres a cuatro metros y medio de estatura, andaban erguidas y tenían, como los marcianos verdes, un par intermedio de brazos o piernas, a medio camino entre las extremidades superiores y las inferiores. Tenían los ojos muy juntos y no saltones; las orejas, altas, pero más hacia los lados que las de los marcianos, y el hocico y los dientes se parecían notablemente a los de nuestro gorila africano. En conjunto, comparadas con los marcianos verdes, no resultaban desagradables.

La maza describía el arco que terminaba en mi rostro vuelto hacia arriba cuando un rayo de horror de mil patas se lanzó por la puerta directamente sobre el pecho de mi verdugo. Con un chillido de miedo, el simio que me sujetaba saltó por la ventana abierta, pero su pareja se enzarzó en una terrible lucha a muerte con mi salvador, que no era otro que mi fiel bestia guardiana; no me resuelvo a llamar perro a una criatura tan horrenda.

Me puse de pie lo más rápido que pude y, de espaldas a la pared, presencié un combate como pocos seres tienen el privilegio de ver. La fuerza, la agilidad y la ferocidad ciega de estas dos criaturas no tienen igual en nada conocido por el hombre de la Tierra. Mi bestia llevaba ventaja en la primera presa, pues había hundido sus enormes colmillos en el pecho de su adversario; pero los grandes brazos y garras del simio, respaldados por unos músculos muy superiores a los de los mar-

cianos que yo había visto, habían atenazado la garganta de mi guardián y lentamente le arrancaban la vida, doblándole la cabeza y el cuello hacia atrás sobre el cuerpo, de modo que a cada instante esperaba ver caer inerte a mi bestia, con el cuello roto.

Para lograrlo, el simio se desgarraba todo el frente del pecho, que seguía atrapado en la presa de tornillo de las poderosas mandíbulas. Rodaban de un lado a otro por el suelo, sin que ninguno emitiera un sonido de miedo ni de dolor. Al poco vi que los grandes ojos de mi bestia se salían por completo de las órbitas y que le brotaba sangre por las narices. Era evidente que se debilitaba de manera perceptible, pero también el simio, cuyos forcejeos disminuían por momentos.

De pronto reaccioné y, con ese extraño instinto que parece empujarme siempre a cumplir con mi deber, agarré la maza, que había caído al suelo al comienzo del combate, y, blandiéndola con toda la fuerza de mis brazos terrestres, la descargué de lleno sobre la cabeza del simio y le aplasté el cráneo como si fuera una cáscara de huevo.

Apenas había caído el golpe cuando me vi ante un nuevo peligro. La pareja del simio, repuesta del primer sobresalto de terror, había vuelto al lugar del encuentro por el interior del edificio. Lo divisé justo antes de que llegara a la puerta, y su aspecto, rugiendo ahora al ver a su compañero muerto en el suelo y echando espuma por la boca en el colmo de la rabia, me llenó, debo confesarlo, de sombríos presentimientos.

Siempre estoy dispuesto a plantarme y pelear cuando las probabilidades no están demasiado en mi contra, pero en este caso no veía ni gloria ni provecho en oponer mi fuerza relativamente miserable a los músculos de hierro y la brutal ferocidad de este enfurecido habitante de un mundo desconocido; de hecho, el único resultado de tal encuentro, en lo que a mí tocaba, parecía ser la muerte súbita.

Estaba cerca de la ventana y sabía que, una vez en la calle, podría alcanzar la plaza y ponerme a salvo antes de que la criatura me diera alcance; al menos la huida ofrecía una posibilidad de salvación, frente

a una muerte casi segura si me quedaba a pelear, por desesperadamente que lo hiciera.

Cierto que tenía la maza, pero ¿qué podía hacer con ella contra sus cuatro grandes brazos? Aun si le rompía uno con el primer golpe, pues calculaba que intentaría parar la maza, podría alcanzarme y aniquilarme con los otros antes de que yo me recuperara para un segundo ataque.

En el instante en que estos pensamientos cruzaban mi mente me había vuelto para correr hacia la ventana, pero mis ojos se posaron en el cuerpo de mi antiguo guardián y echaron a los cuatro vientos todo pensamiento de huida. Yacía jadeando en el suelo de la habitación, con sus grandes ojos clavados en mí en lo que parecía una lastimosa súplica de protección. No pude resistir esa mirada, ni habría podido, pensándolo mejor, abandonar a mi salvador sin dar en su favor tan buena cuenta de mí como él la había dado en el mío.

Sin más trámite, pues, me volví para recibir la embestida del simio macho enfurecido. Estaba ya demasiado cerca de mí para que la maza sirviera de algo, así que me limité a arrojársela con toda mi fuerza contra su mole que avanzaba. Lo golpeó justo debajo de las rodillas, arrancándole un aullido de dolor y rabia y haciéndole perder el equilibrio de tal modo que se lanzó sobre mí con los brazos muy extendidos para amortiguar la caída.

Una vez más, como el día anterior, recurrí a las tácticas terrestres y, descargando el puño derecho de lleno en la punta de su mentón, lo seguí con un izquierdazo demoledor en la boca del estómago. El efecto fue maravilloso, pues, mientras yo me hacía ágilmente a un lado tras el segundo golpe, él se tambaleó y cayó al suelo doblado de dolor y boqueando en busca de aire. Salté por encima de su cuerpo postrado, tomé la maza y rematé al monstruo antes de que pudiera ponerse en pie.

Al asestar el golpe sonó a mis espaldas una risa baja y, al volverme, vi a Tars Tarkas, a Sola y a tres o cuatro guerreros de pie en la puerta de la habitación. Cuando mis ojos se encontraron con los de ellos, fui

por segunda vez el destinatario de su celosamente guardado aplauso.

Sola había notado mi ausencia al despertar y había avisado enseguida a Tars Tarkas, quien había salido de inmediato con un puñado de guerreros a buscarme. Al acercarse a los límites de la ciudad, habían visto cómo el simio macho se precipitaba dentro del edificio, echando espuma de rabia.

Lo habían seguido de inmediato, pensando que era apenas posible que sus actos dieran una pista de mi paradero, y habían presenciado mi breve pero decisiva batalla con él. Este encuentro, junto con mi pelea con el guerrero marciano del día anterior y mis hazañas de salto, me puso muy alto en su estima. Evidentemente carentes de todos los sentimientos más finos de amistad, amor o cariño, esta gente venera literalmente la destreza física y la valentía, y nada es demasiado bueno para el objeto de su adoración mientras mantenga su posición con repetidos ejemplos de su habilidad, fuerza y coraje.

Sola, que había acompañado a la partida de búsqueda por voluntad propia, era la única de los marcianos cuyo rostro no se había torcido de risa mientras yo luchaba por mi vida. Estaba, por el contrario, seria, con evidente solicitud y, apenas acabé con el monstruo, corrió hacia mí y examinó con cuidado mi cuerpo en busca de posibles heridas o daños. Convencida de que había salido ileso, sonrió quedamente y, tomándome de la mano, echó a andar hacia la puerta de la habitación.

Tars Tarkas y los otros guerreros habían entrado y se hallaban de pie junto al animal, que ya se reanimaba rápidamente, el mismo que me había salvado la vida y cuya vida yo, a mi vez, había salvado. Parecían enfrascados en una discusión y al fin uno de ellos se dirigió a mí, pero, recordando mi ignorancia de su idioma, se volvió hacia Tars Tarkas, quien, con una palabra y un gesto, dio una orden al sujeto y se volvió para salir con nosotros de la habitación.

Había algo amenazador en su actitud hacia mi bestia, y vacilé en irme antes de saber cómo terminaría. Hice bien, pues el guerrero sacó de su funda una pistola de aspecto siniestro y estaba a punto de aca-

bar con la criatura cuando me lancé hacia delante y le levanté el brazo de un golpe. La bala, al dar contra el marco de madera de la ventana, estalló y abrió un agujero que atravesó por completo la madera y la mampostería.

Me arrodillé entonces junto a la temible criatura y, ayudándola a ponerse en pie, le indiqué con un gesto que me siguiera. Las miradas de sorpresa que mis actos provocaron en los marcianos resultaban cómicas; no podían comprender, salvo de manera débil e infantil, cualidades como la gratitud y la compasión. El guerrero al que yo había desviado el arma miró interrogante a Tars Tarkas, pero este hizo la señal de que me dejaran hacer a mi manera, y así regresamos a la plaza con mi gran bestia pegada a mis talones y Sola aferrada con fuerza a mi brazo.

Tenía al menos dos amigos en Marte: una joven que velaba por mí con solicitud maternal y una bruta muda que, como llegué a saber más tarde, guardaba en su pobre y fea carcasa más amor, más lealtad y más gratitud de los que se habrían hallado en los cinco millones de marcianos verdes que vagan por las ciudades desiertas y los fondos de mares muertos de Marte.

VII. La crianza de los niños en Marte

Tras un desayuno que fue réplica exacta de la comida del día anterior e índice de prácticamente todas las que siguieron mientras estuve con los hombres verdes de Marte, Sola me escoltó hasta la plaza, donde encontré a toda la comunidad ocupada en mirar o ayudar a enganchar enormes animales mastodónticos a grandes carros de tres ruedas. Había unos doscientos cincuenta de estos vehículos, cada uno tirado por un solo animal, y cualquiera de ellos, a juzgar por su aspecto, habría podido arrastrar sin esfuerzo toda la caravana de carros plenamente cargada.

Los carros mismos eran grandes, espaciosos y suntuosamente decorados. En cada uno iba sentada una hembra marciana cargada de adornos de metal, de joyas, sedas y pieles, y sobre el lomo de cada una de las bestias que los tiraban iba encaramado un joven conductor marciano. Igual que los animales que montaban los guerreros, los animales de tiro más pesados no llevaban freno ni brida, sino que se guiaban enteramente por medios telepáticos.

Este poder está maravillosamente desarrollado en todos los marcianos y explica en buena parte la sencillez de su idioma y las relativamente pocas palabras que se pronuncian incluso en las conversaciones largas. Es el idioma universal de Marte, y por su medio los animales superiores e inferiores de este mundo de paradojas pueden comunicarse en mayor o menor grado, según la esfera intelectual de la especie y el desarrollo del individuo.

Cuando la cabalgata emprendió la marcha en fila india, Sola me arrastró a un carro vacío y avanzamos con la procesión hacia el punto por el que yo había entrado a la ciudad el día anterior. A la cabeza de la caravana cabalgaban unos doscientos guerreros, de a cinco en fondo, y otros tantos cerraban la retaguardia, mientras veinticinco o trein-

ta jinetes de flanco nos custodiaban a cada lado.

Todos, salvo yo (hombres, mujeres y niños), iban fuertemente armados, y tras cada carro trotaba un perro marciano; mi propia bestia nos seguía muy de cerca y, de hecho, la fiel criatura no me abandonó voluntariamente ni una vez durante los diez años enteros que pasé en Marte. Nuestro camino salía por el pequeño valle frente a la ciudad, atravesaba las colinas y bajaba al fondo del mar muerto que yo había recorrido en mi viaje desde la incubadora hasta la plaza. La incubadora, según se vio, era el término de nuestro viaje ese día y, como toda la cabalgata se lanzó a un galope desenfrenado apenas llegamos a la extensión llana del fondo marino, pronto estuvimos a la vista de nuestra meta.

Al llegar, los carros se estacionaron con precisión militar en los cuatro lados del recinto, y una decena de guerreros, encabezados por el enorme jefe e incluyendo a Tars Tarkas y a varios otros jefes menores, desmontaron y avanzaron hacia ella. Pude ver a Tars Tarkas explicando algo al jefe principal, cuyo nombre, por cierto, era, hasta donde puedo traducirlo a nuestra lengua, Lorquas Ptomel, jed; jed era su título.

Pronto supe de qué hablaban, pues Tars Tarkas, llamando a Sola, le hizo señas de que me enviara a él. Para entonces yo ya había dominado las dificultades de caminar en las condiciones marcianas y, respondiendo rápidamente a su orden, avancé hasta el costado de la incubadora donde estaban los guerreros.

Al llegar a su lado, una mirada me mostró que todos los huevos salvo muy pocos habían eclosionado, y la incubadora hervía literalmente de horribles diablillos. Medían de noventa centímetros a un metro veinte de altura y se movían inquietos por el recinto como en busca de alimento.

Cuando me detuve ante él, Tars Tarkas señaló por encima de la incubadora y dijo: «*Sak*». Comprendí que quería que repitiera mi hazaña del día anterior para edificación de Lorquas Ptomel y, como debo con-

fesar que mi proeza me daba no poca satisfacción, respondí enseguida, saltando por encima de los carros estacionados al otro lado de la incubadora. Cuando regresé, Lorquas Ptomel me gruñó algo y, volviéndose a sus guerreros, dio unas pocas órdenes relativas a la incubadora. Dejaron de prestarme atención y así pude quedarme cerca y observar sus operaciones, que consistían en romper una abertura en el muro de la incubadora lo bastante grande para dejar salir a los jóvenes marcianos.

A ambos lados de esta abertura, las mujeres y los marcianos más jóvenes, varones y hembras, formaron dos murallas compactas que se prolongaban entre los carros y bien adentro en la llanura. Entre estas murallas los pequeños marcianos correteaban, salvajes como venados; se les dejaba correr todo el largo del pasillo, donde eran capturados uno a uno por las mujeres y los niños mayores; la última de la fila capturaba al primer pequeño que llegaba al final del pasillo, la que le quedaba enfrente en la fila al segundo, y así hasta que todos los pequeños habían abandonado el recinto y habían sido apropiados por algún joven o hembra. A medida que las mujeres atrapaban a las crías, salían de la fila y regresaban a sus respectivos carros, mientras que las que caían en manos de los jóvenes eran entregadas más tarde a alguna de las mujeres.

Vi que la ceremonia, si cabe honrarla con tal nombre, había terminado y, buscando a Sola, la encontré en nuestro carro con una horrenda criatura pequeña estrechada entre sus brazos.

La tarea de criar a los jóvenes marcianos verdes consiste únicamente en enseñarles a hablar y a usar las armas de guerra de que van cargados desde el primer año de vida. Salidos de huevos en los que han yacido cinco años, el período de incubación, salen al mundo perfectamente desarrollados salvo en tamaño. Totalmente desconocidos para sus madres, que a su vez tendrían dificultad para señalar con alguna precisión a los padres, son los hijos comunes de la comunidad, y su educación corresponde a las hembras que por azar los capturan al sa-

lir de la incubadora.

Sus madres adoptivas puede que ni siquiera hayan tenido un huevo en la incubadora, como era el caso de Sola, que no había comenzado a poner hasta menos de un año antes de convertirse en madre de la cría de otra mujer. Pero esto cuenta poco entre los marcianos verdes, pues el amor paterno y filial les es tan desconocido como común entre nosotros. Creo que este horrible sistema, que se ha practicado durante eras, es la causa directa de la pérdida de todos los sentimientos más finos y los instintos humanitarios superiores entre estas pobres criaturas. Desde el nacimiento no conocen el amor de padre ni de madre, no saben el significado de la palabra hogar; se les enseña que solo se les tolera vivir hasta que puedan demostrar por su físico y su ferocidad que merecen vivir. Si resultan deformes o defectuosos de algún modo, se les dispara sin demora; ni ven derramarse una lágrima por ninguna de las muchas crueles penalidades que pasan desde la más tierna infancia.

No quiero decir que los marcianos adultos sean innecesaria o intencionalmente crueles con los jóvenes, sino que la suya es una lucha por la existencia dura e implacable en un planeta moribundo, cuyos recursos naturales han menguado hasta un punto en que sostener cada vida adicional supone una carga más para la comunidad en la que cae.

Mediante una cuidadosa selección crían solo a los ejemplares más robustos de cada especie y, con una previsión casi sobrenatural, regulan la tasa de natalidad apenas para compensar las pérdidas por muerte.

Cada hembra marciana adulta pone unos trece huevos al año, y los que superan las pruebas de tamaño, peso y gravedad específica se ocultan en los recovecos de alguna bóveda subterránea donde la temperatura es demasiado baja para la incubación. Cada año estos huevos son examinados con cuidado por un consejo de veinte jefes, y de cada remesa anual se destruyen todos salvo unos cien de los más perfectos. Al cabo de cinco años se han escogido unos quinientos huevos casi perfectos entre los miles puestos. Estos se colocan entonces en las incubado-

ras casi herméticas para que los rayos del sol los empollen tras otro período de cinco años. La eclosión que habíamos presenciado hoy fue un suceso bastante representativo de su clase, pues eclosionaron todos los huevos salvo cerca del uno por ciento en dos días. Si los huevos restantes llegaron a eclosionar alguna vez, nunca supimos qué fue de los pequeños marcianos. No se los quería, pues su descendencia podría heredar y transmitir la tendencia a la incubación prolongada, y así trastornar el sistema que se ha mantenido durante eras y que permite a los marcianos adultos calcular el momento justo de volver a las incubadoras, casi con una hora de precisión.

Las incubadoras se construyen en remotos reductos, donde hay poca o ninguna probabilidad de que otras tribus las descubran. El resultado de semejante catástrofe sería que la comunidad no tendría niños durante otros cinco años. Más tarde me tocaría presenciar las consecuencias del descubrimiento de una incubadora ajena.

La comunidad de la que formaban parte los marcianos verdes con quienes me tocó vivir se componía de unas treinta mil almas. Recorrían una enorme extensión de tierras áridas y semiáridas entre los cuarenta y los ochenta grados de latitud sur, limitada al este y al oeste por dos grandes extensiones fértiles. Su sede se hallaba en la esquina sudoeste de este distrito, cerca del cruce de dos de los llamados canales marcianos.

Como la incubadora había sido emplazada muy al norte de su propio territorio, en una zona supuestamente deshabitada y poco frecuentada, teníamos por delante un viaje enorme, del cual yo, por supuesto, nada sabía.

Tras nuestro regreso a la ciudad muerta pasé varios días en relativa ociosidad. El día siguiente a nuestro regreso todos los guerreros habían salido montados temprano en la mañana y no volvieron hasta justo antes del anochecer. Como supe después, habían ido a las bóvedas subterráneas donde se guardaban los huevos y los habían transportado a la incubadora, que luego tapiaron por otros cinco años y que, con to-

da probabilidad, no sería visitada de nuevo durante ese período.

Las bóvedas que escondían los huevos hasta que estuvieran listos para la incubadora se hallaban a muchos kilómetros al sur de esta, y el consejo de veinte jefes las visitaba cada año. Por qué no dispusieron construir sus bóvedas e incubadoras más cerca de casa me ha sido siempre un misterio y, como tantos otros misterios marcianos, sin resolver e irresoluble con los razonamientos y costumbres terrestres.

Las obligaciones de Sola se habían duplicado, pues debía cuidar del joven marciano además de mí, pero ninguno de los dos requería mucha atención y, como estábamos ambos más o menos igual de adelantados en la educación marciana, Sola se encargó de instruirnos juntos.

Su captura consistió en un macho de unos 1,2 metros de estatura, muy fuerte y físicamente perfecto; además, aprendía rápido, y tuvimos considerable diversión, al menos yo, con la viva rivalidad que mostrábamos. El idioma marciano, como he dicho, es sumamente sencillo y en una semana pude dar a conocer todas mis necesidades y entender casi todo lo que se me decía. Asimismo, bajo la tutela de Sola, desarrollé mis poderes telepáticos hasta poder percibir en poco tiempo prácticamente todo lo que sucedía a mi alrededor.

Lo que más sorprendía a Sola de mí era que, mientras yo captaba fácilmente mensajes telepáticos de otros, y a menudo cuando no estaban destinados a mí, nadie podía leer ni una pizca de mi mente en ninguna circunstancia. Al principio esto me fastidió, pero después me alegré mucho, pues me daba una indudable ventaja sobre los marcianos.

VIII. Una hermosa cautiva del cielo

Al tercer día de la ceremonia de la incubadora nos pusimos en marcha hacia el hogar, pero apenas la cabeza de la procesión había salido al terreno abierto frente a la ciudad, se dieron órdenes de regresar de inmediato y a toda prisa. Como si llevaran años adiestrados en esa maniobra, los marcianos verdes se desvanecieron como la niebla por las amplias puertas de los edificios cercanos, hasta que, en menos de tres minutos, toda la caravana de carros, mastodontes y guerreros montados había desaparecido de la vista.

Sola y yo habíamos entrado en un edificio de la fachada de la ciudad, de hecho el mismo en que tuve mi encuentro con los simios, y, deseoso de ver qué había provocado la retirada repentina, subí a un piso alto y miré por la ventana hacia el valle y las colinas de más allá; y allí vi la causa de que corrieran a ponerse a cubierto. Una enorme nave, larga, baja y pintada de gris, se deslizaba lentamente sobre la cresta de la colina más cercana. Tras ella venía otra, y otra, y otra, hasta que veinte de ellas, a poca altura del suelo, avanzaron hacia nosotros con lentitud y majestuosidad.

Cada una llevaba un extraño estandarte tendido de proa a popa por encima de la obra alta, y en la proa de cada una estaba pintado un curioso emblema que brillaba al sol y se distinguía con claridad aun a la distancia a que nos hallábamos de las naves. Podía ver figuras agolpadas en las cubiertas delanteras y en la obra alta de las naves aéreas. No podría decir si nos habían descubierto o si solo miraban la ciudad desierta, pero en todo caso recibieron una acogida brusca, pues de pronto y sin aviso los guerreros marcianos verdes descargaron una terrible andanada desde las ventanas de los edificios que daban al pequeño valle por el que las grandes naves avanzaban tan apaciblemente.

Al instante la escena cambió como por arte de magia; la nave que

iba a la cabeza se puso de costado hacia nosotros y, entrando en acción sus cañones, respondió a nuestro fuego, mientras se movía en paralelo a nuestro frente por un corto trecho para volver luego sobre sus pasos, con la evidente intención de completar un gran círculo que la llevara de nuevo a posición frente a nuestra línea de fuego; las demás naves la seguían a su estela, y cada una abría fuego contra nosotros al ponerse en posición. Nuestro propio fuego no decaía, y dudo que ni el veinticinco por ciento de nuestros disparos se perdiera. Jamás me había tocado ver una puntería tan mortífera, y parecía que una figurita de alguna de las naves caía a cada explosión de una bala, mientras los estandartes y la obra alta se deshacían en chorros de llamas bajo el paso de los irresistibles proyectiles de nuestros guerreros.

El fuego de las naves fue del todo ineficaz, debido, como supe después, a lo inesperado y repentino de la primera andanada, que sorprendió del todo desprevenidas a las tripulaciones y dejó los aparatos de puntería de los cañones sin protección frente a la mortífera puntería de nuestros guerreros.

Parece que cada guerrero verde tiene ciertos blancos para su fuego en circunstancias de guerra relativamente idénticas. Por ejemplo, una parte de ellos, siempre los mejores tiradores, dirige su fuego por entero contra los aparatos inalámbricos de localización y de puntería de los cañones grandes de una fuerza naval atacante; otro destacamento se ocupa del mismo modo de los cañones menores; otros eliminan a los artilleros; otros más, a los oficiales; mientras que otras cuotas concentran su atención en el resto de la tripulación, en la obra alta y en el mecanismo de gobierno y las hélices.

Veinte minutos después de la primera andanada, la gran flota se alejó rastreando en la dirección por la que había aparecido. Varias de las naves cojeaban de manera perceptible y parecían apenas gobernadas por sus diezmadas tripulaciones. Su fuego había cesado por completo y toda su energía parecía concentrada en escapar. Entonces nuestros guerreros se precipitaron a los techos de los edificios que ocupába-

mos y siguieron a la armada en retirada con un continuo fuego mortífero.

Una a una, sin embargo, las naves lograron hundirse tras las crestas de las colinas lejanas, hasta que solo quedó a la vista una apenas en movimiento. Esta había recibido lo más recio de nuestro fuego y parecía estar del todo sin tripulación, pues no se veía una sola figura moverse en sus cubiertas. Lentamente se apartó de su rumbo y volvió en círculo hacia nosotros, de un modo errático y lastimoso. Al instante los guerreros dejaron de disparar, pues era evidente que la nave estaba por completo indefensa y, lejos de poder hacernos daño, ni siquiera podía gobernarse lo bastante para escapar.

Cuando se acercó a la ciudad, los guerreros se lanzaron a la llanura para salirle al encuentro, pero era evidente que aún estaba demasiado alta para que pudieran esperar alcanzar sus cubiertas. Desde mi puesto de observación en la ventana veía los cuerpos de su tripulación desparramados, aunque no alcanzaba a distinguir qué clase de criaturas podían ser. No había en ella señal alguna de vida mientras derivaba lentamente, con la brisa ligera, en dirección sudeste.

Derivaba a unos quince metros del suelo, seguida por todos los guerreros salvo un centenar, a quienes se había ordenado volver a los techos para cubrir la posibilidad de un regreso de la flota o de refuerzos. Pronto se hizo evidente que chocaría contra la fachada de los edificios a un kilómetro y medio al sur de nuestra posición, y mientras observaba el avance de la persecución vi a varios guerreros adelantarse al galope, desmontar y entrar en el edificio que ella parecía destinada a tocar.

Cuando la nave se acercó al edificio, y justo antes de que chocara, los guerreros marcianos se abalanzaron sobre ella desde las ventanas y con sus grandes lanzas amortiguaron el golpe de la colisión, y en pocos momentos habían lanzado garfios de abordaje y la gran nave era arrastrada a tierra por sus compañeros de abajo.

Después de amarrarla, treparon por los costados y registraron la na-

ve de proa a popa. Los veía examinar a los marineros muertos, evidentemente en busca de señales de vida, y al poco rato un grupo apareció desde abajo arrastrando entre ellos una figura pequeña. La criatura era bastante menos de la mitad de alta que los guerreros marcianos verdes, y desde mi balcón pude ver que caminaba erguida sobre dos piernas, y supuse que sería alguna nueva y extraña monstruosidad marciana que yo todavía no conocía.

Llevaron a su prisionera a tierra y luego comenzaron un saqueo sistemático de la nave. Esta operación requirió varias horas, durante las cuales se requisaron varios carros para transportar el botín, que consistía en armas, municiones, sedas, pieles, joyas, vasijas de piedra extrañamente talladas y una cantidad de alimentos sólidos y líquidos, entre ellos muchos toneles de agua, la primera que veía desde mi llegada a Marte.

Una vez retirada la última carga, los guerreros ataron cabos a la nave y la remolcaron lejos, hacia el valle, en dirección sudoeste. Algunos subieron entonces a bordo y se afanaron en lo que, desde mi lejana posición, parecía el vaciado del contenido de varios bidones sobre los cuerpos de los marineros y sobre las cubiertas y la obra alta de la nave.

Concluida esta operación, bajaron apresuradamente por los costados, deslizándose por los cabos de sujeción hasta el suelo. El último guerrero en abandonar la cubierta se volvió y arrojó algo sobre la nave, esperando un instante para ver el resultado de su acto. Cuando un leve chorro de llama se alzó del punto donde cayó el proyectil, él saltó por encima de la borda y estuvo pronto en tierra. Apenas había aterrizado cuando los cabos de sujeción fueron soltados a un tiempo, y el gran buque de guerra, aligerado por el retiro del botín, se elevó majestuosamente en el aire, con las cubiertas y la obra alta convertidas en una masa de llamas rugientes.

Lentamente derivó hacia el sudeste, elevándose más y más a medida que las llamas devoraban sus partes de madera y aliviaban el peso

que cargaba. Subí al techo del edificio y la observé durante horas, hasta que por fin se perdió en las vagas lejanías. El espectáculo era sobrecogedor en extremo al contemplar aquella poderosa pira funeraria flotante, a la deriva, sin rumbo ni tripulación, por los solitarios desiertos del cielo marciano: un despojo de muerte y destrucción, que simbolizaba la historia de la vida de aquellas extrañas y feroces criaturas a cuyas hostiles manos el destino lo había llevado.

Muy abatido, y de un modo que no alcanzaba a explicarme, bajé lentamente a la calle. La escena que había presenciado parecía marcar la derrota y aniquilación de las fuerzas de un pueblo hermano, más que la dispersión, por nuestros guerreros verdes, de una horda de criaturas semejantes, aunque hostiles. No podía explicarme la aparente alucinación, ni tampoco librarme de ella; pero en lo más hondo de mi alma sentí un extraño anhelo hacia aquellos desconocidos enemigos, y una poderosa esperanza me inundó de que la flota volviera y pidiera cuentas a los guerreros verdes que la habían atacado con tanta crueldad y sin motivo.

Pegado a mis talones, en su puesto ya habitual, me seguía Woola, el perro, y cuando salí a la calle Sola corrió hacia mí como si yo hubiera sido el objeto de alguna búsqueda suya. La caravana volvía a la plaza, pues se había desistido de la marcha de regreso por ese día; y, de hecho, no se reanudó hasta pasada más de una semana, por temor a un ataque de regreso de las aeronaves.

Lorquas Ptomel era un guerrero demasiado astuto para dejarse sorprender en las llanuras abiertas con una caravana de carros y niños, y así permanecimos en la ciudad desierta hasta que el peligro pareció pasado.

Cuando Sola y yo entramos en la plaza, una visión se presentó a mis ojos que llenó todo mi ser con una gran oleada de esperanza, miedo, exultación y abatimiento mezclados, y con todo, lo más dominante era una sutil sensación de alivio y felicidad; pues justo cuando nos acercábamos a la multitud de marcianos alcancé a ver a la prisionera

de la nave de guerra, a quien un par de hembras marcianas verdes arrastraban con brusquedad hacia un edificio cercano.

Y lo que se ofreció a mis ojos fue una figura esbelta, de aspecto juvenil, semejante en cada detalle a las mujeres terrestres de mi vida pasada. Al principio no me vio, pero justo cuando desaparecía por el portal del edificio que iba a ser su prisión, se volvió y sus ojos se encontraron con los míos. Su rostro era ovalado y hermosísimo, cada uno de sus rasgos finamente cincelado y exquisito, sus ojos grandes y luminosos, y su cabeza coronada por una masa de cabello negro como el carbón, ondulado, recogido con soltura en un peinado extraño pero favorecedor. Su piel era de un color cobrizo rojizo claro, contra el cual el brillo carmesí de sus mejillas y el rubí de sus labios hermosamente modelados resaltaban con un efecto extrañamente realzador.

Estaba tan desprovista de ropa como los marcianos verdes que la acompañaban; en verdad, salvo por sus ornamentos muy trabajados, estaba por completo desnuda, y ningún atuendo habría podido realzar la belleza de su figura perfecta y simétrica.

Cuando su mirada se posó en mí, sus ojos se abrieron de par en par con asombro, y con la mano libre hizo una pequeña seña; una seña que yo, por supuesto, no entendí. Solo un momento nos miramos, y luego la mirada de esperanza y valor renovado que había glorificado su rostro al descubrirme se apagó en una de total abatimiento, mezclado con repugnancia y desprecio. Comprendí que no había respondido a su señal y, ignorante como era de las costumbres marcianas, sentí por intuición que ella había hecho un ruego de socorro y protección que mi desdichada ignorancia me había impedido atender. Y entonces la arrastraron fuera de mi vista, a las profundidades del edificio desierto.

IX. Aprendo el idioma

Al volver en mí, miré a Sola, que había presenciado este encuentro, y me sorprendió notar una extraña expresión en su semblante habitualmente inexpresivo. No sabía qué pensaba, pues hasta entonces había aprendido poco de la lengua marciana; lo justo para mis necesidades cotidianas.

Al llegar a la puerta de nuestro edificio me aguardaba una extraña sorpresa. Un guerrero se acercó trayendo las armas, los ornamentos y el equipo completo de los de su especie. Me los entregó con unas pocas palabras ininteligibles y un porte a la vez respetuoso y amenazante.

Más tarde, Sola, con ayuda de varias de las otras mujeres, rehízo los arreos para ajustarlos a mis menores proporciones, y cuando terminaron la tarea anduve ataviado con toda la panoplia de guerra.

Desde entonces Sola me instruyó en los misterios de las diversas armas, y con los jóvenes marcianos pasaba varias horas cada día practicando en la plaza. No dominaba aún todas las armas, pero mi gran familiaridad con armas terrestres semejantes me hizo un alumno inusualmente aventajado, y progresé de manera muy satisfactoria.

El adiestramiento mío y de los jóvenes marcianos estaba a cargo exclusivamente de las mujeres, que no solo atienden la educación de los jóvenes en las artes de la defensa y el ataque individuales, sino que son además las artesanas que producen todo artículo manufacturado por los marcianos verdes. Fabrican la pólvora, los cartuchos, las armas de fuego; en fin, todo lo de valor lo producen las hembras. En tiempo de guerra efectiva forman parte de las reservas y, cuando la necesidad surge, luchan con aún mayor inteligencia y ferocidad que los hombres.

Los hombres se adiestran en las ramas superiores del arte de la guerra; en la estrategia y en la maniobra de grandes cuerpos de tropas. Ha-

cen las leyes a medida que se necesitan; una ley nueva para cada emergencia. No los ata precedente alguno en la administración de justicia. Las costumbres se han transmitido por siglos de repetición, pero el castigo por desatender una costumbre es asunto de trato individual por un jurado de pares del culpable, y puedo decir que la justicia rara vez falla el tiro, sino que más bien parece regir en razón inversa al ascendiente de la ley. En un aspecto al menos los marcianos son un pueblo feliz; no tienen abogados.

No volví a ver a la prisionera durante varios días después de nuestro primer encuentro, y entonces solo para atisbar un fugaz vistazo de ella mientras la conducían a la gran sala de audiencias donde yo había tenido mi primer encuentro con Lorquas Ptomel. No pude sino notar la innecesaria dureza y brutalidad con que la trataban sus guardias; tan distinta de la bondad casi maternal que Sola mostraba hacia mí y de la actitud respetuosa de los pocos marcianos verdes que se tomaban la molestia de reparar en mí.

Había observado, en las dos ocasiones en que la vi, que la prisionera intercambiaba palabras con sus guardias, y esto me convenció de que hablaban, o al menos podían hacerse entender, en una lengua común. Con este nuevo incentivo casi volví loca a Sola con mis importunaciones para que acelerara mi instrucción, y en pocos días más había dominado la lengua marciana lo bastante bien como para sostener una conversación pasable y entender plenamente casi todo lo que oía.

En esa época nuestros aposentos para dormir estaban ocupados por tres o cuatro hembras y un par de los jóvenes recién nacidos, además de Sola y su joven pupilo, yo mismo y Woola, el perro. Después de acostarse por la noche, los adultos acostumbraban sostener una conversación deshilvanada por un rato antes de caer en el sueño, y ahora que podía entender su lengua yo era siempre un oyente atento, aunque nunca aportaba comentario alguno.

La noche siguiente a la visita de la prisionera a la sala de audiencias, la conversación recayó por fin sobre este asunto, y al instante me

hice todo oídos. Había temido interrogar a Sola acerca de la hermosa cautiva, pues no podía dejar de recordar la extraña expresión que había notado en su rostro tras mi primer encuentro con la prisionera. No podía decir si denotaba celos, y sin embargo, juzgando todas las cosas por criterios mundanos, como aún hacía, me pareció más seguro fingir indiferencia en el asunto hasta saber con más certeza cuál era la actitud de Sola hacia el objeto de mi interés.

Sarkoja, una de las mujeres de más edad que compartían nuestra morada, había estado presente en la audiencia como una de las guardias de la cautiva, y fue hacia ella que se dirigió la pregunta.

«¿Cuándo», preguntó una de las mujeres, «gozaremos de las agonías de la roja? ¿O acaso Lorquas Ptomel, el jed, piensa retenerla para pedir rescate?».

«Han decidido llevarla con nosotros de vuelta a Thark y exhibir su última agonía en los grandes juegos ante Tal Hajus», respondió Sarkoja.

«¿De qué manera será su muerte?», inquirió Sola. «Es muy pequeña y muy hermosa; yo había esperado que la retuvieran para pedir rescate».

Sarkoja y las otras mujeres gruñeron con enojo ante esta muestra de debilidad de Sola.

«Es triste, Sola, que no nacieras hace un millón de años», increpó Sarkoja, «cuando todas las hondonadas de la tierra estaban llenas de agua y los pueblos eran tan blandos como aquello sobre lo cual navegaban. En nuestros días hemos progresado hasta un punto en que tales sentimientos marcan debilidad y atavismo. No te convendrá permitir que Tars Tarkas sepa que albergas sentimientos tan degenerados, pues dudo que quiera confiar a una como tú las graves responsabilidades de la maternidad».

«No veo nada malo en mi expresión de interés por esta mujer roja», replicó Sola. «Nunca nos ha hecho daño, ni lo habría hecho si hubiésemos caído en sus manos. Solo los hombres de su especie nos hacen la

guerra, y yo siempre he pensado que su actitud hacia nosotros no es sino el reflejo de la nuestra hacia ellos. Viven en paz con todos sus semejantes, salvo cuando el deber los llama a hacer la guerra, mientras que nosotros no estamos en paz con nadie; siempre en guerra entre los de nuestra propia especie además de contra los hombres rojos, y aun dentro de nuestras propias comunidades los individuos pelean entre sí. ¡Oh, es un continuo y horrible período de derramamiento de sangre desde que rompemos el cascarón hasta que abrazamos gustosos el seno del río del misterio, el oscuro y antiguo Iss, que nos lleva a una existencia desconocida, pero al menos no más espantosa y terrible! ¡Afortunado es, en verdad, quien encuentra su fin en una muerte temprana! Di lo que quieras a Tars Tarkas, no puede darme peor suerte que la continuación de la horrible existencia que se nos obliga a llevar en esta vida».

Este arrebato salvaje de Sola sorprendió y escandalizó tanto a las otras mujeres que, tras unas palabras de reprimenda general, todas callaron y pronto estuvieron dormidas. Una cosa había logrado el episodio: asegurarme la simpatía de Sola hacia la pobre muchacha, y también convencerme de que había tenido una suerte extraordinaria al caer en sus manos y no en las de alguna de las otras hembras. Sabía que me tenía afecto, y ahora que había descubierto que odiaba la crueldad y la barbarie, tenía la confianza de poder contar con ella para ayudarnos a la cautiva y a mí a escapar, siempre que, por supuesto, tal cosa estuviera dentro del campo de lo posible.

Ni siquiera sabía que hubiera mejores condiciones a las cuales escapar, pero estaba más que dispuesto a probar suerte entre gente hecha a mi propio molde antes que permanecer más tiempo entre los horribles y sanguinarios hombres verdes de Marte. Pero adónde ir, y cómo, era para mí un enigma tan grande como lo ha sido para los hombres de la Tierra, desde el comienzo de los tiempos, la antigua búsqueda de la fuente de la vida eterna.

Decidí que a la primera oportunidad haría a Sola mi confidente y le

pediría abiertamente su ayuda, y con esta resolución firme en mí me volví entre mis sedas y pieles y dormí el sueño reparador y sin ensueños de Marte.

X. Campeón y jefe

Temprano a la mañana siguiente ya estaba en pie. Se me concedía una libertad considerable, pues Sola me había informado de que, mientras no intentara abandonar la ciudad, era libre de ir y venir a mi antojo. Sin embargo, me había advertido que no me aventurara a salir sin armas, porque esta ciudad, como todas las demás metrópolis desiertas de una antigua civilización marciana, estaba poblada por los grandes monos blancos de la aventura de mi segundo día.

Al advertirme que no debía salir de los límites de la ciudad, Sola me había explicado que, de todos modos, Woola lo impediría si yo lo intentaba, y me previno con la mayor urgencia que no despertara su naturaleza feroz ignorando sus avisos si me acercaba demasiado al territorio prohibido. Su naturaleza era tal, dijo, que me traería de vuelta a la ciudad, vivo o muerto, si yo persistía en oponérmele; «de preferencia muerto», agregó.

Esa mañana había elegido una calle nueva para explorar cuando de pronto me hallé en el límite de la ciudad. Ante mí se extendían colinas bajas, cortadas por quebradas angostas y tentadoras. Anhelaba explorar la campiña que tenía delante y, como el linaje de pioneros del que desciendo, ver desde las cumbres que me ocultaban la vista qué mostraría el paisaje más allá de las colinas que rodeaban la ciudad.

También se me ocurrió que aquella sería una excelente oportunidad para poner a prueba las cualidades de Woola. Estaba convencido de que la bestia me quería; había visto en él más muestras de afecto que en cualquier otro animal marciano, hombre o bestia, y estaba seguro de que la gratitud por los actos que dos veces le habían salvado la vida pesaría mucho más que su lealtad al deber que le imponían unos amos crueles y sin amor.

Cuando me acerqué a la línea límite, Woola corrió ansioso delante

de mí y empujó su cuerpo contra mis piernas. Su expresión era suplicante más que feroz, y no mostró sus grandes colmillos ni profirió sus temibles advertencias guturales. Privado de la amistad y la compañía de los de mi especie, había llegado a tomarles bastante cariño a Woola y a Sola, pues el hombre terrestre normal necesita algún cauce para sus afectos naturales; así que decidí apelar a un instinto semejante en esta gran bestia, seguro de que no me defraudaría.

Nunca lo había acariciado ni mimado, pero ahora me senté en el suelo y, rodeando con mis brazos su pesado cuello, lo acaricié y lo halagué, hablándole en mi recién adquirida lengua marciana como habría hablado a mi sabueso en casa, como habría hablado a cualquier otro amigo entre los animales inferiores. Su respuesta a mi muestra de cariño fue notable en extremo: abrió su enorme boca de lado a lado, mostrando toda la extensión de sus hileras superiores de colmillos y arrugando el hocico hasta que sus grandes ojos casi quedaron ocultos por los pliegues de carne. Si alguna vez ha visto sonreír a un collie, podrá hacerse una idea de la deformación del rostro de Woola.

Se echó de espaldas y se revolcó literalmente a mis pies; se levantó de un salto y se abalanzó sobre mí, haciéndome rodar por el suelo con su gran peso; luego se retorció y se contorsionó a mi alrededor como un cachorro juguetón que ofrece el lomo para las caricias que anhela. No pude resistir lo ridículo del espectáculo y, sujetándome los costados, me balanceé de atrás adelante en la primera risa que salía de mis labios en muchos días; la primera, de hecho, desde la mañana en que Powell dejó el campamento, cuando su caballo, largo tiempo sin uso, lo desmontó de pronto e inesperadamente de cabeza en una olla de frijoles.

Mi risa asustó a Woola; sus cabriolas cesaron y se arrastró lastimosamente hacia mí, metiendo su fea cabeza hasta el fondo de mi regazo; y entonces recordé lo que significaba la risa en Marte: tortura, sufrimiento, muerte. Calmándome, froté la cabeza y el lomo del pobre compañero, le hablé unos minutos y luego, en tono autoritario, le orde-

né que me siguiera y, levantándome, eché a andar hacia las colinas.

Ya no hubo más dudas de autoridad entre nosotros; desde ese momento Woola fue mi devoto esclavo, y yo su único e indiscutido amo. Mi paseo hasta las colinas ocupó apenas unos minutos y no hallé nada de particular interés que me recompensara. Numerosas flores silvestres, de brillantes colores y formas extrañas, salpicaban las quebradas, y desde la cima de la primera colina vi otras colinas que se extendían hacia el norte y se alzaban, una cadena sobre otra, hasta perderse en montañas de dimensiones bastante respetables; aunque después supe que en todo Marte solo unos pocos picos superan los mil doscientos metros de altura, de modo que la sensación de magnitud era meramente relativa.

Mi paseo de aquella mañana había sido de gran importancia para mí, pues había resultado en un entendimiento perfecto con Woola, en quien Tars Tarkas confiaba para mi custodia. Ahora sabía que, aunque en teoría era un prisionero, en la práctica era casi libre, y me apresuré a volver a los límites de la ciudad antes de que sus antiguos amos descubrieran la deserción de Woola. La aventura me decidió a no salir nunca más de mi territorio prescrito hasta que estuviera listo para marcharme definitivamente, pues de ser descubiertos ello acarrearía sin duda una reducción de mis libertades, además de la probable muerte de Woola.

Al volver a la plaza vi por tercera vez a la joven cautiva. Estaba de pie con sus guardias ante la entrada de la sala de audiencias y, cuando me acerqué, me lanzó una mirada altiva y me volvió por completo la espalda. El gesto era tan femenino, tan propio de una mujer de la Tierra, que, aunque hirió mi orgullo, también me calentó el corazón con un sentimiento de compañía; era bueno saber que alguien más en Marte, además de mí, tenía instintos humanos de orden civilizado, aun cuando la manifestación de ellos fuera tan dolorosa y mortificante.

Si una mujer marciana verde hubiera querido mostrar aversión o desprecio, lo habría hecho con toda probabilidad con una estocada de

espada o un movimiento del dedo del gatillo; pero como sus sentimientos están en su mayor parte atrofiados, habría hecho falta una ofensa grave para despertar en ellas tales pasiones. Sola, permítanme agregar, era una excepción; nunca la vi cometer un acto cruel o grosero, ni faltar a su constante bondad y buen carácter. Era en verdad, como había dicho de ella otra marciana, un atavismo; un querido y precioso retorno a un tipo anterior de antepasado amado y amante.

Viendo que la prisionera parecía el centro de atracción, me detuve a observar lo que ocurría. No tuve que esperar mucho, pues enseguida Lorquas Ptomel y su séquito de jefes se acercaron al edificio y, haciendo señas a los guardias de que siguieran con la prisionera, entraron en la sala de audiencias. Consciente de que era un personaje algo favorecido, y convencido además de que los guerreros no sabían cuánto dominaba yo su idioma, pues le había rogado a Sola que lo mantuviera en secreto alegando que no deseaba verme obligado a conversar con los hombres hasta haber dominado a la perfección la lengua marciana, me arriesgué a intentar entrar en la sala de audiencias y escuchar lo que allí ocurriera.

El consejo estaba en cuclillas en los escalones de la tribuna, mientras que más abajo estaban la prisionera y sus dos guardias. Vi que una de las mujeres era Sarkoja, y así comprendí cómo había estado presente en la audiencia del día anterior, cuyos resultados había comunicado la noche pasada a los ocupantes de nuestro dormitorio. Su actitud hacia la cautiva era muy dura y brutal. Cuando la sujetaba, hundía sus uñas rudimentarias en la carne de la pobre muchacha o le retorcía el brazo de la manera más dolorosa. Cuando era necesario trasladarla de un lugar a otro, o bien la sacudía con rudeza, o bien la empujaba de cabeza delante de sí. Parecía estar descargando sobre esta pobre criatura indefensa todo el odio, la crueldad, la ferocidad y el rencor de sus novecientos años, respaldados por incontables edades de feroces y brutales antepasados.

La otra mujer era menos cruel porque era del todo indiferente; si la

prisionera hubiera quedado a su solo cuidado, y por fortuna lo estaba de noche, no habría recibido maltrato alguno, pero tampoco, por la misma razón, atención de ninguna clase.

Cuando Lorquas Ptomel alzó los ojos para dirigirse a la prisionera, estos cayeron sobre mí, y se volvió hacia Tars Tarkas con una palabra y un gesto de impaciencia. Tars Tarkas contestó algo que no alcancé a oír, pero que hizo sonreír a Lorquas Ptomel; después de lo cual dejaron de prestarme atención.

«¿Cómo te llamas?», preguntó Lorquas Ptomel, dirigiéndose a la prisionera.

«Dejah Thoris, hija de Mors Kajak de Helium.»

«¿Y cuál era el propósito de tu expedición?», continuó.

«Era un grupo de investigación puramente científica, enviado por el padre de mi padre, el jeddak de Helium, para trazar de nuevo las corrientes de aire y hacer pruebas de densidad atmosférica», respondió la hermosa prisionera, con voz baja y bien modulada.

«No estábamos preparados para el combate», continuó, «pues íbamos en una misión pacífica, como lo indicaban nuestros estandartes y los colores de nuestra nave. El trabajo que hacíamos era tanto en interés de ustedes como en el nuestro, pues saben muy bien que, de no ser por nuestras labores y los frutos de nuestras operaciones científicas, no habría en Marte aire ni agua suficientes para sostener una sola vida humana. Durante eras hemos mantenido el suministro de aire y agua prácticamente en el mismo nivel, sin pérdida apreciable, y lo hemos hecho frente a la brutal e ignorante intromisión de ustedes, los hombres verdes.

»¿Por qué, oh, por qué no quieren aprender a vivir en armonía con sus semejantes? ¡Deben seguir por las edades hasta su extinción final, apenas por encima del nivel de las bestias mudas que los sirven! Un pueblo sin lenguaje escrito, sin arte, sin hogares, sin amor; víctimas de eones de la horrible idea de la comunidad. Poseerlo todo en común, hasta sus mujeres y sus hijos, ha resultado en que no poseen nada en

común. Se odian entre ustedes como odian a todo lo demás, salvo a ustedes mismos. Vuelvan a los caminos de nuestros ancestros comunes, vuelvan a la luz de la bondad y la camaradería. El camino está abierto para ustedes, hallarán las manos de los hombres rojos tendidas para ayudarlos. Juntos podemos hacer aún más por regenerar nuestro planeta moribundo. La nieta del más grande y poderoso de los jeddaks rojos se lo ha pedido. ¿Vendrán?»

Lorquas Ptomel y los guerreros permanecieron sentados, mirando en silencio y con atención a la joven durante varios momentos después de que ella dejó de hablar. Qué pasaba por sus mentes, nadie puede saberlo, pero creo de veras que se sintieron conmovidos, y si un hombre de rango elevado entre ellos hubiera tenido la fuerza para elevarse por encima de la costumbre, ese momento habría marcado una nueva y poderosa era para Marte.

Vi a Tars Tarkas ponerse de pie para hablar, y en su rostro había una expresión como la que jamás había visto en el semblante de un guerrero marciano verde. Revelaba una batalla interior y formidable consigo mismo, con la herencia, con la costumbre de edades, y cuando abrió la boca para hablar, un aire casi de benignidad, de bondad, iluminó por un instante su semblante feroz y terrible.

Las palabras de peso que iban a caer de sus labios no se pronunciaron jamás, pues justo entonces un joven guerrero, que evidentemente había intuido el rumbo de los pensamientos entre los hombres de más edad, saltó de los escalones de la tribuna y, asestando a la frágil cautiva un poderoso golpe en el rostro que la derribó al suelo, puso el pie sobre su cuerpo postrado y, volviéndose hacia el consejo reunido, estalló en carcajadas horrendas y sin alegría.

Por un instante pensé que Tars Tarkas lo mataría allí mismo, y el aspecto de Lorquas Ptomel tampoco auguraba nada muy favorable para el bruto, pero el ánimo pasó, sus antiguos yoes recobraron el dominio y sonrieron. Era, sin embargo, un presagio que no rieran a carcajadas, pues el acto del bruto constituía una agudeza desternillante según

la ética que rige el humor marciano verde.

El que me haya tomado unos momentos para escribir una parte de lo ocurrido cuando cayó ese golpe no significa que yo permaneciera inactivo durante tanto tiempo. Creo que debí de presentir algo de lo que venía, pues comprendo ahora que estaba agazapado como para saltar cuando vi dirigirse el golpe a su hermoso rostro alzado y suplicante, y antes de que la mano descendiera yo ya estaba a mitad de camino a través de la sala.

Apenas había resonado una vez su horrenda carcajada cuando ya estaba sobre él. El bruto medía unos tres metros y medio de altura y estaba armado hasta los dientes, pero creo que habría podido acabar con toda la sala en la terrible intensidad de mi furia. Saltando hacia arriba, lo golpeé de lleno en la cara cuando se volvió al oír mi grito de advertencia y luego, cuando él desenvainó su espada corta, yo desenvainé la mía y volví a saltar sobre su pecho, enganchando una pierna sobre la culata de su pistola y agarrando uno de sus enormes colmillos con la mano izquierda, mientras descargaba golpe tras golpe sobre su enorme pecho.

No podía usar su espada corta con ventaja porque yo estaba demasiado cerca de él, ni podía sacar su pistola, lo que intentó hacer en directa oposición a la costumbre marciana, que dice que no se puede combatir a un compañero guerrero en un duelo privado con otra arma que aquella con la que uno es atacado. De hecho no podía hacer otra cosa que un intento desesperado y vano de desprenderme de mí. Con todo su inmenso corpachón, era poco o nada más fuerte que yo, y bastaron un par de momentos para que cayera al suelo, sangrando y sin vida.

Dejah Thoris se había incorporado apoyada en un codo y observaba la pelea con los ojos muy abiertos y fijos. Cuando recobré el equilibrio, la levanté en mis brazos y la llevé a uno de los bancos del costado de la sala.

De nuevo ningún marciano se interpuso, y arrancando un trozo de

seda de mi capa traté de detener la sangre que le fluía de la nariz. Pronto lo logré, pues sus heridas no pasaban de una hemorragia nasal común, y cuando pudo hablar me puso la mano en el brazo y, mirándome a los ojos, dijo:

«¿Por qué lo hizo? ¡Usted, que me negó incluso un saludo amistoso en la primera hora de mi peligro! Y ahora arriesga su vida y mata a uno de sus compañeros por mí. No lo comprendo. ¿Qué extraña clase de hombre es usted, que se junta con los hombres verdes, aunque su figura es la de mi raza, mientras que su color es apenas un poco más oscuro que el del mono blanco? Dígame, ¿es usted humano, o es más que humano?»

«Es una historia extraña», respondí, «demasiado larga para intentar contársela ahora, y una de la que yo mismo dudo tanto de su credibilidad que temo esperar que otros la crean. Baste por ahora con que soy su amigo y, hasta donde nuestros captores lo permitan, su protector y su servidor.»

«¿Entonces usted también es prisionero? Pero ¿por qué, entonces, esas armas y las insignias de un jefe tharkiano? ¿Cuál es su nombre? ¿Dónde está su país?»

«Sí, Dejah Thoris, yo también soy prisionero; mi nombre es John Carter, y reclamo como mi hogar Virginia, uno de los Estados Unidos de América, la Tierra; pero por qué se me permite llevar armas no lo sé, ni sabía yo que mis insignias fueran las de un jefe.»

En ese punto nos interrumpió la llegada de uno de los guerreros, que traía armas, pertrechos y adornos, y en un instante una de sus preguntas quedó respondida y se me aclaró un enigma. Vi que el cuerpo de mi adversario muerto había sido despojado, y leí en la actitud amenazante pero respetuosa del guerrero que me traía estos trofeos de la muerte la misma conducta que había mostrado el otro que me trajo mi equipo original, y ahora comprendí por primera vez que mi golpe, en ocasión de mi primer combate en la sala de audiencias, había causado la muerte de mi adversario.

La razón de toda la actitud que se mostraba hacia mí estaba ahora clara; yo había ganado mis espuelas, por así decirlo, y en la tosca justicia que siempre marca los tratos marcianos, y que, entre otras cosas, me ha llevado a llamar a ese mundo el planeta de las paradojas, se me concedían los honores debidos a un vencedor: las insignias y el puesto del hombre que maté. En verdad, yo era un jefe marciano, y esto, supe más tarde, era la causa de mi gran libertad y de que se me tolerara en la sala de audiencias.

Al volverme para recibir las pertenencias del guerrero muerto, había notado que Tars Tarkas y varios otros se habían abierto paso hacia nosotros, y que los ojos del primero estaban fijos en mí de manera muy inquisitiva. Por fin se dirigió a mí:

«Hablas la lengua de Barsoom con bastante soltura para alguien que hace unos pocos días era sordo y mudo para nosotros. ¿Dónde la aprendiste, John Carter?»

«Tú mismo eres el responsable, Tars Tarkas», respondí, «pues me proporcionaste una maestra de notable capacidad; a Sola debo agradecer lo que sé.»

«Lo ha hecho bien», contestó, «pero tu educación en otros aspectos necesita mucho pulido. ¿Sabes lo que te habría costado tu temeridad sin precedentes si no hubieras logrado matar a alguno de los dos jefes cuyo metal ahora llevas?»

«Supongo que aquel a quien no hubiera logrado matar me habría matado a mí», respondí sonriendo.

«No, te equivocas. Solo en el último extremo de la defensa propia mataría un guerrero marciano a un prisionero; nos gusta reservarlos para otros fines», y su rostro dejó entrever posibilidades en las que no era agradable detenerse.

«Pero una sola cosa puede salvarte ahora», continuó. «Si, en reconocimiento de tu notable valor, ferocidad y destreza, Tal Hajus te considera digno de su servicio, podrás ser admitido en la comunidad y convertirte en un tharkiano de pleno derecho. Hasta que lleguemos al

cuartel general de Tal Hajus, es voluntad de Lorquas Ptomel que se te conceda el respeto que tus actos te han ganado. Te trataremos como a un jefe tharkiano, pero no debes olvidar que todo jefe que te supera en rango es responsable de que llegues sano y salvo ante nuestro poderoso y feroz gobernante. He terminado.»

«Te escucho, Tars Tarkas», respondí. «Como sabes, no soy de Barsoom; tus costumbres no son las mías, y solo puedo actuar en el futuro como lo he hecho en el pasado, conforme a los dictados de mi conciencia y guiado por las normas de mi propio pueblo. Si me dejan en paz, me iré en paz, pero si no, que los barsoomianos con quienes deba tratar respeten mis derechos como extranjero entre ustedes, o asuman las consecuencias que sobrevengan. De una cosa estemos seguros: cualesquiera que sean sus intenciones últimas hacia esta desdichada joven, quien en el futuro quiera ofenderla o insultarla deberá contar con rendirme cuentas completas. Entiendo que ustedes menosprecian todos los sentimientos de generosidad y bondad, pero yo no, y puedo convencer a su más bravo guerrero de que estas cualidades no son incompatibles con la capacidad de pelear.»

Por lo general no soy dado a los discursos largos, ni antes había caído jamás en la ampulosidad, pero había adivinado la nota que haría vibrar una cuerda de respuesta en el pecho de los marcianos verdes, y no me equivoqué, pues mi arenga evidentemente los impresionó hondamente, y su actitud hacia mí fue en adelante aún más respetuosa.

El propio Tars Tarkas pareció complacido con mi respuesta, pero su único comentario fue más o menos enigmático: «Y creo que conozco a Tal Hajus, jeddak de Thark.»

Volví entonces mi atención a Dejah Thoris y, ayudándola a ponerse de pie, me volví con ella hacia la salida, ignorando a sus arpías guardianas que revoloteaban en torno, así como las miradas inquisitivas de los jefes. ¡Acaso no era yo también un jefe ahora! Pues bien, asumiría las responsabilidades de uno. No nos molestaron, y así Dejah Thoris, princesa de Helium, y John Carter, caballero de Virginia, seguidos del

fiel Woola, salieron en completo silencio de la sala de audiencias de Lorquas Ptomel, jed entre los tharks de Barsoom.

XI. Con Dejah Thoris

Al salir al descubierto, las dos guardias que habían sido designadas para vigilar a Dejah Thoris se acercaron presurosas e hicieron ademán de volver a tomarla bajo su custodia. La pobre niña se encogió contra mí y sentí que sus dos manitas se cerraban con fuerza sobre mi brazo. Apartando a las mujeres con un gesto, les informé que en adelante Sola se ocuparía de la cautiva, y advertí además a Sarkoja que cualquier otra de sus crueles atenciones hacia Dejah Thoris tendría por resultado la muerte repentina y dolorosa de la propia Sarkoja.

Mi amenaza fue desafortunada y causó más mal que bien a Dejah Thoris, pues, como supe después, en Marte los hombres no matan a las mujeres, ni las mujeres a los hombres. De modo que Sarkoja se limitó a lanzarnos una mirada torva y se marchó a urdir maldades contra nosotros.

Pronto encontré a Sola y le expliqué que deseaba que custodiara a Dejah Thoris como me había custodiado a mí; que buscara otros aposentos donde Sarkoja no pudiera molestarlas, y por último le anuncié que yo mismo me instalaría entre los hombres.

Sola miró el equipo que yo llevaba en la mano y colgado del hombro.

«Ahora eres un gran jefe, John Carter», dijo, «y debo cumplir tus órdenes, aunque en verdad me alegra hacerlo en cualquier circunstancia. El hombre cuyo metal llevas era joven, pero era un gran guerrero, y por sus ascensos y sus muertes se había acercado al rango de Tars Tarkas, que, como sabes, solo está por debajo de Lorquas Ptomel. Tú eres el undécimo; solo hay diez jefes en esta comunidad que te superan en destreza».

«¿Y si yo matara a Lorquas Ptomel?», pregunté.

«Serías el primero, John Carter; pero solo podrías ganar ese honor

si todo el consejo dispone que Lorquas Ptomel se bata contigo, o si él te atacara y tú lo mataras en defensa propia, y así ganaras el primer lugar».

Me reí y cambié de tema. No tenía especial deseo de matar a Lorquas Ptomel, y menos aún de ser jed entre los tharks.

Acompañé a Sola y a Dejah Thoris en la búsqueda de nuevos aposentos, que hallamos en un edificio más cercano a la sala de audiencias y de una arquitectura mucho más pretenciosa que nuestra antigua morada. En este edificio encontramos también verdaderos dormitorios, con antiguas camas de metal finamente trabajado que pendían de enormes cadenas de oro sujetas a los cielos de mármol. La decoración de los muros era riquísima y, a diferencia de los frescos de los otros edificios que había examinado, representaba muchas figuras humanas en sus composiciones. Eran personas como yo, y de un color mucho más claro que Dejah Thoris. Vestían túnicas elegantes y flotantes, muy adornadas de metal y joyas, y su abundante cabellera era de un hermoso color dorado y bronce rojizo. Los hombres no tenían barba y solo unos pocos portaban armas. Las escenas mostraban, en su mayoría, a un pueblo de piel y cabellos claros entregado al esparcimiento.

Dejah Thoris juntó las manos con una exclamación de arrobo al contemplar aquellas magníficas obras de arte, hechas por un pueblo extinguido hace mucho; Sola, en cambio, al parecer ni siquiera las veía.

Resolvimos destinar esta habitación, en el segundo piso y con vista a la plaza, a Dejah Thoris y a Sola, y otra contigua, en la parte trasera, para cocinar y guardar las provisiones. Envié entonces a Sola a traer la ropa de cama y los alimentos y utensilios que pudiera necesitar, diciéndole que yo custodiaría a Dejah Thoris hasta su regreso.

Cuando Sola se marchó, Dejah Thoris se volvió hacia mí con una leve sonrisa.

«¿Y adónde escaparía su prisionera si usted la dejara, salvo para seguirlo, implorar su protección y pedirle perdón por los crueles pensa-

mientos que ha albergado contra usted estos últimos días?».

«Tiene razón», respondí, «no hay escapatoria para ninguno de los dos, a menos que vayamos juntos».

«Oí su desafío a la criatura que usted llama Tars Tarkas, y creo comprender su posición entre esta gente, pero lo que no alcanzo a entender es su afirmación de que usted no es de Barsoom».

«En nombre de mi primer antepasado», prosiguió, «¿de dónde puede ser usted? Se parece a mi pueblo, y sin embargo es tan distinto. Habla mi idioma, y sin embargo le oí decir a Tars Tarkas que lo había aprendido hacía poco. Todos los barsoomianos hablan la misma lengua, del sur cubierto de hielo al norte cubierto de hielo, aunque sus lenguas escritas difieran. Solo en el valle Dor, donde el río Iss desemboca en el mar perdido de Korus, se supone que se habla un idioma distinto, y, salvo en las leyendas de nuestros antepasados, no hay registro de ningún barsoomiano que haya regresado remontando el río Iss desde las costas de Korus, en el valle de Dor. ¡No me diga que usted ha vuelto así! Lo matarían de manera horrible en cualquier lugar de la superficie de Barsoom si eso fuera verdad; ¡dígame que no lo es!».

Sus ojos estaban llenos de una luz extraña, misteriosa; su voz era suplicante, y sus manitas, alzadas hasta mi pecho, se apretaban contra mí como para arrancar una negativa de mi mismo corazón.

«No conozco sus costumbres, Dejah Thoris, pero en mi Virginia un caballero no miente para salvarse; no soy de Dor; jamás he visto el misterioso Iss; el mar perdido de Korus sigue perdido, en lo que a mí respecta. ¿Me cree?».

Y entonces caí en la cuenta, de súbito, de que ansiaba mucho que ella me creyera. No era que temiera las consecuencias que seguirían a la creencia general de que yo había regresado del cielo o del infierno de los barsoomianos, o lo que fuera. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué había de importarme lo que ella pensara? La miré desde arriba; su hermoso rostro vuelto hacia mí, y sus maravillosos ojos que abrían la hondura misma de su alma; y cuando mis ojos se encontraron con los su-

yos supe por qué, y me estremecí.

Una ola semejante de emoción pareció agitarla; se apartó de mí con un suspiro y, con su rostro serio y hermoso alzado hacia el mío, susurró: «Le creo, John Carter; no sé qué es un "caballero", ni había oído nunca hablar de Virginia; pero en Barsoom nadie miente; si no quiere decir la verdad, calla. ¿Dónde queda esta Virginia, su país, John Carter?», preguntó, y me pareció que este hermoso nombre de mi hermosa tierra jamás había sonado más bello que al caer de aquellos labios perfectos en aquel lejano día.

«Soy de otro mundo», respondí, «el gran planeta Tierra, que gira en torno a nuestro sol común y está en la órbita inmediatamente interior a la de su Barsoom, que nosotros conocemos como Marte. Cómo llegué aquí no puedo decírselo, porque no lo sé; pero aquí estoy, y ya que mi presencia me ha permitido servir a Dejah Thoris, me alegro de estar aquí».

Me miró largo rato con ojos turbados e interrogantes. Bien sabía yo que era difícil creer mi afirmación, ni podía esperar que ella lo hiciera, por mucho que anhelara su confianza y su respeto. Habría preferido no decirle nada de mis antecedentes, pero ningún hombre podía mirar el fondo de aquellos ojos y negarle su más leve deseo.

Al fin sonrió y, levantándose, dijo: «Tendré que creerle aunque no logre comprenderlo. Percibo claramente que usted no es del Barsoom de hoy; es como nosotros, pero distinto... mas ¿por qué he de atormentar mi pobre cabeza con semejante problema, cuando mi corazón me dice que creo porque quiero creer?».

Era buena lógica, buena lógica terrenal y femenina, y si a ella la satisfacía, yo ciertamente no podía encontrarle fallas. De hecho, era casi la única clase de lógica que podía aplicarse a mi problema. Nos pusimos entonces a conversar de todo un poco, haciéndonos y respondiéndonos muchas preguntas de ambas partes. Ella sentía curiosidad por conocer las costumbres de mi pueblo y mostraba un notable conocimiento de los sucesos de la Tierra. Cuando le pregunté con insistencia

por esta aparente familiaridad con las cosas terrestres, rio y exclamó:

«¡Pero si todo escolar de Barsoom conoce la geografía, y mucho de la fauna y la flora, además de la historia de su planeta, tan bien como la del propio! ¿Acaso no podemos ver todo lo que sucede en la Tierra, como usted la llama? ¿No está suspendida allí, en los cielos, a plena vista?».

Esto me dejó perplejo, debo confesarlo, tanto como mis afirmaciones la habían confundido a ella; y se lo dije. Ella me explicó entonces, en términos generales, los instrumentos que su pueblo había usado y venía perfeccionando durante siglos, que les permiten proyectar sobre una pantalla una imagen perfecta de lo que ocurre en cualquier planeta y en muchas de las estrellas. Estas imágenes son tan perfectas en sus detalles que, fotografiadas y ampliadas, pueden reconocerse con claridad objetos no mayores que una hoja de hierba. Más tarde, en Helium, vi muchas de esas imágenes, así como los instrumentos que las producían.

«Si usted conoce tan bien las cosas terrestres», pregunté, «¿por qué no me reconoce como idéntico a los habitantes de ese planeta?».

Sonrió de nuevo, como quien se aviene, aburrido y condescendiente, a las preguntas de un niño.

«Porque, John Carter», replicó, «casi todo planeta y toda estrella con condiciones atmosféricas que se acerquen siquiera a las de Barsoom muestran formas de vida animal casi idénticas a usted y a mí; y, además, los hombres de la Tierra, casi sin excepción, cubren sus cuerpos con extrañas e inelegantes piezas de tela, y sus cabezas con horribles artefactos cuyo propósito no hemos logrado concebir; mientras que usted, cuando lo encontraron los guerreros tharks, estaba por completo sin desfigurar y sin adornos.

»El hecho de que no llevara ornamentos es una fuerte prueba de su origen no barsoomiano, mientras que la ausencia de grotescas coberturas podría hacer dudar de que sea terrestre».

Relaté entonces los pormenores de mi partida de la Tierra, explican-

do que mi cuerpo yacía allá plenamente vestido con todas las prendas, extrañas para ella, de los habitantes del mundo terrenal. En ese momento regresó Sola con nuestras escasas pertenencias y con su joven protegido marciano, que, por supuesto, tendría que compartir los aposentos con ellas.

Sola nos preguntó si habíamos tenido alguna visita durante su ausencia, y pareció muy sorprendida cuando respondimos que no. Al parecer, cuando subía por la rampa hacia los pisos superiores donde se hallaban nuestros aposentos, se había cruzado con Sarkoja, que bajaba. Concluimos que debía de haber estado escuchando a escondidas, pero como no recordábamos que entre nosotros se hubiera dicho nada de importancia, dimos el asunto por poco relevante, prometiéndonos solamente la más extrema cautela en el futuro.

Dejah Thoris y yo nos pusimos entonces a examinar la arquitectura y la decoración de las hermosas cámaras del edificio que ocupábamos. Ella me contó que esta gente había florecido, según se presumía, más de cien mil años atrás. Eran los primeros progenitores de su raza, pero se habían mezclado con la otra gran raza de los primeros marcianos, que eran muy oscuros, casi negros, y también con la raza amarillo rojiza que había florecido en la misma época.

Estas tres grandes divisiones de los marcianos superiores se habían visto forzadas a formar una poderosa alianza cuando la desecación de los mares marcianos las obligó a buscar las comparativamente escasas y siempre decrecientes zonas fértiles, y a defenderse, bajo nuevas condiciones de vida, contra las hordas salvajes de los hombres verdes.

Siglos de estrecha relación y de matrimonios entre ellas habían dado por resultado la raza de los hombres rojos, de la cual Dejah Thoris era una hermosa y bella hija. Durante los siglos de penurias y de incesantes guerras entre sus propias razas, así como con los hombres verdes, y antes de que se adaptaran a las condiciones cambiadas, gran parte de la alta civilización y muchas de las artes de los marcianos de cabellos claros se habían perdido; pero la raza roja de hoy ha llegado a

un punto en que siente haber compensado, con nuevos descubrimientos y con una civilización más práctica, todo lo que yace irremediablemente sepultado con los antiguos barsoomianos, bajo los incontables siglos intermedios.

Aquellos antiguos marcianos habían sido una raza muy culta y letrada, pero durante las vicisitudes de esos siglos penosos de readaptación a las nuevas condiciones, no solo cesaron por completo su progreso y su producción, sino que se perdieron prácticamente todos sus archivos, registros y literatura.

Dejah Thoris me relató muchos hechos y leyendas interesantes acerca de esta raza perdida de gente noble y bondadosa. Dijo que la ciudad donde acampábamos era, según se suponía, un centro de comercio y de cultura conocido como Korad. Había sido construida sobre un hermoso puerto natural, cerrado por magníficas colinas. El pequeño valle en la parte occidental de la ciudad, explicó, era todo lo que quedaba del puerto, mientras que el paso a través de las colinas hacia el antiguo lecho marino había sido el canal por donde los barcos llegaban hasta las puertas de la ciudad.

Las orillas de los antiguos mares estaban salpicadas de ciudades como esa, y otras menores, en número decreciente, se encontraban hacia el centro de los océanos, pues la gente había tenido que seguir las aguas en retirada hasta que la necesidad les impuso su salvación final, los llamados canales marcianos.

Estábamos tan absortos en explorar el edificio y en nuestra conversación que se hizo tarde antes de que lo advirtiéramos. Nos devolvió a la realidad de nuestra situación presente un mensajero portador de una citación de Lorquas Ptomel, que me ordenaba presentarme ante él de inmediato. Me despedí de Dejah Thoris y de Sola, ordené a Woola que montara guardia y me apresuré hacia la sala de audiencias, donde encontré a Lorquas Ptomel y a Tars Tarkas sentados en el estrado.

XII. Un prisionero con poder

Cuando entré y saludé, Lorquas Ptomel me hizo señas de que avanzara y, clavando en mí sus grandes y horribles ojos, me habló así:

«Llevas con nosotros unos pocos días, y sin embargo en ese tiempo has ganado por tu destreza una posición elevada entre nosotros. Sea como fuere, no eres uno de los nuestros; no nos debes lealtad.

»Tu posición es singular», prosiguió; «eres un prisionero y sin embargo das órdenes que deben obedecerse; eres un extranjero y sin embargo eres un jefe thark; eres un enano y sin embargo puedes matar a un poderoso guerrero de un solo puñetazo. Y ahora se informa que has estado tramando escapar con otra prisionera, de otra raza; una prisionera que, según su propia confesión, medio cree que has regresado del valle de Dor. Cualquiera de estas dos acusaciones, si se probara, sería motivo suficiente para tu ejecución, pero somos un pueblo justo y tendrás un juicio a nuestro regreso a Thark, si así lo ordena Tal Hajus.

»Pero», continuó, con sus fieros tonos guturales, «si huyes con la muchacha roja, soy yo quien tendrá que rendir cuentas a Tal Hajus; soy yo quien tendrá que enfrentar a Tars Tarkas y demostrar mi derecho a mandar, o el metal de mi cadáver irá a un hombre mejor, pues tal es la costumbre de los tharks.

»No tengo querella con Tars Tarkas; juntos gobernamos como supremos la mayor de las comunidades menores entre los hombres verdes; no deseamos pelear entre nosotros; y por eso, si tú estuvieras muerto, John Carter, me alegraría. Sin embargo, solo en dos condiciones podemos matarte sin órdenes de Tal Hajus: en combate personal en defensa propia, si atacaras a uno de nosotros, o si te sorprendieran en un intento de fuga.

»Por justicia debo advertirte que solo esperamos una de estas dos excusas para librarnos de una responsabilidad tan grande. La entrega

a salvo de la muchacha roja a Tal Hajus es de la mayor importancia. En mil años los tharks no han hecho una captura así; es la nieta del más grande de los jeddaks rojos, que además es nuestro más enconado enemigo. He dicho. La muchacha roja nos dijo que carecemos de los sentimientos más tiernos de la humanidad, pero somos una raza justa y veraz. Puedes irte».

Me di la vuelta y salí de la sala de audiencias. ¡De modo que este era el comienzo de la persecución de Sarkoja! Sabía que nadie más podía ser responsable de este informe que había llegado tan pronto a oídos de Lorquas Ptomel, y ahora recordé las partes de nuestra conversación que habían tocado la fuga y mi origen.

Sarkoja era por entonces la mujer más antigua y de mayor confianza de Tars Tarkas. Como tal, era un poderoso influjo tras el trono, pues ningún guerrero gozaba de la confianza de Lorquas Ptomel en el grado en que la tenía su más capaz lugarteniente, Tars Tarkas.

Sin embargo, en lugar de desterrar de mi mente los pensamientos de una posible fuga, mi audiencia con Lorquas Ptomel solo sirvió para concentrar en ellos todas mis facultades. Ahora, más que antes, se me imponía la absoluta necesidad de escapar, en lo que concernía a Dejah Thoris, pues estaba convencido de que un horrible destino la aguardaba en el cuartel general de Tal Hajus.

Según lo describía Sola, este monstruo era la personificación exagerada de todos los siglos decrueldad, ferocidad y brutalidad de los que descendía. Frío, astuto, calculador, era también, en notable contraste con la mayoría de sus congéneres, esclavo de esa pasión bruta que la menguante exigencia de procreación en su planeta moribundo ha casi apagado en el pecho marciano.

La idea de que la divina Dejah Thoris pudiera caer en las garras de un atavismo tan abismal me hizo brotar un sudor frío. Mucho mejor sería que reserváramos para nosotros mismos, en el último momento, las balas amigas, como hicieron aquellas valientes mujeres de la frontera de mi tierra perdida, que se quitaron la vida antes que caer en manos

de los guerreros indios.

Mientras vagaba por la plaza, perdido en mis sombríos presentimientos, Tars Tarkas se me acercó al salir de la sala de audiencias. Su actitud hacia mí no había cambiado, y me saludó como si no nos hubiéramos separado hacía unos instantes.

«¿Dónde están tus aposentos, John Carter?», preguntó.

«No he elegido ninguno», respondí. «Me pareció mejor alojarme solo o entre los demás guerreros, y esperaba una ocasión para pedirte consejo. Como sabes», y sonreí, «aún no estoy familiarizado con todas las costumbres de los tharks».

«Ven conmigo», ordenó, y juntos cruzamos la plaza hacia un edificio que me alegró ver contiguo al ocupado por Sola y sus protegidas.

«Mis aposentos están en el primer piso de este edificio», dijo, «y el segundo piso también está del todo ocupado por guerreros, pero el tercer piso y los superiores están vacíos; puedes escoger entre ellos.

»Entiendo», continuó, «que has cedido a tu mujer a la prisionera roja. Bien, como has dicho, tus costumbres no son las nuestras, pero peleas lo bastante bien como para hacer más o menos lo que quieras, así que si deseas dar tu mujer a una cautiva, es asunto tuyo; pero como jefe debes tener quienes te sirvan, y conforme a nuestras costumbres puedes escoger a cualquiera o a todas las hembras de los séquitos de los jefes cuyo metal llevas ahora».

Se lo agradecí, pero le aseguré que podía arreglármelas muy bien sin ayuda, salvo en lo tocante a preparar la comida, y así prometió enviarme mujeres para ese fin y también para el cuidado de mis armas y la fabricación de mi munición, que dijo que sería necesaria. Sugerí que también podían traerme algunas de las sedas y pieles de dormir que me pertenecían como botín de combate, pues las noches eran frías y yo no tenía las mías.

Prometió hacerlo y se marchó. Una vez solo, subí por el corredor en espiral hasta los pisos superiores en busca de aposentos adecuados. Las bellezas de los otros edificios se repetían en este y, como de cos-

tumbre, pronto me perdí en un recorrido de investigación y descubrimiento.

Al final elegí una habitación delantera en el tercer piso, porque esto me acercaba a Dejah Thoris, cuyo aposento estaba en el segundo piso del edificio contiguo, y se me ocurrió que podría instalar algún medio de comunicación con el cual ella pudiera hacerme señales si necesitaba mis servicios o mi protección.

Junto a mi dormitorio había baños, vestidores y otros dormitorios y estancias, en total unas diez habitaciones en este piso. Las ventanas de las habitaciones traseras daban a un enorme patio, que formaba el centro del cuadrado que componían los edificios que miraban a las cuatro calles contiguas, y que ahora estaba destinado a alojar a los diversos animales de los guerreros que ocupaban los edificios adyacentes.

Aunque el patio estaba por completo cubierto de la vegetación amarilla, parecida al musgo, que cubre como una manta prácticamente toda la superficie de Marte, numerosas fuentes, estatuas, bancos y artefactos a modo de pérgolas daban testimonio de la belleza que debió de ofrecer el patio en otros tiempos, cuando lo honraba aquel pueblo de cabellos claros y risa fácil al que leyes cósmicas severas e inalterables habían expulsado no solo de sus hogares, sino de todo salvo las vagas leyendas de sus descendientes.

Fácilmente se podía imaginar el follaje espléndido de la exuberante vegetación marciana que antaño llenaba esta escena de vida y color; las figuras graciosas de las bellas mujeres, los hombres erguidos y apuestos; los niños felices que retozaban, todo luz del sol, felicidad y paz. Era difícil darse cuenta de que se habían ido; que habían descendido a través de siglos de oscuridad,crueldad e ignorancia, hasta que sus instintos hereditarios de cultura y humanidad volvieron a imponerse en la raza compuesta final que hoy domina en Marte.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada de varias hembras jóvenes que traían cargas de armas, sedas, pieles, joyas, uten-

silios de cocina y barriles de comida y bebida, incluido un considerable botín de la nave aérea. Todo esto, al parecer, había sido propiedad de los dos jefes que yo había matado y ahora, por las costumbres de los tharks, había pasado a ser mío. Por indicación mía lo depositaron en una de las habitaciones traseras y luego se marcharon, solo para regresar con una segunda carga, que me dijeron constituía el resto de mis bienes. En el segundo viaje las acompañaban diez o quince mujeres y jóvenes más, que, según parecía, formaban los séquitos de los dos jefes.

No eran sus familias, ni sus esposas, ni sus sirvientes; la relación era peculiar, y tan distinta de cualquier cosa que conocemos que resulta muy difícil describirla. Entre los marcianos verdes toda la propiedad pertenece en común a la comunidad, salvo las armas personales, los adornos y las sedas y pieles de dormir de cada individuo. Solo sobre estas puede uno reclamar un derecho indiscutido, ni le es lícito acumular más de lo que requieren sus necesidades reales. El excedente lo guarda solo como custodio, y se transmite a los miembros más jóvenes de la comunidad según lo exija la necesidad.

Las mujeres y los niños del séquito de un hombre pueden compararse con una unidad militar de la que él es responsable en diversos aspectos, como la instrucción, la disciplina, el sustento y las exigencias de sus continuos vagabundeos y de su incesante lucha con otras comunidades y con los marcianos rojos. Sus mujeres no son en modo alguno esposas. Los marcianos verdes no usan ninguna palabra que corresponda en significado a esta palabra terrestre. Su apareamiento es asunto de interés exclusivamente comunitario, y se dirige sin consideración alguna por la selección natural. El consejo de jefes de cada comunidad controla el asunto con la misma seguridad con que el dueño de un criadero de caballos de carrera de Kentucky dirige la cría científica de su ganado para el mejoramiento del conjunto.

En teoría puede sonar bien, como suele ocurrir con las teorías, pero los resultados de siglos de esta práctica antinatural, unidos a que el in-

terés de la comunidad en la descendencia se considera superior al de la madre, se muestran en estas criaturas frías y crueles, y en su existencia sombría, sin amor y sin alegría.

Es cierto que los marcianos verdes son absolutamente virtuosos, tanto hombres como mujeres, con excepción de degenerados como Tal Hajus; pero mucho mejor es un equilibrio más fino de las características humanas, aun a costa de una leve y ocasional pérdida de castidad.

Al ver que debía asumir la responsabilidad de estas criaturas, quisiera o no, me resigné lo mejor que pude y les indiqué que buscaran alojamiento en los pisos superiores, dejándome a mí el tercero. A una de las muchachas le encargué las tareas de mi sencilla cocina, y ordené a las demás que retomaran las diversas actividades que antes habían constituido sus ocupaciones. Después de eso las vi poco, ni me interesaba verlas.

XIII. El cortejo en Marte

Tras la batalla con las naves aéreas, la comunidad permaneció en la ciudad varios días y aplazó la marcha de regreso hasta tener una seguridad razonable de que las naves no volverían; porque verse sorprendidos en las llanuras abiertas con una caravana de carros y de niños estaba lejos del deseo incluso de un pueblo tan belicoso como los marcianos verdes.

Durante nuestro período de inactividad, Tars Tarkas me había instruido en muchas de las costumbres y artes de la guerra familiares a los tharks, entre ellas lecciones para montar y guiar a las grandes bestias que llevaban a los guerreros. Estas criaturas, conocidas como thoats, son tan peligrosas y feroces como sus amos, pero una vez sometidas son lo bastante dóciles para los fines de los marcianos verdes.

Dos de estos animales me habían correspondido de los guerreros cuyo metal yo llevaba, y en poco tiempo pude manejarlos tan bien como los guerreros nativos. El método no era nada complicado. Si los thoats no respondían con suficiente rapidez a las órdenes telepáticas de sus jinetes, recibían un golpe terrible entre las orejas con la culata de una pistola, y si se mostraban combativos el tratamiento continuaba hasta que las bestias quedaban sometidas o habían derribado a sus jinetes.

En este último caso, la cosa se volvía una lucha a vida o muerte entre el hombre y la bestia. Si el hombre era lo bastante rápido con su pistola, podía vivir para montar de nuevo, aunque en otra bestia; si no, su cuerpo desgarrado y destrozado era recogido por sus mujeres y quemado conforme a la costumbre tharkiana.

Mi experiencia con Woola me decidió a probar el experimento de la bondad en el trato con mis thoats. Primero les enseñé que no podían derribarme, e incluso les di unos golpes secos entre las orejas para grabarles mi autoridad y mi dominio. Luego, poco a poco, me gané

su confianza de la misma manera que había empleado incontables veces con mis muchas monturas terrenales. Siempre me manejé bien con los animales y, por inclinación, y también porque daba resultados más duraderos y satisfactorios, siempre fui bondadoso y humano en mi trato con los seres inferiores. Podía quitar una vida humana, de ser necesario, con mucho menos escrúpulo que la de un pobre bruto sin razón ni responsabilidad.

En el curso de unos pocos días mis thoats eran la maravilla de toda la comunidad. Me seguían como perros, frotando sus enormes hocicos contra mi cuerpo en torpe muestra de afecto, y respondían a cada una de mis órdenes con una prontitud y una docilidad que llevó a los guerreros marcianos a atribuirme la posesión de algún poder terrestre desconocido en Marte.

«¿Cómo los has hechizado?», me preguntó Tars Tarkas una tarde, cuando me vio meter el brazo hasta el fondo entre las enormes mandíbulas de uno de mis thoats, que se había trabado un pedazo de piedra entre dos dientes mientras comía la vegetación parecida al musgo de nuestro patio.

«Con bondad», respondí. «Ya ves, Tars Tarkas, los sentimientos más suaves tienen su valor, incluso para un guerrero. Tanto en lo más duro de la batalla como en la marcha sé que mis thoats obedecerán todas mis órdenes, y por eso mi eficacia en el combate aumenta, y soy mejor guerrero por ser un amo bondadoso. Tus otros guerreros ganarían, ellos y la comunidad, si adoptaran mis métodos en este punto. Hace apenas unos días tú mismo me dijiste que estas grandes bestias, por lo incierto de su carácter, solían convertir la victoria en derrota, pues en un momento crucial podían decidir derribar y despedazar a sus jinetes».

«Muéstrame cómo logras esos resultados», fue la única réplica de Tars Tarkas.

Así que le expliqué con el mayor cuidado todo el método de adiestramiento que había adoptado con mis bestias, y más tarde me hizo re-

petirlo ante Lorquas Ptomel y los guerreros reunidos. Aquel momento marcó el comienzo de una nueva existencia para los pobres thoats, y antes de dejar la comunidad de Lorquas Ptomel tuve la satisfacción de ver un regimiento de monturas tan dóciles y manejables como se pudiera desear. El efecto sobre la precisión y la rapidez de los movimientos militares fue tan notable que Lorquas Ptomel me obsequió una maciza ajorca de oro, que se quitó de su propia pierna, en señal de aprecio por mi servicio a la horda.

Al séptimo día después de la batalla con las naves aéreas emprendimos de nuevo la marcha hacia Thark, pues Lorquas Ptomel consideraba remota toda probabilidad de otro ataque.

Durante los días inmediatamente anteriores a nuestra partida había visto muy poco a Dejah Thoris, ya que Tars Tarkas me mantenía muy ocupado con mis lecciones en el arte de la guerra marciana y con el adiestramiento de mis thoats. Las pocas veces que visité sus aposentos ella estaba ausente, paseando por las calles con Sola o examinando los edificios de los alrededores de la plaza. Yo les había advertido que no se aventuraran lejos de la plaza por temor a los grandes simios blancos, cuya ferocidad conocía demasiado bien. Sin embargo, como Woola las acompañaba en todas sus excursiones, y como Sola iba bien armada, había comparativamente poco motivo de temor.

En la tarde anterior a nuestra partida las vi acercarse por una de las grandes avenidas que desembocan en la plaza desde el este. Avancé a su encuentro y, diciéndole a Sola que yo me haría responsable de la seguridad de Dejah Thoris, le indiqué que volviera a sus aposentos con algún pretexto trivial. Yo apreciaba a Sola y confiaba en ella, pero por alguna razón deseaba estar a solas con Dejah Thoris, que representaba para mí todo lo que había dejado atrás en la Tierra en cuanto a compañía agradable y afín. Parecía haber entre nosotros lazos de interés mutuo tan poderosos como si hubiéramos nacido bajo el mismo techo y no en planetas distintos, lanzados por el espacio a unos setenta y siete millones de kilómetros de distancia.

De que ella compartía mis sentimientos en este punto estaba seguro, pues a mi llegada la mirada de lastimosa desesperanza abandonó su dulce rostro y fue reemplazada por una sonrisa de alegre bienvenida, mientras posaba su manita derecha sobre mi hombro izquierdo en el auténtico saludo de los marcianos rojos.

«Sarkoja le dijo a Sola que te habías convertido en un verdadero thark», dijo, «y que ahora yo te vería tan poco como a cualquiera de los otros guerreros».

«Sarkoja es una mentirosa de primera magnitud», respondí, «a pesar de la orgullosa pretensión de los tharks de ser absolutamente veraces».

Dejah Thoris rio.

«Yo sabía que, aunque te hicieras miembro de la comunidad, no dejarías de ser mi amigo; "Un guerrero puede cambiar de metal, pero no de corazón", como se dice en Barsoom».

«Creo que han estado tratando de mantenernos separados», prosiguió, «porque cada vez que has estado libre de servicio, una de las mujeres mayores del séquito de Tars Tarkas se las ha arreglado para inventar alguna excusa y sacarnos de la vista a Sola y a mí. Me han tenido en los subterráneos de los edificios ayudándoles a mezclar su horrible polvo de radio y a fabricar sus terribles proyectiles. Sabes que estos se tienen que fabricar con luz artificial, porque la exposición a la luz del sol siempre produce una explosión. ¿Has notado que sus balas explotan al chocar contra un objeto? Pues bien, el recubrimiento exterior, opaco, se rompe con el impacto y deja al descubierto un cilindro de vidrio, casi macizo, en cuyo extremo delantero hay una partícula diminuta de polvo de radio. En el instante en que la luz del sol, aunque sea difusa, toca este polvo, estalla con una violencia que nada puede resistir. Si alguna vez presencias una batalla nocturna, notarás la ausencia de estas explosiones, mientras que la mañana siguiente a la batalla se llenará, al salir el sol, de las secas detonaciones de los proyectiles disparados la noche anterior. Por regla general, sin embargo, de no-

che se usan proyectiles que no explotan».[1]

Aunque me interesaba mucho la explicación de Dejah Thoris sobre este maravilloso complemento de la guerra marciana, me preocupaba más el problema inmediato de cómo la trataban. Que la mantuvieran apartada de mí no era motivo de sorpresa, pero que la sometieran a un trabajo peligroso y penoso me llenó de furia.

«¿Alguna vez te han sometido a crueldades y a ignominias, Dejah Thoris?», pregunté, sintiendo saltar en mis venas la sangre ardiente de mis antepasados guerreros mientras esperaba su respuesta.

«Solo en pequeñas cosas, John Carter», respondió. «Nada que pueda dañarme fuera de mi orgullo. Saben que soy hija de diez mil jeddaks, que mi linaje se remonta directo y sin interrupción hasta el constructor del primer gran canal, y ellos, que ni siquiera conocen a sus propias madres, me tienen envidia. En el fondo odian su horrible destino y por eso descargan su pobre despecho en mí, que represento todo lo que no tienen y todo lo que más ansían y nunca podrán alcanzar. Compadezcámoslos, mi jefe, pues aunque muramos a sus manos podemos permitirnos compadecerlos, ya que somos más grandes que ellos y ellos lo saben».

Si yo hubiera conocido el significado de esas palabras, «mi jefe», aplicadas por una mujer marciana roja a un hombre, me habría llevado la sorpresa de mi vida, pero no lo supe entonces ni durante muchos meses después. Sí, aún me quedaba mucho por aprender en Barsoom.

«Supongo que lo más sensato es que nos inclinemos ante nuestro destino con la mejor gracia posible, Dejah Thoris; pero espero, con todo, estar presente la próxima vez que algún marciano, sea verde, rojo, rosado o violeta, tenga la temeridad de siquiera fruncirte el ceño, mi princesa».

Dejah Thoris contuvo el aliento ante mis últimas palabras y me miró con los ojos dilatados y la respiración acelerada; luego, con una extraña risita que le hizo asomar unos hoyuelos pícaros en las comisuras de la boca, sacudió la cabeza y exclamó:

«¡Qué niño! Un gran guerrero y, con todo, un niñito torpe».

«¿Qué he hecho ahora?», pregunté, muy perplejo.

«Algún día lo sabrás, John Carter, si vivimos; pero no puedo decírtelo. Y yo, la hija de Mors Kajak, hijo de Tardos Mors, he escuchado sin enojo», concluyó, hablando consigo misma.

Luego estalló otra vez en uno de sus humores alegres, dichosos y risueños, bromeando conmigo sobre mi valentía de guerrero thark en contraste con mi tierno corazón y mi natural bondad.

«Supongo que si hirieras por accidente a un enemigo, te lo llevarías a casa y lo cuidarías hasta que se curara», dijo riendo.

«Eso es precisamente lo que hacemos en la Tierra», respondí. «Al menos entre los hombres civilizados».

Esto la hizo reír de nuevo. No lograba comprenderlo, pues, con toda su ternura y su dulzura de mujer, seguía siendo marciana, y para una marciana el único buen enemigo es un enemigo muerto; porque cada enemigo muerto significa tanto más que repartir entre los que viven.

Yo sentía mucha curiosidad por saber qué había dicho o hecho para causarle tanta turbación un momento antes, y por eso seguí importunándola para que me lo aclarara.

«No», exclamó, «basta con que lo hayas dicho y que yo lo haya escuchado. Y cuando lo sepas, John Carter, y si yo estoy muerta, como es probable que lo esté antes de que la luna más lejana haya dado otras doce vueltas a Barsoom, recuerda que escuché y que... sonreí».

Para mí era puro griego, pero cuanto más le rogaba que me lo explicara, más categóricas eran sus negativas, y así, desesperanzado, desistí.

El día había cedido ya a la noche y, mientras recorríamos la gran avenida alumbrada por las dos lunas de Barsoom, con la Tierra mirándonos desde lo alto con su luminoso ojo verde, parecía que estuviéramos solos en el universo, y yo, al menos, me sentía contento de que así fuera.

El frío de la noche marciana había caído sobre nosotros y, quitándome las sedas, las eché sobre los hombros de Dejah Thoris. Cuando mi brazo reposó un instante sobre ella, sentí un estremecimiento recorrer cada fibra de mi ser como nunca lo había producido el contacto con ningún otro mortal; y me pareció que ella se había inclinado levemente hacia mí, pero de eso no estaba seguro. Solo supe que, mientras mi brazo descansaba allí sobre sus hombros más tiempo del que requería el acto de acomodar las sedas, ella no se apartó ni habló. Y así, en silencio, caminamos por la superficie de un mundo moribundo, pero en el pecho de uno de nosotros, al menos, había nacido aquello que es siempre lo más antiguo y siempre lo más nuevo.

Yo amaba a Dejah Thoris. El roce de mi brazo sobre su hombro desnudo me había hablado con palabras que no podía confundir, y supe que la amaba desde el primer instante en que mis ojos se encontraron con los suyos, aquella primera vez, en la plaza de la ciudad muerta de Korad.

---

1. He usado la palabra radio al describir este polvo porque, a la luz de los recientes descubrimientos en la Tierra, creo que es una mezcla cuya base es el radio. En el manuscrito del capitán Carter se lo menciona siempre con el nombre usado en la lengua escrita de Helium y se escribe con jeroglíficos que sería difícil e inútil reproducir.

XIV. Un duelo a muerte

Mi primer impulso fue decirle mi amor, pero pensé entonces en lo desvalida de su situación, en la que solo yo podía aliviar las cargas de su cautiverio y protegerla, a mi pobre manera, de los millares de enemigos hereditarios que tendría que enfrentar a nuestra llegada a Thark. No podía arriesgarme a causarle un dolor o una pena adicionales declarando un amor que, con toda probabilidad, ella no correspondía. Si yo era tan indiscreto, su situación sería aún más insoportable que ahora, y el pensamiento de que ella pudiera sentir que yo aprovechaba su desamparo para influir en su decisión fue el argumento final que selló mis labios.

«¿Por qué estás tan callada, Dejah Thoris?», pregunté. «Quizás prefieras volver con Sola y a tus aposentos».

«No», murmuró, «aquí soy feliz. No sé por qué siempre me siento feliz y contenta cuando estás conmigo, John Carter, tú, un extraño; sin embargo, en esos momentos me parece que estoy a salvo y que, contigo, pronto volveré a la corte de mi padre y sentiré sus brazos fuertes a mi alrededor y las lágrimas y los besos de mi madre en mi mejilla».

«¿Se besan, entonces, en Barsoom?», pregunté, cuando me hubo explicado la palabra que usó, en respuesta a mi pregunta por su significado.

«Los padres, los hermanos y las hermanas, sí; y», añadió en un tono bajo y pensativo, «los enamorados».

«¿Y tú, Dejah Thoris, tienes padres y hermanos y hermanas?».

«Sí».

«¿Y un... enamorado?».

Guardó silencio, y yo no me atreví a repetir la pregunta.

«El hombre de Barsoom», aventuró por fin, «no hace preguntas personales a las mujeres, salvo a su madre y a la mujer por quien ha lu-

chado y a quien ha conquistado».

«Pero yo he luchado...», comencé, y entonces deseé que me hubieran cortado la lengua; porque ella se volvió justo cuando yo me di cuenta y me callé, y, quitándose mis sedas de los hombros, me las tendió, y sin una palabra, con la cabeza alta, se dirigió con el porte de la reina que era hacia la plaza y la puerta de sus aposentos.

No intenté seguirla, salvo para comprobar que llegaba al edificio sin novedad, pero, ordenando a Woola que la acompañara, me volví desconsolado y entré en mi propia casa. Me quedé horas sentado con las piernas cruzadas, y de mal temple, sobre mis sedas, meditando en las rarezas que la suerte nos juega a los pobres diablos mortales.

¡De modo que esto era el amor! Lo había eludido durante todos los años que recorrí los cinco continentes y los mares que los rodean; a pesar de las mujeres hermosas y de las oportunidades que me urgían; a pesar de un medio deseo de amar y de una búsqueda constante de mi ideal, me estaba reservado enamorarme furiosa y desesperadamente de una criatura de otro mundo, de una especie quizás semejante, pero no idéntica a la mía. Una mujer que había salido de un huevo, y cuya vida podía abarcar mil años; cuyo pueblo tenía costumbres e ideas extrañas; una mujer cuyas esperanzas, cuyos placeres, cuyas normas de virtud y de lo bueno y lo malo podían diferir de las mías tanto como las de los marcianos verdes.

Sí, era un necio, pero estaba enamorado, y aunque sufría la mayor desdicha que había conocido, no la habría querido de otro modo por todas las riquezas de Barsoom. Así es el amor, y así son los enamorados dondequiera que se conoce el amor.

Para mí, Dejah Thoris era todo lo perfecto; todo lo virtuoso y hermoso y noble y bueno. Lo creía desde el fondo del corazón, desde lo hondo del alma aquella noche en Korad, mientras estaba sentado con las piernas cruzadas sobre mis sedas y la luna más cercana de Barsoom corría por el cielo del poniente hacia el horizonte e iluminaba el oro, el mármol y los mosaicos de gemas de mi aposento milenario, y

lo creo hoy mientras estoy sentado ante mi escritorio, en el pequeño estudio con vista al Hudson. Han transcurrido veinte años; durante diez de ellos viví y luché por Dejah Thoris y su pueblo, y durante diez he vivido de su recuerdo.

La mañana de nuestra partida hacia Thark amaneció clara y calurosa, como todas las mañanas marcianas salvo durante las seis semanas en que se derrite la nieve en los polos.

Busqué a Dejah Thoris entre la multitud de carros que partían, pero ella me volvió el hombro, y vi subir la sangre roja a su mejilla. Con la necia incoherencia del amor guardé silencio cuando habría podido alegar ignorancia de la naturaleza de mi ofensa, o al menos de su gravedad, y así lograr, en el peor de los casos, una reconciliación a medias.

Mi deber me dictaba que debía asegurarme de que estuviera cómoda, y por eso miré dentro de su carro y le arreglé las sedas y las pieles. Al hacerlo noté con horror que estaba encadenada por un tobillo, con una cadena pesada, al costado del vehículo.

«¿Qué significa esto?», exclamé, volviéndome hacia Sola.

«A Sarkoja le pareció lo mejor», respondió, y su rostro delataba su desaprobación del procedimiento.

Al examinar los grilletes vi que se cerraban con una maciza cerradura de resorte.

«¿Dónde está la llave, Sola? Dámela».

«Sarkoja la lleva, John Carter», respondió.

Me volví sin más palabras y fui en busca de Tars Tarkas, a quien objeté con vehemencia las humillaciones y crueldades innecesarias, como parecían a mis ojos de enamorado, que se amontonaban sobre Dejah Thoris.

«John Carter», respondió, «si alguna vez tú y Dejah Thoris escapan de los tharks, será en este viaje. Sabemos que tú no te irás sin ella. Te has mostrado un luchador poderoso y no queremos encadenarte, de modo que los retenemos a ambos de la manera más cómoda que aun así asegure su custodia. He hablado».

Vi la fuerza de su razonamiento de un golpe, y supe que era inútil apelar de su decisión, pero pedí que se le quitara la llave a Sarkoja y que se le ordenara dejar en paz a la prisionera en adelante.

«Esto, Tars Tarkas, puedes hacerlo por mí a cambio de la amistad que, debo confesarlo, siento por ti».

«¿Amistad?», replicó. «No existe tal cosa, John Carter; pero hágase tu voluntad. Ordenaré que Sarkoja deje de molestar a la muchacha, y yo mismo tomaré la custodia de la llave».

«A menos que quieras que yo asuma la responsabilidad», dije, sonriendo.

Me miró larga y fijamente antes de hablar.

«Si me dieras tu palabra de que ni tú ni Dejah Thoris intentarán escapar hasta que hayamos llegado sanos y salvos a la corte de Tal Hajus, podrías quedarte con la llave y arrojar las cadenas al río Iss».

«Será mejor que tú guardes la llave, Tars Tarkas», respondí.

Sonrió y no dijo más, pero esa noche, mientras levantábamos el campamento, lo vi soltar él mismo los grillos de Dejah Thoris.

Con toda su cruel ferocidad y su frialdad, había en Tars Tarkas una corriente subterránea de algo contra lo cual parecía luchar siempre para dominarlo. ¡Podría ser el vestigio de algún instinto humano, vuelto de un antepasado remoto para atormentarlo con el horror de las costumbres de su pueblo!

Cuando me acercaba al carro de Dejah Thoris pasé junto a Sarkoja, y la mirada negra y venenosa que me dirigió fue el bálsamo más dulce que había sentido en muchas horas. ¡Dios, cuánto me odiaba! Se erizaba de ella tan palpablemente que casi se la habría podido cortar con una espada.

Unos momentos después la vi en profunda conversación con un guerrero llamado Zad; un bruto grande, corpulento y poderoso, pero que nunca había matado a ninguno de los jefes de su propio pueblo, y por eso seguía siendo un *o mad*, u hombre de un solo nombre; solo podía ganar un segundo nombre con el metal de algún jefe. Era esta costum-

bre la que me daba derecho a los nombres de cualquiera de los jefes que yo había matado; de hecho, algunos de los guerreros me llamaban Dotar Sojat, combinación de los apellidos de los dos guerreros jefes cuyo metal había tomado, o dicho de otro modo, a quienes había dado muerte en lucha limpia.

Mientras Sarkoja hablaba con Zad, él lanzaba de vez en cuando miradas en mi dirección, y ella parecía instarlo con mucha fuerza a alguna acción. Le presté poca atención entonces, pero al día siguiente tuve buenas razones para recordar las circunstancias y, al mismo tiempo, vislumbrar un poco la profundidad del odio de Sarkoja y hasta dónde era capaz de llegar para descargar sobre mí su horrenda venganza.

Dejah Thoris no quiso saber nada de mí otra vez esa tarde, y aunque pronuncié su nombre, ni respondió ni concedió, ni siquiera con el aleteo de un párpado, que advirtiera mi existencia. En mi extremo hice lo que habrían hecho la mayoría de los enamorados; busqué noticias suyas por medio de una íntima. En este caso fue Sola, a quien intercepté en otra parte del campamento.

«¿Qué le pasa a Dejah Thoris?», le solté. «¿Por qué no quiere hablarme?».

Sola parecía desconcertada ella misma, como si tan extraña conducta de dos humanos estuviera por completo fuera de su alcance, como en efecto lo estaba, pobre niña.

«Dice que la has enojado, y eso es todo lo que dice, salvo que es hija de un jed y nieta de un jeddak y que la ha humillado una criatura que no sería digna de pulirle los dientes al sorak de su abuela».

Reflexioné un buen rato sobre este informe y por fin pregunté: «¿Qué puede ser un sorak, Sola?».

«Un animalito del tamaño de mi mano, que las mujeres marcianas rojas tienen para jugar», explicó Sola.

¡Ni digno de pulirle los dientes al gato de su abuela! Debía de ocupar un lugar bien bajo en la consideración de Dejah Thoris, pensé; pero no pude evitar reírme de la extraña figura retórica, tan casera y, en

eso, tan terrestre. Me dio nostalgia, pues sonaba muy parecido a «no es digno de lustrarle los zapatos». Y entonces comenzó un hilo de pensamientos del todo nuevo para mí. Empecé a preguntarme qué estaría haciendo mi gente en casa. Hacía años que no los veía. Había en Virginia una familia de Carters que se decía muy emparentada conmigo; se suponía que yo era un tío abuelo, o algo igualmente tonto. Yo podía pasar en cualquier parte por alguien de veinticinco a treinta años, y ser tío abuelo siempre me pareció el colmo de lo incongruente, pues mis pensamientos y sentimientos eran los de un muchacho. Había dos chiquillos en la familia Carter a quienes yo había querido y que habían pensado que no había nadie como el tío Jack en la Tierra; podía verlos con toda claridad mientras estaba allí bajo los cielos de Barsoom iluminados por la luna, y los añoraba como nunca había añorado a ningún mortal. Vagabundo por naturaleza, nunca había conocido el verdadero sentido de la palabra hogar, pero la gran casa de los Carters siempre había representado para mí todo lo que esa palabra significaba, y ahora mi corazón se volvía hacia ella desde los pueblos fríos y hostiles entre los que me había arrojado el destino. ¡Pues hasta Dejah Thoris me despreciaba! Yo era una criatura baja, tan baja que ni siquiera era digno de pulirle los dientes al gato de su abuela; y entonces mi salvador sentido del humor acudió en mi ayuda, y riendo me envolví en mis sedas y pieles y dormí sobre el suelo hechizado por la luna el sueño de un guerrero cansado y sano.

Levantamos el campamento al día siguiente temprano y marchamos con una sola parada hasta poco antes de oscurecer. Dos incidentes rompieron la monotonía de la marcha. Hacia el mediodía divisamos a lo lejos, a nuestra derecha, lo que evidentemente era una incubadora, y Lorquas Ptomel ordenó a Tars Tarkas que la investigara. Este tomó una docena de guerreros, yo entre ellos, y cruzamos a toda carrera la aterciopelada alfombra de musgo hasta el pequeño recinto.

Era, en efecto, una incubadora, pero los huevos eran muy pequeños en comparación con los que había visto eclosionar en la nuestra en el

momento de mi llegada a Marte.

Tars Tarkas desmontó y examinó el recinto minuciosamente, y por fin anunció que pertenecía a los hombres verdes de Warhoon y que el cemento apenas estaba seco donde lo habían tapiado.

«No pueden llevarnos un día de marcha de ventaja», exclamó, con la luz del combate saltando en su rostro fiero.

El trabajo en la incubadora fue verdaderamente breve. Los guerreros abrieron la entrada a golpes y un par de ellos, arrastrándose adentro, destrozaron pronto todos los huevos con sus espadas cortas. Luego, volviendo a montar, regresamos a galope para unirnos a la caravana. Durante la cabalgata aproveché para preguntarle a Tars Tarkas si estos warhoons, cuyos huevos habíamos destruido, eran un pueblo más pequeño que sus tharks.

«Noté que sus huevos eran mucho más pequeños que los que vi eclosionar en la incubadora de ustedes», añadí.

Me explicó que los huevos acababan de ser puestos allí; pero, como todos los huevos de los marcianos verdes, crecerían durante el período de incubación de cinco años hasta alcanzar el tamaño de los que yo había visto eclosionar el día de mi llegada a Barsoom. Esta era en verdad una información interesante, pues siempre me había parecido notable que las mujeres marcianas verdes, por grandes que fueran, pudieran dar a luz huevos tan enormes como aquellos de los que había visto salir a las criaturas de metro veinte. En realidad, el huevo recién puesto es apenas algo más grande que un huevo común de ganso y, como no empieza a crecer hasta que se lo expone a la luz del sol, los jefes no tienen dificultad para transportar varios cientos a la vez desde las bóvedas de almacenamiento hasta las incubadoras.

Poco después del incidente de los huevos de los warhoons nos detuvimos para descansar a los animales, y fue durante esta parada cuando ocurrió el segundo de los episodios interesantes del día. Yo estaba ocupado en cambiar mis paños de montar de uno de mis thoats al otro, pues repartía entre ellos el trabajo del día, cuando Zad se me acercó y,

sin una palabra, descargó un golpe terrible sobre mi animal con su espada larga.

No necesitaba un manual de etiqueta marciana verde para saber qué respuesta dar, pues en realidad estaba tan loco de ira que apenas pude contenerme de sacar mi pistola y abatirlo como al bruto que era; pero él esperaba con la espada larga desenvainada, y mi única opción era sacar la mía y enfrentarlo en lucha limpia con el arma que él escogiera o una menor.

Esta última alternativa siempre está permitida, y por eso habría podido usar mi espada corta, mi daga, mi hacha o mis puños si hubiera querido, y estar por completo en mi derecho, pero no podía usar armas de fuego ni una lanza mientras él sostuviera solo su espada larga.

Escogí la misma arma que él había desenvainado porque sabía que se enorgullecía de su habilidad con ella, y deseaba, si es que lo vencía, hacerlo con su propia arma. La pelea que siguió fue larga y retrasó una hora la reanudación de la marcha. Toda la comunidad nos rodeó, dejando un espacio libre de unos treinta metros de diámetro para nuestra batalla.

Zad intentó primero arrollarme como un toro a un lobo, pero yo era mucho más rápido que él, y cada vez que esquivaba sus embestidas pasaba de largo lanzándose, solo para recibir un corte de mi espada en el brazo o en la espalda. Pronto sangraba por media docena de heridas menores, pero yo no lograba hallar una abertura para asestar una estocada eficaz. Entonces cambió de táctica y, peleando con cautela y extrema destreza, trató de hacer por ciencia lo que no podía hacer por fuerza bruta. Debo admitir que era un espadachín magnífico, y de no haber sido por mi mayor resistencia y la notable agilidad que me daba la menor gravedad de Marte, quizás no habría podido hacerle la digna pelea que le hice.

Dimos vueltas un buen rato sin causar mucho daño de uno u otro lado; las largas espadas rectas, finas como agujas, destellaban a la luz del sol y resonaban sobre la quietud al chocar con cada parada eficaz.

Por fin Zad, dándose cuenta de que se cansaba más que yo, decidió evidentemente cerrar la distancia y poner fin al combate en un último fulgor de gloria para sí mismo; justo cuando se lanzó sobre mí, un resplandor cegador me dio de lleno en los ojos, de modo que no pude ver su acometida y solo pude saltar a ciegas a un lado en un esfuerzo por escapar de la poderosa hoja que ya me parecía sentir en las entrañas. Lo logré solo en parte, como atestiguó un agudo dolor en el hombro izquierdo, pero en el barrido de mi mirada al tratar de ubicar de nuevo a mi adversario, una visión se presentó a mi asombrada mirada que me compensó bien la herida que me había causado la ceguera momentánea. Allí, sobre el carro de Dejah Thoris, había tres figuras, evidentemente con el propósito de presenciar el encuentro por encima de las cabezas de los tharks que se interponían. Eran Dejah Thoris, Sola y Sarkoja, y mientras mi mirada fugaz las recorría se presentó un pequeño cuadro que quedará grabado en mi memoria hasta el día de mi muerte.

Mientras miraba, Dejah Thoris se volvió contra Sarkoja con la furia de una joven tigresa y le arrancó algo de la mano alzada; algo que destelló a la luz del sol mientras caía dando vueltas al suelo. Entonces supe qué me había cegado en aquel momento crucial de la pelea, y cómo Sarkoja había hallado la manera de matarme sin dar ella misma el golpe final. Vi también otra cosa que casi me costó la vida allí mismo, pues apartó mi mente por una fracción de instante de mi antagonista; porque, cuando Dejah Thoris le arrancó de la mano el diminuto espejo, Sarkoja, con el rostro lívido de odio y de rabia frustrada, sacó su daga y asestó un golpe terrible a Dejah Thoris; y entonces Sola, nuestra querida y fiel Sola, se interpuso de un salto; lo último que vi fue el gran cuchillo descendiendo sobre su pecho, que la protegía.

Mi enemigo se había recuperado de su estocada y me lo estaba poniendo sumamente interesante, así que de mala gana volví mi atención a la tarea que tenía entre manos, pero mi mente no estaba en la batalla.

Nos lanzamos el uno contra el otro furiosamente una y otra vez, hasta que de pronto, sintiendo la punta afilada de su espada en mi pecho en una estocada que no podía parar ni esquivar, me arrojé sobre él con la espada extendida y con todo el peso de mi cuerpo, decidido a no morir solo si podía evitarlo. Sentí el acero desgarrarme el pecho, todo se volvió negro ante mí, la cabeza me dio vueltas en un vértigo y sentí que las rodillas me flaqueaban.

XV. Sola me cuenta su historia

Cuando recobré el conocimiento, y, según supe enseguida, solo había estado caído un instante, me puse de pie de un salto buscando mi espada, y allí estaba, hundida hasta la empuñadura en el pecho verde de Zad, que yacía muerto sobre el musgo ocre del antiguo fondo marino. Al recuperar por completo los sentidos descubrí que su arma me atravesaba el pecho izquierdo, pero solo por la carne y los músculos que cubren las costillas: entraba cerca del centro del pecho y salía por debajo del hombro. Al lanzarme a la estocada me había girado, de modo que su espada solo pasó por debajo de los músculos y me causó una herida dolorosa, pero no peligrosa.

Me saqué la hoja del cuerpo, recuperé también la mía y, dándole la espalda a su fea carroña, me dirigí, enfermo, dolorido y asqueado, hacia los carros que llevaban a mi séquito y mis pertenencias. Un murmullo de aplauso marciano me recibió, pero no me importó.

Sangrando y débil llegué hasta mis mujeres, quienes, acostumbradas a tales sucesos, me curaron las heridas con los maravillosos agentes sanadores y reparadores que hacen que solo los golpes de muerte más fulminantes sean fatales. Denle una oportunidad a una mujer marciana y la muerte tendrá que ceder el paso. Pronto me dejaron remendado, de modo que, salvo la debilidad por la sangre perdida y un poco de dolor alrededor de la herida, no sufrí mayor molestia por esta estocada que, con tratamiento terrestre, sin duda me habría tenido postrado de espaldas varios días.

Apenas terminaron conmigo corrí al carro de Dejah Thoris, donde encontré a mi pobre Sola con el pecho envuelto en vendas, pero al parecer poco peor por su encuentro con Sarkoja, cuya daga, según parecía, había golpeado el borde de uno de los adornos metálicos del pecho de Sola y, desviada así, solo le había causado una herida leve en

la carne.

Al acercarme vi a Dejah Thoris tendida boca abajo sobre sus sedas y pieles, con su flexible cuerpo sacudido por los sollozos. No advirtió mi presencia, ni me oyó hablar con Sola, que estaba de pie a corta distancia del vehículo.

«¿Está herida?», le pregunté a Sola, señalando a Dejah Thoris con una inclinación de cabeza.

«No», respondió, «cree que estás muerto».

«¿Y que el gato de su abuela se quede ahora sin nadie que le pula los dientes?», pregunté sonriendo.

«Creo que la juzgas mal, John Carter», dijo Sola. «No entiendo sus costumbres ni las tuyas, pero estoy segura de que la nieta de diez mil jeddaks nunca se afligiría así por alguien que no tuviera el más alto derecho sobre su afecto. Es una raza orgullosa, pero justa, como todos los barsoomianos, y debes de haberla herido u ofendido gravemente para que no admita que existes vivo, aunque te llora muerto.

»Las lágrimas son un espectáculo extraño en Barsoom», continuó, «y por eso me cuesta interpretarlas. En toda mi vida he visto llorar solo a dos personas aparte de Dejah Thoris: una lloró de pena y la otra de rabia frustrada. La primera fue mi madre, hace años, antes de que la mataran; la otra fue Sarkoja, cuando hoy me la arrebataron».

«¡Tu madre!», exclamé. «Pero, Sola, no pudiste haber conocido a tu madre, niña».

«Sí la conocí. Y también a mi padre», añadió. «Si quieres oír la extraña historia, tan poco barsoomiana, ven esta noche al carro, John Carter, y te contaré lo que jamás he contado en toda mi vida. Y ahora ya se ha dado la señal de reanudar la marcha; debes irte».

«Iré esta noche, Sola», prometí. «No dejes de decirle a Dejah Thoris que estoy vivo y bien. No me impondré a ella, y cuida de que no sepa que vi sus lágrimas. Si ella quiere hablar conmigo, solo espero su orden».

Sola subió al carro, que ya se movía para ocupar su lugar en la fila,

y yo corrí hacia mi thoat, que me esperaba, y galopé hasta mi puesto junto a Tars Tarkas, en la retaguardia de la columna.

Ofrecíamos un espectáculo imponente y sobrecogedor al desplegarnos sobre el paisaje amarillo: los doscientos cincuenta carros ornamentados y de vivos colores, precedidos por una vanguardia de unos doscientos guerreros y jefes montados, que cabalgaban de a cinco en fondo y a unos noventa metros unos de otros, y seguidos por un número igual en la misma formación, con una veintena o más de flanqueadores a cada lado; los cincuenta mastodontes de reserva, o animales de tiro pesado, llamados zitidars, y los quinientos o seiscientos thoats de reserva de los guerreros, que corrían sueltos dentro del cuadro hueco que formaban los guerreros circundantes. El resplandor de los metales y las joyas de los suntuosos adornos de hombres y mujeres, repetido en los arreos de los zitidars y los thoats y entremezclado con los colores centelleantes de magníficas sedas, pieles y plumas, daba a la caravana un esplendor bárbaro que habría puesto verde de envidia a un potentado de las Indias Orientales.

Las enormes y anchas llantas de los carros y las patas acolchadas de los animales no arrancaban ningún sonido del fondo marino cubierto de musgo; así avanzábamos en completo silencio, como una enorme fantasmagoría, salvo cuando la quietud se rompía con el gruñido gutural de algún zitidar aguijoneado o con el chillido de thoats que peleaban. Los marcianos verdes conversan poco y, por lo común, en monosílabos, bajos y como el leve retumbar de un trueno lejano.

Atravesamos un yermo sin senderos, de musgo que, al ceder bajo la presión de una ancha llanta o de una pata acolchada, volvía a levantarse tras nosotros y no dejaba señal alguna de nuestro paso. Bien podríamos haber sido los espectros de los difuntos sobre el mar muerto de aquel planeta moribundo, a juzgar por el sonido y la señal que dejábamos al pasar. Era la primera marcha de un gran cuerpo de hombres y animales que veía sin que levantara polvo ni dejara rastro; pues en Marte no hay polvo, salvo en los distritos cultivados durante los meses

de invierno, y aun entonces la ausencia de vientos fuertes lo hace casi imperceptible.

Esa noche acampamos al pie de las colinas hacia las que nos habíamos encaminado durante dos días y que marcaban el límite sur de este mar en particular. Nuestros animales llevaban dos días sin beber, y no habían tomado agua desde hacía casi dos meses, desde poco después de salir de Thark; pero, como me explicó Tars Tarkas, necesitan muy poca y pueden vivir casi indefinidamente del musgo que cubre Barsoom, el cual, según me dijo, guarda en sus diminutos tallos la humedad suficiente para las limitadas necesidades de los animales.

Después de tomar mi cena de alimento semejante al queso y leche vegetal, busqué a Sola, a quien encontré trabajando, a la luz de una antorcha, en algunos arreos de Tars Tarkas. Alzó la vista al verme llegar, con el rostro iluminado de placer y de bienvenida.

«Me alegra que vinieras», dijo. «Dejah Thoris duerme y estoy sola. A los de mi pueblo no les importo, John Carter; soy demasiado distinta de ellos. Es un triste destino, pues debo vivir mi vida entre ellos, y a menudo desearía ser una verdadera mujer marciana verde, sin amor y sin esperanza; pero conocí el amor y por eso estoy perdida.

»Te prometí contarte mi historia, o más bien la de mis padres. Por lo que he sabido de ti y de las costumbres de tu pueblo, estoy segura de que el relato no te parecerá extraño, pero entre los marcianos verdes no tiene paralelo en la memoria del thark más anciano que vive, ni nuestras leyendas guardan muchos relatos parecidos.

»Mi madre era más bien pequeña, de hecho demasiado pequeña para que se le permitieran las responsabilidades de la maternidad, pues nuestros jefes crían principalmente por el tamaño. También era menos fría y cruel que la mayoría de las mujeres marcianas verdes, y como le importaba poco su compañía, a menudo vagaba sola por las avenidas desiertas de Thark, o iba y se sentaba entre las flores silvestres que adornan las colinas cercanas, pensando pensamientos y deseando deseos que creo que solo yo, entre las mujeres tharkianas de hoy, puedo

comprender, pues ¿acaso no soy hija de mi madre?

»Y allí, entre las colinas, conoció a un joven guerrero, cuyo deber era vigilar a los zitidars y thoats que pastaban y cuidar de que no se alejaran más allá de las colinas. Al principio hablaron solo de lo que interesa a una comunidad de tharks, pero poco a poco, a medida que se encontraban con más frecuencia y, como ya era muy evidente para ambos, no por casualidad, hablaron de sí mismos, de sus gustos, sus ambiciones y sus esperanzas. Ella confió en él y le habló de la terrible repugnancia que sentía por las crueldades de los suyos, por las vidas horribles y sin amor que debían llevar siempre, y luego esperó que de sus labios fríos y duros estallara la tormenta de condena; pero en cambio él la tomó en sus brazos y la besó.

»Mantuvieron su amor en secreto durante seis largos años. Ella, mi madre, formaba parte del séquito del gran Tal Hajus, mientras que su amante era un simple guerrero, que solo llevaba su propio metal. Si se hubiera descubierto su apartamiento de las tradiciones de los tharks, ambos habrían pagado la pena en la gran arena, ante Tal Hajus y las hordas reunidas.

»El huevo del que salí fue ocultado bajo una gran vasija de vidrio en la más alta e inaccesible de las torres parcialmente en ruinas de la antigua Thark. Mi madre lo visitaba una vez al año durante los cinco largos años que estuvo allí en incubación. No se atrevía a ir con más frecuencia, pues en la enorme culpa de su conciencia temía que cada movimiento suyo fuera vigilado. Durante ese tiempo mi padre se distinguió mucho como guerrero y había tomado el metal de varios jefes. Su amor por mi madre nunca había disminuido, y su propia ambición en la vida era llegar a un punto en que pudiera arrebatarle el metal al mismo Tal Hajus y, así, como gobernante de los tharks, quedar libre para reclamarla como suya y, además, con la fuerza de su poder, proteger a la criatura, que de otro modo sería eliminada rápidamente si se supiera la verdad.

»Era un sueño descabellado, el de arrebatarle el metal a Tal Hajus

en cinco cortos años, pero su ascenso fue rápido y pronto ocupó un lugar alto en los consejos de Thark. Pero un día la oportunidad se perdió para siempre, al menos en cuanto pudiera llegar a tiempo para salvar a sus seres queridos, pues se le ordenó partir en una larga expedición al sur cubierto de hielo, para hacer la guerra a los nativos de allá y despojarlos de sus pieles, porque tal es la manera del barsoomiano verde: no trabaja por lo que puede arrebatar a otros en la batalla.

»Estuvo ausente cuatro años y, cuando regresó, todo había terminado tres años antes; pues cerca de un año después de su partida, y poco antes de que volviera una expedición que había salido a traer el fruto de una incubadora comunitaria, el huevo eclosionó. Desde entonces mi madre siguió manteniéndome en la vieja torre, visitándome cada noche y prodigándome el amor del que la vida comunitaria nos habría privado a ambas. Esperaba que, al regresar la expedición de la incubadora, me mezclaría con los demás pequeños asignados a las dependencias de Tal Hajus y así escaparía a la suerte que seguiría sin duda al descubrirse su pecado contra las antiguas tradiciones de los hombres verdes.

»Me enseñó rápidamente la lengua y las costumbres de los míos, y una noche me contó la historia que te he contado hasta aquí, inculcándome la necesidad del secreto absoluto y la gran cautela que debía tener, una vez que me hubiera puesto con los demás pequeños tharks, para no dejar que nadie adivinara que yo estaba más avanzada que ellos en instrucción, ni delatar con ninguna señal, en presencia de otros, mi cariño por ella o mi conocimiento de quién era mi padre; y entonces, atrayéndome hacia ella, me susurró al oído el nombre de mi padre.

»Y entonces una luz destelló en la oscuridad de la cámara de la torre, y allí estaba Sarkoja, con los ojos brillantes y aviesos clavados, en un frenesí de aborrecimiento y desprecio, en mi madre. El torrente de odio e injurias que descargó sobre ella heló de terror mi joven corazón. Era evidente que había oído toda la historia, y que su sospecha

de que algo andaba mal, por las largas ausencias nocturnas de mi madre de sus dependencias, explicaba su presencia allí en aquella noche fatídica.

»Una cosa no había oído, ni sabía: el nombre susurrado de mi padre. Eso se veía en sus repetidas exigencias a mi madre de que revelara el nombre de su cómplice en el pecado, pero ninguna cantidad de injurias o amenazas pudo arrancárselo, y para librarme de una tortura innecesaria mintió, pues le dijo a Sarkoja que solo ella lo sabía y que nunca se lo diría a su hija.

»Con imprecaciones finales, Sarkoja corrió hacia Tal Hajus a informar de su descubrimiento, y mientras estaba ausente mi madre, envolviéndome en las sedas y pieles de su ropa de cama, de modo que apenas se me notaba, bajó a las calles y echó a correr desesperada hacia las afueras de la ciudad, en la dirección que llevaba al lejano sur, hacia el hombre cuya protección no podía reclamar, pero en cuyo rostro quería mirar una vez más antes de morir.

»Cuando nos acercábamos al extremo sur de la ciudad nos llegó un sonido desde el otro lado de la llanura cubierta de musgo, desde la dirección del único paso entre las colinas que conducía a las puertas, el paso por el que las caravanas del norte, del sur, del este o del oeste entraban en la ciudad. Los sonidos que oímos eran el chillido de thoats y el rezongar de zitidars, con el ocasional chocar de armas que anunciaba la llegada de un cuerpo de guerreros. El pensamiento que dominaba su mente era que se trataba de mi padre, de regreso de su expedición, pero la astucia de los tharks la contuvo de huir precipitadamente a su encuentro.

»Retirándose a las sombras de un portal, aguardó la llegada de la cabalgata, que pronto entró en la avenida, rompiendo su formación y atestando la vía de pared a pared. Cuando la cabeza de la procesión pasó junto a nosotras, la luna menor se despejó de los tejados salientes e iluminó la escena con todo el brillo de su maravillosa luz. Mi madre se encogió aún más en las sombras amigas y desde su escondite vio

que la expedición no era la de mi padre, sino la caravana de regreso que traía a los pequeños tharks. De inmediato formó su plan, y cuando un gran carro pasó cerca de nuestro escondite se deslizó sigilosa sobre la plataforma trasera, agazapada en la sombra del alto costado y estrechándome contra su pecho en un frenesí de amor.

»Ella sabía, lo que yo no, que nunca más después de aquella noche me tendría contra su pecho, ni era probable que volviéramos a vernos el rostro. En la confusión de la plaza me mezcló con los demás niños, cuyos custodios durante el viaje ya quedaban libres de su responsabilidad. Nos reunieron a todos en una gran sala, nos dieron de comer mujeres que no habían acompañado a la expedición, y al día siguiente nos repartieron entre los séquitos de los jefes.

»Nunca volví a ver a mi madre después de esa noche. Tal Hajus la encarceló y se empleó todo esfuerzo, incluida la tortura más horrible y vergonzosa, para arrancarle de los labios el nombre de mi padre; pero ella se mantuvo firme y leal, y murió por fin entre las risas de Tal Hajus y sus jefes durante una espantosa tortura que estaba sufriendo.

»Supe después que ella les dijo que me había matado para librarme de una suerte semejante en sus manos, y que había arrojado mi cuerpo a los simios blancos. Solo Sarkoja no le creyó, y hasta hoy siento que sospecha mi verdadero origen, pero no se atreve a delatarme, al menos por el momento, porque también adivina, estoy segura, la identidad de mi padre.

»Cuando él volvió de su expedición y se enteró de la suerte de mi madre, yo estaba presente cuando Tal Hajus se lo contó; pero ni por el temblor de un músculo delató la menor emoción; solo que no rio cuando Tal Hajus describió con regocijo las agonías de ella. Desde ese momento fue el más cruel de los crueles, y espero el día en que alcance la meta de su ambición y sienta bajo su pie la carroña de Tal Hajus, pues estoy tan segura de que solo aguarda la ocasión de tomar una terrible venganza, y de que su gran amor es tan fuerte en su pecho como cuando lo transfiguró por primera vez hace casi cuarenta años, como de

que estamos aquí sentados al borde de un océano milenario mientras la gente sensata duerme, John Carter».

«Y tu padre, Sola, ¿está con nosotros ahora?», pregunté.

«Sí», respondió, «pero no me conoce por lo que soy, ni sabe quién traicionó a mi madre ante Tal Hajus. Yo sola sé el nombre de mi padre, y solo yo, Tal Hajus y Sarkoja sabemos que fue ella quien llevó el cuento que trajo la muerte y la tortura a la que él amaba».

Nos quedamos callados unos momentos, ella envuelta en los sombríos pensamientos de su terrible pasado, y yo compadeciendo a las pobres criaturas a quienes las costumbres despiadadas y absurdas de su raza habían condenado a vidas de crueldad y odio, sin amor. Al rato ella habló.

«John Carter, si alguna vez un verdadero hombre ha caminado sobre el seno frío y muerto de Barsoom, eres tú. Sé que puedo confiar en ti, y porque ese conocimiento algún día puede ayudarte a ti, a él, a Dejah Thoris o a mí, voy a decirte el nombre de mi padre, sin poner restricciones ni condiciones a tu lengua. Cuando llegue el momento, di la verdad si te parece lo mejor. Confío en ti porque sé que no estás maldecido con el terrible rasgo de la veracidad absoluta e inquebrantable, que mentirías como uno de tus propios caballeros de Virginia si una mentira pudiera librar a otros de la pena o el sufrimiento. El nombre de mi padre es Tars Tarkas».

XVI. Planeamos la fuga

El resto de nuestro viaje a Thark transcurrió sin novedad. Pasamos veinte días en el camino, cruzando dos lechos marinos y atravesando o rodeando varias ciudades en ruinas, la mayoría más pequeñas que Korad. En dos ocasiones cruzamos las famosas vías de agua marcianas, o canales, como las llaman los astrónomos terrestres. Cuando nos acercábamos a esos puntos, se enviaba muy por delante a un guerrero con un potente catalejo, y si no había a la vista ninguna gran tropa de marcianos rojos, avanzábamos tan cerca como era posible sin riesgo de ser vistos y acampábamos hasta que oscurecía. Entonces nos aproximábamos lentamente a la zona cultivada y, una vez localizada una de las numerosas y anchas carreteras que atraviesan esas áreas a intervalos regulares, la cruzábamos en silencio y a hurtadillas hasta las tierras áridas del otro lado. Una de esas travesías requirió cinco horas sin una sola parada, y la otra consumió la noche entera, de modo que estábamos saliendo de los confines de los campos amurallados cuando el sol irrumpió sobre nosotros.

Como cruzamos en la oscuridad, pude ver muy poco, salvo cuando la luna más cercana, en su salvaje e incesante carrera por los cielos de Barsoom, iluminaba de vez en cuando pequeñas porciones del paisaje, dejando ver campos amurallados y edificios bajos y extendidos, que se parecían mucho a las granjas terrestres. Había muchos árboles, dispuestos con método, y algunos eran de una altura enorme. En algunos de los cercados había animales que anunciaban su presencia con chillidos y resoplidos aterrados al olfatear a nuestras extrañas bestias salvajes y a nuestros seres humanos aún más salvajes.

Solo una vez distinguí a un ser humano, y fue en la intersección de nuestro camino transversal con la ancha y blanca carretera que corta cada distrito cultivado a lo largo, por su centro exacto. Aquel hombre

debía de estar durmiendo junto al camino, pues, cuando llegué a su altura, se incorporó apoyado en un codo y, tras una sola mirada a la caravana que se aproximaba, se puso de pie de un salto, gritando, y huyó como loco por el camino, trepando un muro cercano con la agilidad de un gato asustado. Los tharks no le prestaron la menor atención; no andaban en campaña de guerra, y la única señal que tuve de que lo habían visto fue que la caravana aceleró el paso mientras nos apresurábamos hacia el desierto limítrofe que marcaba nuestra entrada en los dominios de Tal Hajus.

Ni una sola vez hablé con Dejah Thoris, pues ella no me mandó aviso alguno de que sería bien recibido en su carro, y mi necio orgullo me impidió hacer cualquier acercamiento. Creo de verdad que el modo de ser de un hombre con las mujeres está en proporción inversa a su valor entre los hombres. El debilucho y el bobalicón tienen a menudo una gran habilidad para cautivar al sexo bello, mientras que el hombre de armas, que puede enfrentar sin miedo mil peligros reales, se queda escondido en la sombra como un niño asustado.

Justo treinta días después de mi llegada a Barsoom entramos en la antigua ciudad de Thark, de cuyo pueblo, olvidado hace mucho, esta horda de hombres verdes ha tomado hasta el nombre. Las hordas de Thark suman unas treinta mil almas y se dividen en veinticinco comunidades. Cada comunidad tiene su propio jed y sus jefes menores, pero todas están bajo el gobierno de Tal Hajus, Jeddak de Thark. Cinco comunidades tienen su cuartel general en la ciudad de Thark, y el resto está repartido entre otras ciudades desiertas de la antigua Marte, por todo el distrito que reclama Tal Hajus.

Hicimos nuestra entrada en la gran plaza central a primera hora de la tarde. No hubo saludos entusiastas ni amistosos para la expedición que regresaba. Los que se encontraban a la vista pronunciaban los nombres de los guerreros o de las mujeres con quienes tenían contacto directo, en el saludo formal de su especie, pero al descubrirse que traían dos cautivos se despertó un interés mayor, y Dejah Thoris y yo

fuimos el centro de corros de curiosos.

Pronto se nos asignaron nuevos alojamientos, y el resto del día se dedicó a acomodarnos a las nuevas condiciones. Mi casa estaba ahora en una avenida que desembocaba en la plaza por el sur, la arteria principal por la que habíamos marchado desde las puertas de la ciudad. Quedaba en el extremo más lejano de la plaza y tenía un edificio entero para mí solo. Aquí se veía la misma grandiosidad de arquitectura que tanto destacaba en Korad, solo que, si es que era posible, en una escala mayor y más rica. Mis aposentos habrían servido para alojar al más grande de los emperadores terrestres, pero a estas extrañas criaturas nada de un edificio les atraía salvo su tamaño y la enormidad de sus salas: cuanto mayor el edificio, más deseable. Así, Tal Hajus ocupaba lo que debía de ser un enorme edificio público, el más grande de la ciudad, pero del todo inadecuado para vivir en él; el siguiente en tamaño estaba reservado a Lorquas Ptomel, el siguiente al jed de menor rango, y así hasta el final de la lista de los cinco jeds. Los guerreros ocupaban los edificios de los jefes a cuyas escoltas pertenecían o, si lo preferían, buscaban abrigo en cualquiera de los miles de edificios deshabitados de su propio barrio de la ciudad, pues a cada comunidad se le asignaba cierta sección. La elección del edificio debía hacerse conforme a estas divisiones, salvo en el caso de los jeds, que ocupaban todos edificios con fachada a la plaza.

Cuando por fin dejé mi casa en orden, o más bien cuando vi que se había hecho, ya se acercaba el ocaso, y salí a toda prisa con el propósito de encontrar a Sola y a sus protegidas, pues estaba decidido a hablar con Dejah Thoris y a tratar de hacerle ver la necesidad de que al menos arregláramos una tregua hasta que yo encontrara algún modo de ayudarla a escapar. Busqué en vano hasta que el borde superior del gran sol rojo estaba ya a punto de desaparecer tras el horizonte, y entonces divisé la fea cabeza de Woola, asomada a una ventana del segundo piso, en el lado opuesto de la misma calle donde yo me alojaba, pero más cerca de la plaza.

Sin esperar otra invitación, subí a la carrera por la rampa en espiral que llevaba al segundo piso y, al entrar en una gran sala en la parte delantera del edificio, me recibió el frenético Woola, que lanzó su enorme corpachón sobre mí y casi me tiró al suelo. El pobre viejo estaba tan contento de verme que pensé que me iba a devorar, con la cabeza partida de oreja a oreja por su sonrisa de trasgo, que mostraba sus tres hileras de colmillos.

Lo calmé con una palabra de mando y una caricia, y miré apresuradamente entre la penumbra que se echaba encima en busca de alguna señal de Dejah Thoris; al no verla, pronuncié su nombre. Desde el rincón más lejano de la estancia llegó un murmullo en respuesta, y con un par de zancadas rápidas estuve junto a ella, que se encogía entre las pieles y las sedas sobre un antiguo asiento de madera tallada. Mientras yo esperaba, se puso de pie en toda su estatura y, mirándome directamente a los ojos, dijo:

«¿Qué desea Dotar Sojat, Thark, de Dejah Thoris, su cautiva?»

«Dejah Thoris, no sé cómo te he ofendido. Lo más lejano a mi deseo era herirte u ofenderte, a ti a quien esperaba proteger y consolar. No quieras nada de mí si esa es tu voluntad, pero que debas ayudarme a lograr tu fuga, si tal cosa es posible, no es mi ruego, sino mi orden. Cuando estés a salvo otra vez en la corte de tu padre, podrás hacer conmigo lo que te plazca, pero desde ahora y hasta ese día yo soy tu amo, y debes obedecerme y ayudarme.»

Me miró larga y fijamente, y pensé que se estaba ablandando conmigo.

«Entiendo tus palabras, Dotar Sojat», respondió, «pero a ti no te entiendo. Eres una extraña mezcla de niño y de hombre, de bruto y de noble. Solo desearía poder leer tu corazón.»

«Mira a tus pies, Dejah Thoris. Allí yace ahora, donde yace desde aquella otra noche en Korad, y donde yacerá siempre, latiendo solo por ti hasta que la muerte lo detenga para siempre.»

Dio un pequeño paso hacia mí, con sus hermosas manos extendidas

en un extraño ademán de tanteo.

«¿Qué quieres decir, John Carter?», susurró. «¿Qué es lo que me dices?»

«Te digo lo que me había prometido a mí mismo que no te diría, al menos hasta que dejaras de ser cautiva entre los hombres verdes; lo que, por tu actitud hacia mí durante los últimos veinte días, había pensado no decirte nunca. Te digo, Dejah Thoris, que soy tuyo en cuerpo y alma, para servirte, para luchar por ti y para morir por ti. Solo una cosa te pido a cambio: que no hagas señal alguna, ni de condena ni de aprobación, de mis palabras hasta que estés a salvo entre los tuyos, y que, sean cuales sean los sentimientos que albergues hacia mí, no los influya ni los tiña la gratitud. Todo lo que yo haga por servirte estará movido únicamente por motivos egoístas, pues me da más placer servirte que no hacerlo.»

«Respetaré tus deseos, John Carter, porque comprendo los motivos que los inspiran, y acepto tu servicio no más gustosamente de lo que me someto a tu autoridad. Tu palabra será mi ley. Dos veces te he agraviado en mis pensamientos y de nuevo te pido perdón.»

La entrada de Sola impidió que continuáramos una conversación de carácter personal. Estaba muy agitada y por completo distinta de su habitual serenidad y dominio de sí.

«Esa horrible Sarkoja ha estado ante Tal Hajus», exclamó, «y por lo que oí en la plaza, hay poca esperanza para ustedes dos.»

«¿Qué dicen?», preguntó Dejah Thoris.

«Que los arrojarán a los calots [perros] salvajes en la gran arena en cuanto se hayan reunido las hordas para los juegos anuales.»

«Sola», dije, «eres una thark, pero odias y aborreces las costumbres de tu pueblo tanto como nosotros. ¿No quieres acompañarnos en un esfuerzo supremo por escapar? Estoy seguro de que Dejah Thoris puede ofrecerte un hogar y protección entre su gente, y tu suerte no podrá ser peor allí de lo que siempre será aquí.»

«Sí», exclamó Dejah Thoris, «ven con nosotros, Sola. Estarás mejor

entre los hombres rojos de Helium que aquí, y puedo prometerte no solo un hogar con nosotros, sino el amor y el cariño que tu naturaleza anhela y que las costumbres de tu propia raza siempre te negarán. Ven con nosotros, Sola. Podríamos irnos sin ti, pero tu suerte sería terrible si pensaran que has colaborado para ayudarnos. Sé que ni siquiera ese temor te tentaría a estorbar nuestra fuga, pero queremos que vengas con nosotros, queremos que vengas a una tierra de sol y de felicidad, entre un pueblo que sabe lo que significan el amor, la compasión y la gratitud. Di que lo harás, Sola. Dime que lo harás.»

«La gran vía de agua que lleva a Helium está a solo unos ochenta kilómetros al sur», murmuró Sola, medio para sí misma. «Un thoat veloz podría llegar en tres horas, y de allí a Helium hay unos ochocientos kilómetros, la mayor parte por distritos poco poblados. Se darían cuenta y nos seguirían. Podríamos escondernos un tiempo entre los grandes árboles, pero las posibilidades de escapar son en verdad escasas. Nos seguirían hasta las mismas puertas de Helium y cobrarían tributo de vidas a cada paso. Ustedes no los conocen.»

«¿No hay otro camino por el que podamos llegar a Helium?», pregunté. «¿No puedes dibujarme un mapa aproximado de la región que debemos atravesar, Dejah Thoris?»

«Sí», respondió, y, sacándose un gran diamante del cabello, dibujó sobre el suelo de mármol el primer mapa de territorio barsoomiano que yo había visto en mi vida. Estaba cruzado en todas direcciones por largas líneas rectas, a veces paralelas y a veces convergentes hacia algún gran círculo. Las líneas, dijo, eran vías de agua; los círculos, ciudades; y una muy lejana, al noroeste de nosotros, me la señaló como Helium. Había otras ciudades más cercanas, pero dijo que temía entrar en muchas de ellas, pues no todas eran amistosas con Helium.

Por fin, tras estudiar con atención el mapa a la luz de la luna que ahora inundaba la sala, señalé una vía de agua muy al norte de nosotros que también parecía conducir a Helium.

«¿No atraviesa esta el territorio de tu abuelo?», pregunté.

«Sí», contestó, «pero está a unos trescientos veinte kilómetros al norte de nosotros. Es una de las vías de agua que cruzamos en el viaje a Thark.»

«Jamás sospecharían que intentaríamos llegar a esa vía de agua tan lejana», respondí, «y por eso creo que es la mejor ruta para nuestra fuga.»

Sola estuvo de acuerdo conmigo, y se decidió que dejaríamos Thark esa misma noche; es decir, tan pronto como yo pudiera encontrar y ensillar mis thoats. Sola montaría uno, y Dejah Thoris y yo el otro; cada uno llevaría comida y bebida suficientes para dos días, pues no se podía apurar demasiado a los animales en una distancia tan larga.

Indiqué a Sola que fuera con Dejah Thoris por una de las avenidas menos transitadas hasta el límite sur de la ciudad, donde yo las alcanzaría con los thoats lo más pronto posible. Luego, dejándolas para que reunieran la comida, las sedas y las pieles que íbamos a necesitar, me deslicé en silencio hasta la parte trasera de la planta baja y entré en el patio, donde nuestros animales se movían inquietos de un lado a otro, como era su costumbre, antes de acomodarse para la noche.

En las sombras de los edificios y fuera, bajo el resplandor de las lunas marcianas, se movía la gran manada de thoats y zitidars; estos últimos gruñían sus graves guturales y los primeros emitían de cuando en cuando el chillido agudo que denota el estado de furia casi habitual en que estas criaturas pasan su existencia. Estaban más tranquilos ahora, por la ausencia de hombres, pero al olfatearme se pusieron más inquietos y su ruido horrible aumentó. Era un asunto arriesgado entrar solo y de noche en un corral de thoats: primero, porque su creciente alboroto podía avisar a los guerreros cercanos de que algo andaba mal, y también porque, por el motivo más leve, o sin motivo alguno, algún gran thoat macho podía tomar la decisión de cargar contra mí.

Sin deseo alguno de despertar su mal genio en una noche como esa, en que tanto dependía del secreto y la rapidez, me pegué a las

sombras de los edificios, listo para saltar en cualquier instante a la seguridad de una puerta o ventana cercana. Así avancé en silencio hasta las grandes puertas que daban a la calle, al fondo del patio, y al acercarme a la salida llamé suavemente a mis dos animales. Cuánto agradecí a la bondadosa providencia que me había dado la previsión de ganarme el cariño y la confianza de estos salvajes brutos mudos, pues al poco vi, desde el otro lado del patio, dos enormes bultos que se abrían paso hacia mí entre las montañas de carne agitada.

Se me acercaron mucho, frotando los hocicos contra mi cuerpo y husmeando en busca de los trozos de comida con que yo siempre los recompensaba. Abrí las puertas, ordené a las dos grandes bestias que salieran y, deslizándome en silencio tras ellas, cerré los portones a mi espalda.

No ensillé ni monté a los animales allí, sino que caminé en silencio, entre las sombras de los edificios, hacia una avenida poco frecuentada que llevaba al punto donde había acordado encontrarme con Dejah Thoris y Sola. Con el silencio de los espíritus incorpóreos avanzamos furtivamente por las calles desiertas, pero solo cuando estuvimos a la vista de la llanura más allá de la ciudad empecé a respirar con libertad. Estaba seguro de que Sola y Dejah Thoris no tendrían dificultad para llegar sin ser detectadas a nuestro punto de encuentro, pero no estaba tan seguro de mí mismo con mis grandes thoats, pues era muy inusual que los guerreros salieran de la ciudad después del anochecer; de hecho, no había adónde ir dentro de un radio menor que el de una larga cabalgata.

Llegué sano y salvo al lugar convenido, pero como Dejah Thoris y Sola no estaban allí, llevé mis animales al vestíbulo de uno de los grandes edificios. Supuse que alguna de las otras mujeres del mismo hogar habría entrado a hablar con Sola y las habría retrasado, y no sentí aprensión excesiva hasta que pasó casi una hora sin señal de ellas; cuando otra media hora se hubo arrastrado, ya me llenaba una grave ansiedad. Entonces rompió la quietud de la noche el ruido de un gru-

po que se acercaba y que, por el estrépito, supe que no podían ser fugitivos reptando sigilosamente hacia la libertad. Pronto estuvo cerca de mí, y desde las negras sombras de mi entrada divisé una veintena de guerreros montados que, al pasar, dejaron caer una docena de palabras que me hicieron subir el corazón hasta la coronilla.

«Probablemente habrá acordado encontrarse con ellas justo fuera de la ciudad, y así...» No oí más, ya habían pasado de largo, pero bastaba. Nuestro plan había sido descubierto, y las posibilidades de escapar desde ahora hasta el terrible final serían en verdad escasas. Mi única esperanza era volver sin ser visto a los aposentos de Dejah Thoris y averiguar qué suerte había corrido, pero cómo hacerlo con estos grandes y monstruosos thoats a mi cargo, ahora que la ciudad probablemente estaba en alerta por el conocimiento de mi fuga, era un problema de proporciones nada pequeñas.

De pronto se me ocurrió una idea y, valiéndome de lo que sabía sobre la construcción de los edificios de estas antiguas ciudades marcianas, con un patio hueco en el centro de cada manzana, avancé a tientas, a ciegas, por las salas oscuras, llamando tras de mí a los grandes thoats. Les costó cruzar algunas puertas, pero como los edificios que daban a los frentes principales de la ciudad estaban todos concebidos a una escala magnífica, lograron deslizarse sin atascarse; y así llegamos por fin al patio interior, donde encontré, como esperaba, la habitual alfombra de vegetación parecida al musgo que les daría comida y bebida hasta que pudiera devolverlos a su propio corral. Estaba seguro de que allí estarían tan quietos y contentos como en cualquier otra parte, y había apenas una remotísima posibilidad de que los descubrieran, pues los hombres verdes no tenían mucho deseo de entrar en estos edificios periféricos, frecuentados por lo único, creo, que les causaba la sensación de miedo: los grandes monos blancos de Barsoom.

Quité los arreos de las sillas y los escondí justo dentro de la puerta trasera del edificio por el que habíamos entrado al patio y, tras soltar a las bestias, crucé rápidamente el patio hasta la parte trasera de los

edificios del lado opuesto y de allí a la avenida siguiente. Esperé en el portal del edificio hasta asegurarme de que nadie se acercaba, crucé de prisa al lado contrario y entré por la primera puerta al patio de más allá. Así, pasando de patio en patio con la leve posibilidad de ser descubierto que implicaba el cruce necesario de las avenidas, llegué sano y salvo al patio trasero de los aposentos de Dejah Thoris.

Allí, por supuesto, encontré las bestias de los guerreros que se alojaban en los edificios contiguos, y a los propios guerreros podía esperar encontrarlos dentro si entraba. Pero, por fortuna para mí, disponía de otro método, más seguro, para llegar al piso alto donde debía de estar Dejah Thoris. Tras determinar lo más exactamente posible cuál de los edificios ocupaba ella, pues nunca los había observado desde el lado del patio, aproveché mi fuerza y agilidad relativamente grandes y salté hacia arriba hasta agarrar el alféizar de una ventana del segundo piso que creía que correspondía a la parte trasera de su aposento. Me icé al interior de la habitación y avancé sigilosamente hacia el frente del edificio, y solo cuando había llegado a la puerta de su cuarto me advirtieron unas voces de que estaba ocupado.

No me lancé de cabeza adentro, sino que escuché desde fuera para asegurarme de que era Dejah Thoris y de que era seguro aventurarme dentro. Bien hice en tomar esta precaución, pues la conversación que oí era en los graves guturales de hombres, y las palabras que por fin me llegaron resultaron una advertencia oportunísima. El que hablaba era un jefe, y daba órdenes a cuatro de sus guerreros.

«Y cuando regrese a esta cámara», decía, «como seguramente lo hará al descubrir que ella no se reúne con él en el borde de la ciudad, ustedes cuatro se abalanzarán sobre él y lo desarmarán. Necesitarán la fuerza combinada de todos ustedes para lograrlo, si son ciertos los informes que traen de Korad. Cuando lo tengan bien atado, llévenlo a los calabozos bajo los aposentos del jeddak y encadénenlo con firmeza donde se lo pueda hallar cuando Tal Hajus lo desee. No le permitan hablar con nadie ni dejen que otro entre en este aposento antes de que él

llegue. No hay peligro de que la muchacha regrese, pues a estas horas está a salvo en brazos de Tal Hajus, y que todos sus antepasados se apiaden de ella, porque Tal Hajus no lo hará. La gran Sarkoja ha hecho un noble trabajo esta noche. Me voy, y si no logran capturarlo cuando llegue, encomiendo sus carcasas al frío seno de Iss.»

XVII. Una recaptura costosa

Cuando el que hablaba terminó, se volvió para salir del aposento por la puerta donde yo estaba, pero ya no necesité esperar más; había oído lo suficiente para llenar mi alma de espanto, y alejándome sigilosamente regresé al patio por donde había venido. Mi plan de acción quedó formado en el acto, y cruzando la plaza y la avenida que la bordeaba por el lado opuesto, pronto me hallé en el patio de Tal Hajus.

Las estancias del primer piso, brillantemente iluminadas, me indicaron dónde buscar primero, y avanzando hacia las ventanas miré al interior. Pronto descubrí que mi acercamiento no sería tan fácil como había esperado, pues las habitaciones traseras que daban al patio estaban llenas de guerreros y mujeres. Entonces miré hacia los pisos de arriba y vi que el tercero parecía estar sin luz, de modo que decidí entrar al edificio por ahí. Me fue cosa de un momento alcanzar las ventanas de arriba, y poco después me había metido en las sombras protectoras del tercer piso a oscuras.

Por fortuna la habitación que había elegido estaba desocupada, y avanzando sin ruido hacia el corredor que había más allá descubrí una luz en las estancias que tenía delante. Al llegar a lo que parecía una puerta, vi que era solo una abertura sobre una inmensa sala interior que se alzaba desde el primer piso, dos pisos más abajo de donde yo estaba, hasta el techo en forma de cúpula del edificio, muy por encima de mi cabeza. El suelo de este gran salón circular estaba atestado de jefes, guerreros y mujeres, y en un extremo había una gran plataforma elevada sobre la cual estaba en cuclillas la bestia más horrenda que mis ojos hubieran visto jamás. Tenía todos los rasgos fríos, duros, crueles y terribles de los guerreros verdes, pero acentuados y envilecidos por las pasiones animales a las que se había entregado durante muchos años. No había en su rostro bestial ni una señal de dignidad ni de

orgullo, y su enorme mole se desparramaba sobre la plataforma donde estaba en cuclillas como un gigantesco pulpo, y sus seis miembros acentuaban el parecido de una manera horrible y sobrecogedora.

Pero lo que me heló de aprensión fue ver a Dejah Thoris y a Sola de pie ante él, y la mueca diabólica con que dejaba que sus grandes ojos saltones se recrearan en las líneas de su hermosa figura. Ella hablaba, pero yo no alcanzaba a oír lo que decía, ni a distinguir el sordo gruñido de la respuesta de él. Se mantenía erguida ante él, con la cabeza en alto, y aun a la distancia a que yo me encontraba podía leer el desdén y el asco en su rostro mientras dejaba descansar sin asomo de miedo su altiva mirada sobre él. Era en verdad la orgullosa hija de mil jeddaks, hasta el último centímetro de su querido y precioso cuerpecito; tan pequeña, tan frágil junto a los imponentes guerreros que la rodeaban, pero que en su majestad los reducía a la insignificancia; era la figura más poderosa de todas, y creo de veras que ellos lo sentían.

Al poco rato Tal Hajus hizo una seña para que se despejara la sala y se dejara a las prisioneras a solas ante él. Lentamente los jefes, los guerreros y las mujeres se fueron esfumando en las sombras de las estancias vecinas, y Dejah Thoris y Sola quedaron solas ante el jeddak de los tharks.

Un solo jefe había vacilado antes de retirarse; lo vi de pie en la sombra de una poderosa columna, con los dedos jugueteando nerviosamente con la empuñadura de su gran espada y los ojos crueles fijos con odio implacable en Tal Hajus. Era Tars Tarkas, y yo podía leer sus pensamientos como en un libro abierto por la aversión sin disimulo que mostraba su rostro. Pensaba en aquella otra mujer que, cuarenta años atrás, había estado ante esta bestia, y si yo hubiera podido decirle una palabra al oído en ese momento, el reinado de Tal Hajus habría terminado; pero al fin él también salió a zancadas de la sala, sin saber que dejaba a su propia hija a merced de la criatura que más aborrecía.

Tal Hajus se levantó, y yo, entre temeroso y expectante de sus intenciones, corrí a la rampa en espiral que llevaba a los pisos inferio-

res. No había nadie cerca que me cerrara el paso, y llegué al piso principal de la sala sin ser visto, y tomé posición a la sombra de la misma columna que Tars Tarkas acababa de abandonar. Cuando llegué al suelo, Tal Hajus estaba hablando.

«Princesa de Helium, podría arrancar un gran rescate a tu pueblo si te devolviera a ellos sana y salva, pero mil veces preferiría ver ese hermoso rostro retorcerse en la agonía del tormento; será largo, eso te lo prometo; diez días de placer serían demasiado cortos para mostrar el amor que albergo por tu raza. Los terrores de tu muerte atormentarán el sueño de los hombres rojos por todas las edades venideras; se estremecerán en las sombras de la noche cuando sus padres les hablen de la terrible venganza de los hombres verdes, del poder y la fuerza y el odio y la crueldad de Tal Hajus. Pero antes del tormento serás mía durante una breve hora, y también de eso llegará noticia a Tardos Mors, Jeddak de Helium, tu abuelo, para que se arrastre por el suelo en la agonía de su dolor. Mañana comenzará el tormento; esta noche eres de Tal Hajus; ¡ven!»

Saltó de la plataforma y la agarró brutalmente por el brazo, pero apenas la había tocado cuando yo me lancé entre los dos. Mi espada corta, afilada y reluciente, estaba en mi mano derecha; podría haberla hundido en su podrido corazón antes de que se diera cuenta de que yo estaba sobre él; pero al alzar el brazo para golpear pensé en Tars Tarkas, y, con toda mi rabia, con todo mi odio, no pude privarlo de ese dulce momento por el que había vivido y esperado todos estos largos y penosos años, y así, en vez de eso, descargué mi buen puño derecho de lleno en la punta de su mandíbula. Sin emitir un sonido se deslizó al suelo como muerto.

En el mismo silencio mortal tomé de la mano a Dejah Thoris, e indicando a Sola que nos siguiera, salimos sin ruido de la sala y subimos al piso de arriba. Sin ser vistos llegamos a una ventana trasera y, con las correas y el cuero de mis arreos, descolgué primero a Sola y luego a Dejah Thoris hasta el suelo. Dejándome caer ligeramente tras ellas,

las llevé rápidamente por el patio en las sombras de los edificios, y así regresamos por el mismo camino que yo había seguido hacía poco desde el lejano límite de la ciudad.

Por fin dimos con mis thoats en el patio donde los había dejado, y poniéndoles los arreos nos apresuramos a atravesar el edificio hasta la avenida del otro lado. Montamos, Sola en un animal y Dejah Thoris detrás de mí en el otro, y salimos de la ciudad de Thark por las colinas hacia el sur.

En lugar de rodear la ciudad de vuelta hacia el noroeste y hacia la vía de agua más cercana, que quedaba a tan corta distancia de nosotros, giramos al noreste y nos internamos en el páramo musgoso, al otro lado del cual, a trescientos veinte kilómetros de peligroso y fatigoso camino, había otra arteria principal que llevaba a Helium.

No se pronunció palabra hasta que hubimos dejado la ciudad muy atrás, pero yo podía oír el sollozo quedo de Dejah Thoris mientras se aferraba a mí con su querida cabeza apoyada en mi hombro.

«Si lo logramos, mi jefe, la deuda de Helium será enorme; mayor de lo que podrá pagarte jamás; y si no lo logramos», continuó, «la deuda no es menor, aunque Helium nunca lo sabrá, porque has salvado a la última de nuestro linaje de algo peor que la muerte».

No contesté, sino que bajé la mano a mi costado y apreté los deditos de la que amaba allí donde se aferraban a mí para sostenerse, y luego, en silencio ininterrumpido, volamos sobre el musgo amarillo bañado por la luz de las lunas, cada uno ocupado en sus propios pensamientos. Por mi parte, aunque lo hubiera intentado, no habría podido sino estar alegre con el cálido cuerpo de Dejah Thoris estrechado contra el mío, y a pesar de todo el peligro que aún nos faltaba por pasar, mi corazón cantaba tan alegremente como si ya estuviéramos entrando por las puertas de Helium.

Nuestros planes anteriores se habían trastornado tan lamentablemente que ahora nos encontrábamos sin comida ni bebida, y yo era el único armado. Por eso apremiamos a nuestros animales a una veloci-

dad que había de pasarles factura antes de que pudiéramos esperar divisar el fin de la primera etapa de nuestro viaje.

Cabalgamos toda la noche y todo el día siguiente con apenas unos breves descansos. La segunda noche tanto nosotros como los animales estábamos completamente rendidos, y así nos tendimos sobre el musgo y dormimos unas cinco o seis horas, reanudando la marcha antes del amanecer. Todo el día siguiente cabalgamos, y cuando, avanzada la tarde, no habíamos divisado ningún árbol lejano, la señal de las grandes vías de agua en todo Barsoom, la terrible verdad nos cayó encima de golpe: estábamos perdidos.

Evidentemente habíamos dado vueltas, pero era difícil decir en qué sentido, y tampoco parecía posible con el sol para guiarnos de día y las lunas y las estrellas de noche. En todo caso no había ninguna vía de agua a la vista, y todo el grupo estaba casi a punto de caer de hambre, sed y fatiga. Muy adelante de nosotros y un poco hacia la derecha distinguimos los contornos de unas montañas bajas. Decidimos intentar alcanzarlas con la esperanza de que desde alguna cresta pudiéramos divisar la vía de agua perdida. La noche cayó sobre nosotros antes de que llegáramos a nuestra meta, y, casi desfallecidos de cansancio y debilidad, nos echamos a dormir.

Desperté temprano por la mañana porque un enorme cuerpo se apretaba contra el mío, y abriendo los ojos de golpe vi a mi bendito viejo Woola acurrucado contra mí; el fiel animal nos había seguido por aquel páramo sin huellas para compartir nuestra suerte, fuera la que fuese. Le rodeé el cuello con los brazos y apreté mi mejilla contra la suya, y no me avergüenzo de haberlo hecho, ni de las lágrimas que me vinieron a los ojos al pensar en su cariño por mí. Poco después despertaron Dejah Thoris y Sola, y se decidió que siguiéramos de inmediato para intentar llegar a las colinas.

Apenas habíamos recorrido un kilómetro y medio cuando noté que mi thoat comenzaba a tropezar y a tambalearse de una manera lastimosa, aunque desde cerca del mediodía anterior no habíamos intenta-

do forzarlos más allá del paso. De pronto dio un bandazo salvaje hacia un lado y cayó violentamente al suelo. Dejah Thoris y yo salimos despedidos lejos de él y caímos sobre el suave musgo casi sin sacudida; pero el pobre animal estaba en un estado lamentable, sin poder siquiera levantarse, aunque ya no cargaba con nuestro peso. Sola me dijo que la frescura de la noche, cuando llegara, junto con el descanso, lo reanimarían sin duda, y así decidí no matarlo, como había sido mi primera intención, pues me parecía cruel dejarlo allí solo para que muriera de hambre y de sed. Le quité los arreos, que arrojé a su lado, dejamos al pobre en su suerte y seguimos como pudimos con el único thoat. Sola y yo íbamos a pie, haciendo montar a Dejah Thoris, muy a su pesar. De este modo habíamos avanzado hasta un kilómetro y medio de las colinas que tratábamos de alcanzar, cuando Dejah Thoris, desde su atalaya sobre el thoat, gritó que veía una gran partida de hombres montados que bajaba en fila por un paso de las colinas, a varios kilómetros de distancia. Sola y yo miramos en la dirección que indicaba, y allí, claramente visibles, había varios cientos de guerreros montados. Parecían dirigirse hacia el suroeste, lo cual los alejaría de nosotros.

Sin duda eran guerreros tharks enviados a capturarnos, y soltamos un gran suspiro de alivio al ver que viajaban en la dirección opuesta. Bajando rápidamente a Dejah Thoris del thoat, ordené al animal que se echara, y los tres hicimos lo mismo, presentando un bulto lo más pequeño posible por miedo de llamar la atención de los guerreros hacia nosotros.

Podíamos verlos mientras salían en fila del paso, solo un instante, antes de perderse de vista tras una cresta amiga; para nosotros una cresta providencial; pues si hubieran estado a la vista durante mucho tiempo, difícilmente habrían dejado de descubrirnos. Cuando el que resultó ser el último guerrero apareció a la vista desde el paso, se detuvo y, para nuestra consternación, se llevó a los ojos su pequeño pero potente anteojo y escudriñó el fondo del mar en todas direcciones. Evidentemente era un jefe, pues en ciertas formaciones de marcha entre

los hombres verdes un jefe cierra la retaguardia de la columna. Cuando su anteojo giró hacia nosotros, el corazón se nos paró en el pecho, y sentí brotar el sudor frío por cada poro de mi cuerpo.

Al poco rato el anteojo giró de lleno hacia nosotros y... se detuvo. La tensión de nuestros nervios estaba a punto de romperse, y dudo que ninguno de nosotros respirara durante los pocos momentos en que nos tuvo cubiertos con su anteojo; y luego lo bajó y pudimos verlo gritar una orden a los guerreros que habían pasado fuera de nuestra vista tras la cresta. Sin embargo, no esperó a que se le unieran, sino que hizo girar su thoat y vino hacia nosotros a una carrera enloquecida.

Solo quedaba una débil posibilidad y había que aprovecharla pronto. Alzando al hombro mi extraño rifle marciano, apunté y toqué el botón que accionaba el gatillo; hubo una explosión seca cuando el proyectil dio en el blanco, y el jefe que cargaba cayó de espaldas de su montura al galope.

Poniéndome de pie de un salto, insté al thoat a levantarse, y dije a Sola que subiera en él con Dejah Thoris y que hicieran un esfuerzo enorme por alcanzar las colinas antes de que los guerreros verdes cayeran sobre nosotros. Sabía que en los barrancos y quebradas podrían encontrar un escondite temporal, y que aunque murieran allí de hambre y de sed sería mejor así que caer en manos de los tharks. Les puse a la fuerza mis dos revólveres como pequeña defensa y, como último recurso, como una salida para ellas mismas del horrible fin que sin duda significaría la recaptura; alcé en brazos a Dejah Thoris y la senté en el thoat detrás de Sola, que ya había montado por mi orden.

«Adiós, princesa mía», susurré, «quizá nos encontremos aún en Helium. He escapado de apuros peores que este», y traté de sonreír mientras mentía.

«¿Cómo?», exclamó ella, «¿no vienes con nosotras?»

«¿Cómo podría, Dejah Thoris? Alguien tiene que contener a esos tipos por un rato, y yo puedo escapar de ellos mejor solo que los tres juntos.»

Ella saltó rápidamente del thoat y, echándome sus queridos brazos al cuello, se volvió hacia Sola diciendo con serena dignidad: «¡Huye, Sola! Dejah Thoris se queda a morir con el hombre que ama».

Esas palabras están grabadas en mi corazón. Ah, con gusto daría mi vida mil veces si pudiera oírlas una vez más; pero entonces no pude dedicar ni un segundo al éxtasis de su dulce abrazo, y apretando mis labios contra los suyos por primera vez, la levanté en vilo y la arrojé de nuevo a su asiento tras Sola, ordenando a esta en tono perentorio que la sujetara allí por la fuerza, y luego, dando una palmada en el flanco al thoat, los vi alejarse; Dejah Thoris forcejeando hasta el último momento para librarse de las manos de Sola.

Al volverme, vi a los guerreros verdes subiendo la cresta y buscando a su jefe. En un momento lo vieron a él, y luego a mí; pero apenas me habían descubierto cuando comencé a disparar, tendido boca abajo sobre el musgo. Tenía cien tiros justos en el cargador de mi rifle, y otros cien en el cinturón a mi espalda, y mantuve una lluvia continua de fuego hasta ver que todos los guerreros que habían sido los primeros en volver de detrás de la cresta estaban muertos o corrían a ponerse a cubierto.

Mi respiro duró poco, sin embargo, pues pronto toda la partida, de unos mil hombres, apareció cargando, corriendo enloquecida hacia mí. Disparé hasta que mi rifle quedó vacío y ellos estaban casi encima, y entonces, una mirada me mostró que Dejah Thoris y Sola habían desaparecido entre las colinas, me puse de pie de un salto, arrojé mi inútil arma y eché a correr en dirección opuesta a la que habían tomado Sola y su protegida.

Si alguna vez los marcianos presenciaron una exhibición de saltos, se les concedió a aquellos asombrados guerreros en aquel día de hace largos años, pero aunque los alejaba de Dejah Thoris no los distraía de su empeño por capturarme.

Corrieron enloquecidos tras de mí hasta que por fin mi pie chocó con un trozo de cuarzo que sobresalía, y caí de bruces sobre el musgo.

Cuando alcé la vista ya estaban sobre mí, y aunque desenvainé mi espada larga en un intento de vender mi vida lo más cara posible, todo terminó pronto. Me tambaleé bajo sus golpes que caían sobre mí en verdaderos torrentes; la cabeza me daba vueltas; todo se volvió negro, y caí bajo ellos en el olvido.

XVIII. Encadenado en Warhoon

Debieron de pasar varias horas antes de que recobrara el conocimiento, y recuerdo bien la sorpresa que me invadió al darme cuenta de que no estaba muerto.

Yacía sobre un montón de sedas y pieles de dormir en el rincón de una pequeña habitación donde había varios guerreros verdes, e inclinada sobre mí había una hembra anciana y fea.

Cuando abrí los ojos, ella se volvió hacia uno de los guerreros y dijo:

«Vivirá, oh jed».

«Está bien», replicó el así interpelado, levantándose y acercándose a mi lecho, «dará un espléndido espectáculo en los grandes juegos».

Y ahora que mis ojos se posaron en él, vi que no era un thark, pues sus adornos y su metal no eran de esa horda. Era un tipo enorme, con terribles cicatrices en la cara y el pecho, un colmillo roto y una oreja de menos. Atados a cada lado del pecho llevaba cráneos humanos, y de ellos colgaban varias manos humanas secas.

Su mención de los grandes juegos, de los que tanto había oído hablar entre los tharks, me convenció de que acababa de saltar del purgatorio a la gehena.

Tras unas pocas palabras más con la hembra, en las cuales ella le aseguró que yo estaba ya del todo en condiciones de viajar, el jed ordenó que montáramos y siguiéramos a la columna principal.

Me ataron con firmeza a un thoat tan salvaje e ingobernable como el que más haya visto, y, con un guerrero montado a cada lado para impedir que la bestia se desbocara, salimos a un paso furioso en persecución de la columna. Mis heridas me dolían poco, tan admirable y rápidamente habían ejercido sus poderes curativos las aplicaciones e inyecciones de la hembra, y con tanta destreza había vendado y emplas-

tado las lesiones.

Poco antes de oscurecer alcanzamos al grueso de las tropas poco después de que hubieran levantado el campamento para la noche. Me llevaron de inmediato ante el jefe, que resultó ser el jeddak de las hordas de Warhoon.

Como el jed que me había traído, estaba espantosamente cubierto de cicatrices, y también adornado con el peto de cráneos humanos y manos muertas secas que parecía distinguir a todos los grandes guerreros de los warhoons, además de indicar su terrible ferocidad, que supera con mucho incluso la de los tharks.

El jeddak, Bar Comas, que era relativamente joven, era objeto del odio feroz y envidioso de su viejo lugarteniente, Dak Kova, el jed que me había capturado, y no pude dejar de notar los esfuerzos casi estudiados que este hacía por afrentar a su superior.

Omitió por completo el saludo formal de costumbre al entrar en presencia del jeddak, y mientras me empujaba bruscamente ante el soberano, exclamó con voz fuerte y amenazante:

«He traído una criatura extraña que lleva el metal de un thark, a quien es mi gusto hacer combatir con un thoat salvaje en los grandes juegos».

«Morirá como Bar Comas, tu jeddak, lo juzgue oportuno, si es que muere», replicó el joven soberano, con énfasis y dignidad.

«¿Si es que muere?», rugió Dak Kova. «¡Por las manos muertas en mi garganta que morirá, Bar Comas! Ninguna debilidad empalagosa de tu parte lo salvará. ¡Oh, ojalá Warhoon fuera gobernada por un verdadero jeddak y no por un debilucho de corazón de agua, al que hasta el viejo Dak Kova podría arrancarle el metal con las manos desnudas!»

Bar Comas miró un instante al desafiante e insubordinado jefe, con una expresión de desprecio y odio altivo y sin miedo, y luego, sin sacar un arma y sin pronunciar palabra, se arrojó sobre la garganta de su difamador.

Nunca antes había visto a dos guerreros marcianos verdes batirse

con las armas de la naturaleza, y la exhibición de ferocidad animal que siguió fue tan espantosa como la más desordenada imaginación pudiera representarse. Se desgarraban los ojos y las orejas con las manos y con sus colmillos relucientes se acuchillaban y se corneaban una y otra vez hasta quedar los dos hechos jirones de la cabeza a los pies.

Bar Comas llevaba con mucho la mejor parte en la pelea, pues era más fuerte, más rápido y más inteligente. Pronto pareció que el combate había terminado, salvo la estocada final, cuando Bar Comas resbaló al zafarse de un cuerpo a cuerpo. Fue la pequeña abertura que Dak Kova necesitaba, y arrojándose contra el cuerpo de su adversario hundió su único y poderoso colmillo en la ingle de Bar Comas y con un último esfuerzo formidable abrió en canal al joven jeddak a lo largo de todo el cuerpo, quedando por fin el gran colmillo atascado en los huesos de la mandíbula de Bar Comas. Vencedor y vencido rodaron inertes y sin vida sobre el musgo, una enorme masa de carne desgarrada y ensangrentada.

Bar Comas estaba muerto del todo, y solo los esfuerzos más hercúleos de las hembras de Dak Kova lo salvaron del destino que merecía. Tres días después caminó sin ayuda hasta el cuerpo de Bar Comas que, según la costumbre, no había sido movido de donde cayó, y poniendo el pie sobre el cuello de su antiguo soberano asumió el título de Jeddak de Warhoon.

Las manos y la cabeza del jeddak muerto fueron cortadas para sumarlas a los adornos de su vencedor, y luego sus mujeres cremaron lo que quedaba, entre risas salvajes y terribles.

Las heridas de Dak Kova habían retrasado tanto la marcha que se decidió abandonar la expedición, que era una incursión contra una pequeña comunidad thark en represalia por la destrucción de la incubadora, hasta después de los grandes juegos, y todo el cuerpo de guerreros, diez mil en total, dio la vuelta hacia Warhoon.

Mi presentación a esta gente cruel y sedienta de sangre no fue sino un índice de las escenas que presencié casi a diario mientras estuve

con ellos. Son una horda más pequeña que los tharks, pero mucho más feroz. No pasaba un día sin que algunos miembros de las diversas comunidades warhoon se enfrentaran en combate mortal. He llegado a ver hasta ocho duelos a muerte en un solo día.

Llegamos a la ciudad de Warhoon tras unos tres días de marcha y de inmediato me arrojaron a una mazmorra y me encadenaron pesadamente al suelo y a las paredes. Me traían comida a intervalos, pero debido a la oscuridad total del lugar no sé si estuve allí días, o semanas, o meses. Fue la experiencia más horrible de toda mi vida, y que mi mente no cediera a los terrores de aquella negrura de tinta ha sido para mí un asombro desde entonces. El lugar estaba lleno de bichos que se arrastraban y reptaban; cuerpos fríos y sinuosos pasaban sobre mí cuando me tendía, y en la oscuridad percibía a veces destellos de ojos relucientes y ardientes, fijos en mí con horrible intensidad. Ningún sonido me llegaba del mundo de arriba, y mi carcelero no se dignaba decir palabra cuando me traía la comida, aunque al principio lo bombardeé con preguntas.

Al final, todo el odio y la repugnancia enloquecida hacia esas horribles criaturas que me habían metido en este espantoso lugar fueron concentrados por mi razón vacilante en este único emisario, que representaba para mí a toda la horda de los warhoons.

Había notado que él siempre avanzaba con su tenue antorcha hasta donde podía poner la comida a mi alcance, y que al agacharse para dejarla en el suelo su cabeza quedaba más o menos a la altura de mi pecho. Así que, con la astucia de un loco, retrocedí hasta el rincón más lejano de mi celda cuando lo oí acercarse la vez siguiente, y recogiendo un poco de la holgura de la gran cadena que me sujetaba, la tomé en la mano y aguardé su llegada, agazapado como una fiera de presa. Cuando se agachó para dejar mi comida en el suelo, hice girar la cadena sobre mi cabeza y estrellé los eslabones con toda mi fuerza sobre su cráneo. Sin un sonido se deslizó al suelo, muerto del todo.

Riendo y farfullando como el idiota en que me estaba convirtiendo

rápidamente, me eché sobre su cuerpo postrado, con los dedos buscando su garganta muerta. Al poco rato dieron con una cadenita de cuyo extremo colgaban varias llaves. El contacto de mis dedos con esas llaves me devolvió la razón con la rapidez del pensamiento. Ya no era un idiota balbuceante, sino un hombre cuerdo y razonador con el medio de escapar en mis propias manos.

Mientras tanteaba para quitar la cadena del cuello de mi víctima, miré hacia arriba en la oscuridad y vi seis pares de ojos relucientes fijos en mí, sin parpadear. Lentamente se acercaron, y lentamente me encogí hacia atrás ante el horror que me causaban. De vuelta en mi rincón me agazapé con las manos extendidas ante mí, con las palmas hacia fuera, y los terribles ojos siguieron avanzando con sigilo hasta llegar al cuerpo muerto que yacía a mis pies. Entonces se retiraron lentamente, pero esta vez con un extraño sonido de roce, y por último desaparecieron en algún negro y lejano recoveco de mi mazmorra.

XIX. Combate en la arena

Poco a poco recobré la calma y por fin intenté de nuevo quitarle las llaves al cadáver de mi antiguo carcelero. Pero al extender la mano en la oscuridad para ubicarlo, descubrí horrorizado que ya no estaba. Entonces la verdad me golpeó: los dueños de aquellos ojos brillantes me habían arrebatado mi presa para devorarla en su guarida vecina, tal como habían estado esperando días, semanas, meses, durante toda esta espantosa eternidad de mi encierro, para arrastrar mi propio cadáver hasta su festín.

Durante dos días no me trajeron comida, pero luego apareció un mensajero nuevo y mi encarcelamiento siguió como antes, aunque no volví a permitir que el horror de mi situación anegara mi razón.

Poco después de este episodio trajeron a otro prisionero y lo encadenaron cerca de mí. A la luz tenue de la antorcha vi que era un marciano rojo, y apenas pude esperar a que sus guardias se marcharan para dirigirme a él. Cuando el ruido de sus pasos se perdió a lo lejos, dije en voz baja el saludo marciano: *kaor*.

«¿Quién eres, que hablas desde la oscuridad?», respondió.

«John Carter, amigo de los hombres rojos de Helium.»

«Yo soy de Helium», dijo, «pero no recuerdo tu nombre.»

Entonces le conté mi historia tal como la he escrito aquí, omitiendo solo cualquier referencia a mi amor por Dejah Thoris. Se emocionó mucho con las noticias de la princesa de Helium y parecía muy seguro de que ella y Sola habían podido llegar sin dificultad a un lugar seguro desde donde me dejaron. Dijo que conocía bien aquel sitio, porque el desfiladero por el que habían pasado los guerreros warhoons cuando nos descubrieron era el único que ellos usaban cuando marchaban hacia el sur.

«Dejah Thoris y Sola entraron en las colinas a menos de ocho kiló-

metros de una gran vía de agua, y ahora probablemente están muy a salvo», me aseguró.

Mi compañero de prisión era Kantos Kan, un padwar (teniente) de la armada de Helium. Había formado parte de la desafortunada expedición que cayó en manos de los tharks cuando capturaron a Dejah Thoris, y me relató brevemente los sucesos que siguieron a la derrota de los acorazados.

Muy maltrechos y con la tripulación incompleta, habían avanzado trabajosamente hacia Helium, pero al pasar cerca de la ciudad de Zodanga, capital de los enemigos hereditarios de Helium entre los hombres rojos de Barsoom, los había atacado una gran flota de naves de guerra, y todas fueron destruidas o capturadas, salvo aquella a la que pertenecía Kantos Kan. Su nave fue perseguida durante días por tres buques de guerra zodanganos, pero al fin escapó en la oscuridad de una noche sin lunas.

Treinta días después de la captura de Dejah Thoris, más o menos cuando nosotros llegamos a Thark, su nave había alcanzado Helium con unos diez sobrevivientes de la tripulación original de setecientos oficiales y soldados. De inmediato se despacharon siete grandes flotas, de cien poderosas naves de guerra cada una, en busca de Dejah Thoris, y desde esas naves se mantuvieron en actividad continua dos mil embarcaciones menores en una búsqueda inútil de la princesa desaparecida.

Dos comunidades de marcianos verdes habían sido borradas de la faz de Barsoom por las flotas vengadoras, pero no se había hallado rastro alguno de Dejah Thoris. Habían buscado entre las hordas del norte, y solo en los últimos días habían extendido la búsqueda hacia el sur.

Kantos Kan había sido asignado a una de las pequeñas naves aéreas de un solo tripulante y había tenido la desgracia de ser descubierto por los warhoons mientras exploraba su ciudad. La valentía y la audacia de aquel hombre me ganaron mi más profundo respeto y admira-

ción. Había aterrizado solo en el límite de la ciudad y a pie se había internado hasta los edificios que rodeaban la plaza. Durante dos días y dos noches había explorado sus barrios y sus mazmorras en busca de su amada princesa, y cayó en manos de una partida de warhoons justo cuando se disponía a marcharse, después de asegurarse de que Dejah Thoris no estaba cautiva allí.

Durante el tiempo de nuestro encierro, Kantos Kan y yo nos conocimos bien y trabamos una cálida amistad personal. Sin embargo, pasaron solo unos pocos días antes de que nos sacaran a rastras de la mazmorra para los grandes juegos. Una mañana temprano nos llevaron a un enorme anfiteatro que, en vez de estar construido sobre la superficie del suelo, estaba excavado bajo ella. Se había llenado en parte de escombros, de modo que era difícil decir cuán grande había sido en un principio. En su estado actual albergaba a los veinte mil warhoons de las hordas reunidas.

La arena era inmensa, pero sumamente despareja y descuidada. A su alrededor los warhoons habían amontonado piedra de construcción tomada de algunos edificios en ruinas de la antigua ciudad, para impedir que los animales y los cautivos escaparan hacia el público, y en cada extremo habían levantado jaulas para retenerlos hasta que les llegara el turno de enfrentar alguna muerte horrible en la arena.

Kantos Kan y yo fuimos encerrados juntos en una de las jaulas. En las otras había calots salvajes, thoats, zitidars enfurecidos, guerreros verdes y mujeres de otras hordas, y muchas fieras extrañas y feroces de Barsoom que yo no había visto nunca. El estruendo de sus rugidos, gruñidos y chillidos era ensordecedor, y el aspecto formidable de cualquiera de ellas bastaba para llenar de graves presentimientos al corazón más valiente.

Kantos Kan me explicó que al final del día uno de esos prisioneros ganaría la libertad y los demás yacerían muertos en la arena. Los vencedores de los distintos combates del día serían enfrentados entre sí hasta que quedaran vivos solo dos; el vencedor del último encuentro

quedaría libre, fuera animal u hombre. A la mañana siguiente las jaulas se llenarían con un nuevo cargamento de víctimas, y así durante los diez días de los juegos.

Poco después de que nos encerraran, el anfiteatro empezó a llenarse y en una hora estaba ocupado cada rincón disponible de las gradas. Dak Kova, con sus jeds y jefes, se sentó en el centro de uno de los lados de la arena, sobre una gran plataforma elevada.

A una señal de Dak Kova se abrieron las puertas de dos jaulas y una docena de hembras de marcianos verdes fue empujada al centro de la arena. A cada una le dieron una daga y luego, en el extremo opuesto, soltaron contra ellas una jauría de doce calots, o perros salvajes.

Mientras las bestias, gruñendo y espumando, se lanzaban sobre las mujeres casi indefensas, yo volví la cabeza para no ver el horrible espectáculo. Los alaridos y las risas de la horda verde daban fe de la excelente calidad del deporte, y cuando volví a mirar la arena, porque Kantos Kan me dijo que ya había terminado, vi tres calots victoriosos que gruñían y rezongaban sobre los cuerpos de sus presas. Las mujeres se habían defendido muy bien.

Luego soltaron un zitidar enfurecido entre los perros que quedaban, y así siguió el largo, caluroso y horrible día.

Durante el día me enfrentaron primero a hombres y luego a fieras, pero como estaba armado con una espada larga y siempre superaba a mi adversario en agilidad y por lo general también en fuerza, no fue para mí más que un juego de niños. Una y otra vez me gané el aplauso de la sanguinaria multitud, y hacia el final se oyeron gritos pidiendo que me sacaran de la arena y me hicieran miembro de las hordas de Warhoon.

Por fin quedamos solo tres: un gran guerrero verde de alguna horda del lejano norte, Kantos Kan y yo.

Los otros dos debían combatir y luego yo pelearía contra el vencedor por la libertad que se concedía al último ganador.

Kantos Kan había luchado varias veces durante el día y, como yo, había salido siempre victorioso, aunque a veces por el margen más estrecho, sobre todo contra los guerreros verdes. Yo tenía pocas esperanzas de que pudiera vencer a su gigantesco adversario, que había derribado a todos los que se le pusieron enfrente durante el día. El sujeto medía casi cinco metros de altura, mientras que Kantos Kan no llegaba a los 1,80 m por unos centímetros. Cuando avanzaron para encontrarse, vi por primera vez un truco de la esgrima marciana que cifraba toda la esperanza de victoria y de vida de Kantos Kan en una sola jugada de dados, pues, al llegar a unos seis metros del enorme sujeto, echó el brazo de la espada muy atrás por encima del hombro y, con un poderoso movimiento, lanzó su arma con la punta por delante contra el guerrero verde. Voló certera como una flecha y, atravesando el corazón del pobre diablo, lo dejó muerto en la arena.

Kantos Kan y yo fuimos ahora enfrentados el uno contra el otro, pero mientras nos acercábamos al combate le susurré que alargara la lucha hasta casi el anochecer, con la esperanza de que encontráramos algún modo de escapar. La horda evidentemente adivinó que no teníamos ánimo para pelear entre nosotros, y aullaron de rabia porque ninguno de los dos daba una estocada mortal. Justo cuando vi que la oscuridad estaba por llegar de golpe, le susurré a Kantos Kan que hundiera su espada entre mi brazo izquierdo y mi cuerpo. Así lo hizo, y yo retrocedí tambaleándome, apretando con fuerza la espada con el brazo, y caí así al suelo con su arma aparentemente clavada en mi pecho. Kantos Kan comprendió mi golpe maestro y, acercándose rápidamente a mi lado, puso el pie sobre mi cuello y, retirando su espada de mi cuerpo, me dio el golpe mortal final en el cuello, que se supone que corta la vena yugular, pero esta vez la fría hoja se deslizó sin daño sobre la arena. En la oscuridad que ya había caído, nadie podía saber si no me había rematado de verdad. Le susurré que fuera a reclamar su libertad y que luego me buscara en las colinas al este de la ciudad, y así se alejó de mí.

Cuando el anfiteatro se vació, trepé sigilosamente hasta lo alto y, como la gran excavación quedaba lejos de la plaza y en una parte despoblada de la gran ciudad muerta, tuve poca dificultad para llegar a las colinas del otro lado.

XX. En la fábrica de atmósfera

Durante dos días esperé allí a Kantos Kan, pero como no llegó, partí a pie en dirección noroeste hacia un punto donde él me había dicho que quedaba la vía de agua más cercana. Mi único alimento era la leche vegetal de las plantas que daban tan generosamente ese fluido inapreciable.

Vagué durante dos largas semanas, tropezando por las noches, guiado solo por las estrellas, y escondiéndome de día tras alguna roca saliente o entre las pocas colinas que crucé. Varias veces me atacaron fieras salvajes, monstruosidades extrañas y toscas que saltaban sobre mí en la oscuridad, de modo que debía llevar siempre la espada larga en la mano para estar listo. Por lo general mi extraño poder telepático, recién adquirido, me advertía con tiempo de sobra, pero una vez ya estaba caído, con unos colmillos feroces en la yugular y una cara peluda pegada a la mía, antes de saber siquiera que estaba amenazado.

No supe qué clase de ser tenía encima, pero sentí que era grande, pesado y de muchas patas. Mis manos estaban en su garganta antes de que los colmillos tuvieran ocasión de hundirse en mi cuello, y poco a poco aparté de mí la cara peluda y cerré los dedos, como un tornillo de banco, sobre su tráquea.

Sin emitir sonido alguno, allí quedamos tendidos, la bestia haciendo todo lo posible por alcanzarme con esos terribles colmillos, y yo esforzándome por mantener mi presa y estrangularla mientras la alejaba de mi garganta. Poco a poco mis brazos cedieron en la lucha desigual, y pulgada a pulgada los ojos ardientes y los colmillos relucientes de mi adversario se fueron acercando, hasta que, cuando la cara peluda volvió a tocar la mía, comprendí que todo había terminado. Y entonces una masa viva de destrucción saltó desde la oscuridad circundante, de lleno sobre la criatura que me tenía inmovilizado contra el sue-

lo. Los dos rodaron gruñendo sobre el musgo, desgarrándose y destrozándose de manera espantosa, pero pronto terminó todo, y mi salvador quedó de pie, con la cabeza baja, sobre la garganta de la cosa muerta que habría acabado conmigo.

La luna más cercana, que se lanzó de pronto sobre el horizonte e iluminó el paisaje barsoomiano, me mostró que mi salvador era Woola, pero de dónde había venido o cómo me había encontrado, no lo sabía. Que me alegró su compañía es innecesario decirlo, pero mi gusto al verlo se vio empañado por la ansiedad de saber por qué había dejado a Dejah Thoris. Solo su muerte, estaba seguro, podía explicar que se hubiera apartado de ella, tan fiel como lo sabía a mis órdenes.

A la luz de las lunas, ya brillantes, vi que no era más que la sombra de lo que había sido, y cuando se apartó de mi caricia y empezó a devorar con avidez el cadáver que yacía a mis pies, comprendí que el pobre estaba más que medio muerto de hambre. Yo mismo no estaba mucho mejor, pero no lograba decidirme a comer la carne cruda, y no tenía cómo hacer fuego. Cuando Woola terminó su comida, retomé mi fatigosa y al parecer interminable marcha en busca de la esquiva vía de agua.

Al amanecer del decimoquinto día de mi búsqueda me alegré enormemente al ver los altos árboles que señalaban lo que buscaba. Hacia el mediodía me arrastré, extenuado, hasta los portales de un enorme edificio que cubría quizás unos diez kilómetros cuadrados y se alzaba unos sesenta metros en el aire. No mostraba otra abertura en sus poderosos muros que la diminuta puerta junto a la cual me desplomé agotado, ni había ninguna señal de vida alrededor.

No pude hallar timbre ni otro modo de avisar mi presencia a los habitantes del lugar, a menos que fuera para eso un pequeño agujero redondo en el muro, cerca de la puerta. Tenía el grosor aproximado de un lápiz de mina, y pensando que podía ser una especie de tubo acústico, acerqué la boca y me disponía a llamar por él cuando una voz salió de allí preguntándome quién era, de dónde venía y cuál era el moti-

vo de mi visita.

Expliqué que había escapado de los warhoons y que me moría de hambre y agotamiento.

«Usted lleva el metal de un guerrero verde y lo sigue un calot, y sin embargo tiene la figura de un hombre rojo. Por el color no es ni verde ni rojo. En nombre del noveno rayo, ¿qué clase de criatura es usted?»

«Soy amigo de los hombres rojos de Barsoom y me muero de hambre. En nombre de la humanidad, ábranos», respondí.

Al poco rato la puerta empezó a retroceder ante mí hasta hundirse quince metros en el muro; entonces se detuvo y se deslizó con suavidad hacia la izquierda, dejando ver un corredor corto y angosto de hormigón, en cuyo otro extremo había otra puerta, igual en todo a la que acababa de pasar. No se veía a nadie, pero apenas cruzamos la primera puerta, esta se deslizó suavemente a su sitio tras nosotros y retrocedió con rapidez hasta su posición original en el muro frontal del edificio. Mientras la puerta se corría, yo había notado su gran espesor, de unos buenos seis metros, y al volver a su lugar después de cerrarse a nuestras espaldas, unos grandes cilindros de acero habían caído del techo tras ella y encajado sus extremos inferiores en aberturas hundidas en el piso.

Una segunda y una tercera puerta retrocedieron ante mí y se deslizaron a un lado, como la primera, antes de que llegara a una gran cámara interior donde encontré comida y bebida dispuestas sobre una gran mesa de piedra. Una voz me indicó que saciara mi hambre y diera de comer a mi calot, y mientras estaba en eso, mi anfitrión invisible me sometió a un interrogatorio severo y minucioso.

«Sus afirmaciones son muy notables», dijo la voz al concluir sus preguntas, «pero es evidente que dice la verdad, y es igualmente evidente que usted no es de Barsoom. Lo noto por la conformación de su cerebro, la extraña ubicación de sus órganos internos y la forma y el tamaño de su corazón.»

«¿Puede ver a través de mí?», exclamé.

«Sí, puedo ver todo salvo sus pensamientos, y si fuera barsoomiano también podría leerlos.»

Entonces se abrió una puerta en el extremo opuesto de la cámara y se me acercó un hombrecillo extraño, seco, como una momia. Llevaba una sola prenda de vestir o adorno, un pequeño collar de oro del que le pendía sobre el pecho un gran adorno del tamaño de un plato llano, cuajado de enormes diamantes, salvo el centro exacto, que ocupaba una piedra extraña, de dos centímetros y medio de diámetro, que centelleaba con nueve rayos distintos y diferenciados: los siete colores de nuestro prisma terrestre y dos hermosos rayos que, para mí, eran nuevos y no tenían nombre. No puedo describirlos, como usted tampoco podría describirle el rojo a un ciego. Solo sé que eran de una belleza extrema.

El anciano se sentó y conversó conmigo durante horas, y lo más extraño de nuestro trato era que yo podía leer todos sus pensamientos mientras él no podía sondear ni una pizca de mi mente a menos que yo hablara.

No le hice saber que podía percibir sus operaciones mentales, y así me enteré de muchas cosas que me resultaron de inmenso valor más tarde y que jamás habría sabido si él hubiera sospechado de mi extraño poder, pues los marcianos tienen un control tan perfecto de su maquinaria mental que pueden dirigir sus pensamientos con absoluta precisión.

El edificio en que me encontraba contenía la maquinaria que produce esa atmósfera artificial que sustenta la vida en Marte. El secreto de todo el proceso depende del uso del noveno rayo, uno de los hermosos destellos que yo había notado que emanaban de la gran piedra de la diadema de mi anfitrión.

Este rayo se separa de los demás rayos del sol por medio de instrumentos finamente ajustados colocados en el techo del enorme edificio, cuyas tres cuartas partes se destinan a depósitos donde se almacena el noveno rayo. Este producto se trata luego eléctricamente, o más bien

se le incorporan ciertas proporciones de vibraciones eléctricas refinadas, y el resultado se bombea a los cinco centros principales de aire del planeta donde, al liberarse, el contacto con el éter del espacio lo transforma en atmósfera.

En el gran edificio hay siempre una reserva suficiente del noveno rayo para mantener la actual atmósfera marciana durante mil años, y el único temor, según me dijo mi nuevo amigo, era que algún accidente afectara el aparato de bombeo.

Me condujo a una cámara interior donde vi una batería de veinte bombas de radio, cualquiera de las cuales bastaba para abastecer a todo Marte del compuesto atmosférico. Durante ochocientos años, me dijo, había vigilado esas bombas, que se usan por turnos, de a un día cada una, o un poco más de veinticuatro horas y media terrestres. Tiene un ayudante con quien se reparte la guardia. Medio año marciano, unos trescientos cuarenta y cuatro de nuestros días, pasa cada uno de esos hombres solo en esta enorme planta aislada.

A todo marciano rojo se le enseñan desde la más tierna infancia los principios de la fabricación de atmósfera, pero solo dos a la vez poseen el secreto para entrar al gran edificio, que, construido como está con muros de cuarenta y cinco metros de espesor, es absolutamente inexpugnable, y hasta el techo está protegido de los asaltos de naves aéreas por una cubierta de vidrio de metro y medio de espesor.

El único ataque que temen es el de los marcianos verdes o el de algún hombre rojo demente, pues todos los barsoomianos comprenden que la existencia misma de toda forma de vida en Marte depende del funcionamiento ininterrumpido de esta planta.

Un hecho curioso que descubrí al observar sus pensamientos fue que las puertas exteriores se manejan por medios telepáticos. Las cerraduras están tan finamente ajustadas que las puertas se liberan por la acción de cierta combinación de ondas de pensamiento. Para probar mi juguete recién hallado, pensé en sorprenderlo para que revelara esa combinación, y así le pregunté con aire casual cómo había logrado

abrirme las macizas puertas desde las cámaras interiores del edificio. Rápido como un relámpago saltaron a su mente nueve sonidos marcianos, pero igual de rápido se desvanecieron cuando respondió que ese era un secreto que no debía divulgar.

Desde entonces su actitud hacia mí cambió, como si temiera haber sido sorprendido y haber revelado su gran secreto, y leí sospecha y temor en sus miradas y en sus pensamientos, aunque sus palabras seguían siendo amables.

Antes de que me retirara a dormir, me prometió darme una carta para un funcionario agrícola cercano que me ayudaría en mi camino a Zodanga, la cual, dijo, era la ciudad marciana más próxima.

«Pero cuide de no dejarles saber que va rumbo a Helium, pues están en guerra con ese país. Mi ayudante y yo no somos de ningún país, pertenecemos a todo Barsoom, y este talismán que llevamos nos protege en todas las tierras, incluso entre los hombres verdes (aunque no nos fiamos de caer en sus manos si podemos evitarlo)», agregó.

«Y así, buenas noches, amigo mío», continuó, «que tenga un sueño largo y reparador. Sí, un sueño largo.»

Y aunque sonreía con amabilidad, vi en sus pensamientos el deseo de no haberme admitido jamás, y luego una imagen de él de pie sobre mí durante la noche, y el rápido golpe de una daga larga y las palabras a medio formar: «Lo siento, pero es por el bien supremo de Barsoom.»

Cuando cerró tras de sí la puerta de mi cámara, sus pensamientos quedaron cortados para mí, igual que su vista, lo cual me pareció extraño dentro de mi poco conocimiento de la transferencia de pensamiento.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podía escapar a través de esos poderosos muros? Podía matarlo con facilidad ahora que estaba advertido, pero una vez muerto yo ya no podría escapar, y con la detención de la maquinaria de la gran planta moriría con todos los demás habitantes del planeta, todos, incluso Dejah Thoris, si es que no estaba ya muerta.

Por los otros no me importaba un bledo, pero el pensamiento de Dejah Thoris borró de mi mente todo deseo de matar a mi equivocado anfitrión.

Con cautela abrí la puerta de mi aposento y, seguido por Woola, busqué la más interior de las grandes puertas. Se me había ocurrido un plan descabellado: intentaría forzar las grandes cerraduras con las nueve ondas de pensamiento que había leído en la mente de mi anfitrión.

Deslizándome sigilosamente por corredor tras corredor y por rampas sinuosas que giraban de un lado a otro, llegué por fin al gran salón donde había roto mi largo ayuno aquella mañana. En ninguna parte había visto a mi anfitrión, ni sabía dónde se mantenía de noche.

Estaba a punto de entrar resueltamente en la sala cuando un leve ruido a mis espaldas me hizo retroceder a la sombra de un hueco del corredor. Arrastrando a Woola conmigo, me agazapé en la oscuridad.

Al poco rato el anciano pasó muy cerca de mí, y al entrar en la cámara de luz tenue que yo había estado a punto de cruzar, vi que tenía en la mano una daga larga y delgada y que la estaba afilando en una piedra. En su mente estaba la decisión de inspeccionar las bombas de radio, lo que le tomaría unos treinta minutos, y luego volver a mi dormitorio y acabar conmigo.

Mientras cruzaba el gran salón y desaparecía por la rampa que llevaba a la sala de bombas, salí con sigilo de mi escondite y crucé hasta la gran puerta, la más interior de las tres que se interponían entre la libertad y yo.

Concentrando mi mente en la maciza cerradura, lancé contra ella las nueve ondas de pensamiento. Esperé conteniendo el aliento, hasta que por fin la gran puerta se movió suavemente hacia mí y se deslizó sin ruido a un lado. Una tras otra, las demás poderosas puertas se abrieron a mi mandato, y Woola y yo salimos a la oscuridad, libres, pero poco mejor que antes, salvo por tener el estómago lleno.

Alejándome a toda prisa de las sombras de la formidable mole, me

dirigí al primer cruce de caminos, con la intención de alcanzar la carretera central lo antes posible. Llegué a ella hacia la mañana y, entrando en el primer recinto que encontré, busqué algún indicio de vivienda.

Había edificios bajos y extensos de hormigón, atrancados con pesadas puertas infranqueables, y por más que golpeé y llamé a voces, no hubo respuesta. Cansado y agotado por la falta de sueño, me tiré al suelo y ordené a Woola montar guardia.

Algún tiempo después me despertaron sus espantosos gruñidos, y al abrir los ojos vi a tres marcianos rojos parados a corta distancia de nosotros, apuntándome con sus rifles.

«No estoy armado y no soy enemigo», me apresuré a explicar. «He sido prisionero entre los hombres verdes y voy camino a Zodanga. Lo único que pido es comida y descanso para mí y para mi calot, y las indicaciones correctas para llegar a mi destino.»

Bajaron los rifles y se me acercaron amistosamente, poniéndome la mano derecha sobre el hombro izquierdo, según su costumbre de saludo, y haciéndome muchas preguntas sobre mí y mis andanzas. Luego me llevaron a la casa de uno de ellos, que estaba a corta distancia.

Los edificios contra los que había estado golpeando al amanecer estaban ocupados solo por ganado y productos de la granja; la casa propiamente dicha se alzaba entre un bosquecillo de árboles enormes y, como todos los hogares de los marcianos rojos, había sido elevada durante la noche unos doce a quince metros del suelo sobre un gran eje redondo de metal que subía o bajaba dentro de una funda hundida en la tierra, y era accionado por un diminuto motor de radio en el vestíbulo del edificio. En vez de molestarse con cerrojos y barrotes para sus viviendas, los marcianos rojos simplemente las suben fuera de peligro durante la noche. También tienen medios privados para bajarlas o subirlas desde el suelo, por fuera, si quieren irse y dejarlas.

Estos hermanos, con sus esposas e hijos, ocupaban tres casas semejantes en esta granja. Ellos mismos no hacían trabajo alguno, pues eran funcionarios del gobierno a cargo. El trabajo lo realizaban presi-

diarios, prisioneros de guerra, deudores morosos y solteros empedernidos que eran demasiado pobres para pagar el alto impuesto al celibato que imponen todos los gobiernos de los marcianos rojos.

Eran la personificación de la cordialidad y la hospitalidad, y pasé varios días con ellos, descansando y reponiéndome de mis largas y arduas experiencias.

Cuando oyeron mi historia (omití toda referencia a Dejah Thoris y al anciano de la planta de atmósfera), me aconsejaron que me tiñera el cuerpo para parecerme más a su raza y luego intentara hallar empleo en Zodanga, ya fuera en el ejército o en la armada.

«Es poco probable que crean su relato hasta que haya demostrado ser digno de confianza y haya ganado amigos entre los nobles más altos de la corte. Esto lo puede lograr con más facilidad mediante el servicio militar, pues somos un pueblo guerrero en Barsoom», explicó uno de ellos, «y reservamos nuestros mayores favores para el hombre de armas.»

Cuando estuve listo para partir, me proporcionaron un pequeño thoat macho doméstico, de los que usan para montar todos los marcianos rojos. El animal es más o menos del tamaño de un caballo y bastante manso, pero en color y forma es una réplica exacta de su enorme y feroz primo de las tierras salvajes.

Los hermanos me habían dado un aceite rojizo con el que me unté todo el cuerpo, y uno de ellos me cortó el cabello, que me había crecido bastante, a la moda de la época, cuadrado atrás y con flequillo adelante, de modo que podía pasar en cualquier parte de Barsoom por un marciano rojo hecho y derecho. También renové mi metal y mis adornos al estilo de un caballero zodangano, adscrito a la casa de Ptor, que era el apellido de mis benefactores.

Llenaron una pequeña bolsa a mi costado con dinero zodangano. El medio de intercambio en Marte no es muy distinto del nuestro, salvo que las monedas son ovaladas. El papel moneda lo emiten los particulares según lo necesitan y se redime dos veces al año. Si un hombre

emite más de lo que puede redimir, el gobierno paga a sus acreedores por completo y el deudor salda la suma trabajando en las granjas o en las minas, que son todas propiedad del gobierno. Esto conviene a todos salvo al deudor, pues ha sido difícil conseguir suficiente mano de obra voluntaria para trabajar las grandes tierras agrícolas aisladas de Marte, que se extienden como estrechas cintas de polo a polo, a través de parajes salvajes poblados de animales salvajes y de hombres más salvajes aún.

Cuando mencioné que no podía pagarles su bondad, me aseguraron que tendría de sobra la oportunidad si vivía mucho tiempo en Barsoom, y despidiéndose de mí me observaron hasta que me perdí de vista en la ancha carretera blanca.

XXI. Un explorador aéreo para Zodanga

Mientras avanzaba en mi viaje hacia Zodanga, muchas visiones extrañas e interesantes llamaron mi atención, y en las diversas granjas donde me detuve aprendí numerosas cosas nuevas e instructivas sobre los métodos y las costumbres de Barsoom.

El agua que abastece las granjas de Marte se recoge en inmensos depósitos subterráneos en cada uno de los polos, a partir del deshielo de los casquetes, y se bombea por largos conductos hasta los distintos centros poblados. A ambos lados de estos conductos, y a todo lo largo de ellos, se extienden los distritos cultivados. Están divididos en parcelas de tamaño más o menos igual, y cada parcela está bajo la vigilancia de uno o más funcionarios del gobierno.

En lugar de inundar la superficie de los campos, y desperdiciar así enormes cantidades de agua por evaporación, el precioso líquido se lleva bajo tierra, por una vasta red de pequeñas tuberías, directamente hasta las raíces de las plantas. Las cosechas de Marte son siempre parejas, pues allí no hay sequías ni lluvias ni vientos fuertes ni insectos ni aves que destruyan.

En este viaje probé la primera carne que comía desde que dejé la Tierra: grandes y jugosos bistecs y chuletas de los animales domésticos bien alimentados de las granjas. También disfruté de frutas y verduras deliciosas, pero ni un solo alimento que fuera exactamente igual a algo de la Tierra. Cada planta, flor, hortaliza y animal ha sido refinado por épocas de cuidadoso cultivo y cría científicos, de tal modo que sus equivalentes terrestres quedaban reducidos, en comparación, a una nada pálida, gris y sin carácter.

En una segunda parada conocí a algunas personas muy cultas de la clase noble y, mientras conversábamos, nos ocurrió hablar de Helium. Uno de los hombres mayores había estado allí en una misión diplomá-

tica varios años antes y habló con pesar de las circunstancias que parecían destinadas a mantener siempre en guerra a estos dos países.

«Helium», dijo, «se jacta con razón de tener las mujeres más hermosas de Barsoom, y de todos sus tesoros la maravillosa hija de Mors Kajak, Dejah Thoris, es la flor más exquisita.

»Es más», añadió, «la gente adora de veras el suelo que ella pisa, y desde que la perdieron en esa expedición aciaga todo Helium está cubierto de luto.

»Que nuestro gobernante haya atacado a la flota averiada cuando volvía a Helium fue otro de sus terribles errores, que me temo que tarde o temprano obligarán a Zodanga a poner en su lugar a un hombre más sabio».

«Incluso ahora, aunque nuestros ejércitos victoriosos rodean Helium, el pueblo de Zodanga manifiesta su descontento, pues la guerra no es popular, ya que no se funda en el derecho ni en la justicia. Nuestras fuerzas aprovecharon la ausencia de la flota principal de Helium, que salió en busca de la princesa, y así hemos podido reducir con facilidad la ciudad a un estado lastimoso. Se dice que caerá dentro de los próximos pasos de la luna más lejana».

«¿Y qué cree usted que pudo ser de la princesa Dejah Thoris?», pregunté con la mayor naturalidad que pude.

«Está muerta», respondió. «Eso se supo por un guerrero verde capturado hace poco por nuestras fuerzas en el sur. Escapó de las hordas de Thark con una extraña criatura de otro mundo, solo para caer en manos de los warhoons. Sus thoats fueron encontrados vagando por el fondo del mar y cerca de allí se descubrieron señales de un combate sangriento».

Aunque esta información no era en absoluto tranquilizadora, tampoco constituía una prueba concluyente de la muerte de Dejah Thoris, así que resolví hacer todo el esfuerzo posible por llegar a Helium lo antes que pudiera y llevar a Tardos Mors las noticias que estuvieran a mi alcance sobre el posible paradero de su nieta.

Diez días después de dejar a los tres hermanos Ptor, llegué a Zodanga. Desde el momento en que entré en contacto con los habitantes rojos de Marte había notado que Woola atraía sobre mí una gran cantidad de atención indeseada, pues el enorme animal pertenecía a una especie que los hombres rojos nunca domestican. Si alguien paseara por Broadway con un león de Numidia pisándole los talones, el efecto sería muy parecido al que yo habría producido de haber entrado en Zodanga con Woola.

La sola idea de separarme del fiel compañero me causaba tanto pesar y tan sincera pena que lo fui aplazando hasta justo antes de llegar a las puertas de la ciudad; pero entonces, por fin, se hizo imperioso que nos separáramos. Si en juego hubiera estado nada más que mi propia seguridad o mi gusto, ningún argumento me habría convencido de alejar a la única criatura de Barsoom que nunca había dejado de mostrarme cariño y lealtad; pero como yo habría ofrecido de buena gana mi vida al servicio de aquella en cuya busca iba a desafiar los peligros desconocidos de esta ciudad, para mí misteriosa, no podía permitir que ni siquiera la vida de Woola amenazara el éxito de mi empresa, y mucho menos su felicidad momentánea, pues no dudaba de que pronto me olvidaría. Así que me despedí afectuosamente del pobre animal, prometiéndole, sin embargo, que si salía con bien de mi aventura, de algún modo encontraría la manera de buscarlo.

Pareció entenderme por completo y, cuando señalé en dirección a Thark, se alejó con tristeza, y yo no pude soportar verlo marchar; pero con resolución puse el rostro hacia Zodanga y, con una punzada de angustia en el corazón, me acerqué a sus murallas de aspecto amenazador.

La carta que traía de parte de ellos me procuró entrada inmediata a la vasta ciudad amurallada. Todavía era muy temprano por la mañana y las calles estaban prácticamente desiertas. Las residencias, levantadas en alto sobre sus columnas de metal, parecían enormes colonias de grajos, mientras que los propios soportes tenían el aspecto de tron-

cos de árboles de acero. Las tiendas, por regla general, no estaban elevadas del suelo ni sus puertas tenían cerrojos ni barras, pues el robo es prácticamente desconocido en Barsoom. El asesinato es el temor siempre presente de todos los barsoomianos, y solo por eso sus hogares se elevan muy por encima del suelo durante la noche o en tiempos de peligro.

Los hermanos Ptor me habían dado indicaciones precisas para llegar al punto de la ciudad donde podría encontrar alojamiento y estar cerca de las oficinas de los agentes del gobierno a quienes me habían dado cartas. Mi camino llevaba a la plaza central, que es característica de todas las ciudades marcianas.

La plaza de Zodanga abarca unos 2,6 kilómetros cuadrados y está rodeada por los palacios del jeddak, los jeds y otros miembros de la realeza y la nobleza de Zodanga, así como por los principales edificios públicos, cafés y tiendas.

Mientras cruzaba la gran plaza, perdido en el asombro y la admiración ante la magnífica arquitectura y la espléndida vegetación escarlata que alfombraba los amplios prados, descubrí a un marciano rojo que venía caminando con brío hacia mí desde una de las avenidas. No me prestó la menor atención, pero cuando pasó a mi lado lo reconocí y, volviéndome, le puse la mano en el hombro y exclamé:

«¡Kaor, Kantos Kan!».

Como un rayo giró sobre sus talones y, antes de que yo alcanzara siquiera a bajar la mano, la punta de su espada larga estaba en mi pecho.

«¿Quién eres?», gruñó; y entonces, cuando un salto hacia atrás me llevó a quince metros de su espada, bajó la punta al suelo y exclamó riendo:

«No necesito mejor respuesta; en todo Barsoom hay un solo hombre que puede rebotar como una pelota de goma. Por la madre de la luna más lejana, John Carter, ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿Te has vuelto un darseen para poder cambiar de color a voluntad?».

«Me hiciste pasar un mal medio minuto, amigo mío», continuó, después de que yo le resumiera mis aventuras desde que nos separamos en la arena de Warhoon. «Si los zodanganos conocieran mi nombre y mi ciudad, pronto estaría sentado a orillas del mar perdido de Korus con mis venerados antepasados difuntos. Estoy aquí al servicio de Tardos Mors, Jeddak de Helium, para descubrir el paradero de Dejah Thoris, nuestra princesa. Sab Than, príncipe de Zodanga, la tiene escondida en la ciudad y se ha enamorado locamente de ella. Su padre, Than Kosis, Jeddak de Zodanga, ha puesto como precio de la paz entre nuestros países que ella se case por voluntad propia con su hijo, pero Tardos Mors no accederá a esas exigencias y ha mandado decir que él y su pueblo preferirían ver el rostro muerto de su princesa antes que verla casada con otro que no sea el de su elección, y que él, personalmente, preferiría verse sepultado bajo las cenizas de un Helium perdido y en llamas antes que unir el metal de su casa con el de Than Kosis. Su respuesta fue el insulto más mortal que pudo dirigir a Than Kosis y a los zodanganos, pero su pueblo lo quiere más por ello y su fuerza en Helium es hoy mayor que nunca.

»Llevo aquí tres días», prosiguió Kantos Kan, «pero aún no he descubierto dónde está prisionera Dejah Thoris. Hoy entro en la armada zodangana como explorador aéreo y espero ganarme así la confianza de Sab Than, el príncipe, que es comandante de esta división de la armada, y averiguar de ese modo el paradero de Dejah Thoris. Me alegro de que estés aquí, John Carter, pues conozco tu lealtad hacia mi princesa y dos hombres que trabajen juntos deberían poder lograr mucho».

La plaza empezaba ya a llenarse de gente que iba y venía en las actividades diarias de sus deberes. Las tiendas abrían y los cafés se llenaban de parroquianos madrugadores. Kantos Kan me condujo a uno de esos esplendorosos locales para comer, donde nos atendió por completo un aparato mecánico. Ninguna mano tocaba la comida desde que entraba al edificio en estado crudo hasta que salía caliente y deliciosa sobre las mesas, ante los clientes, en respuesta a la pulsación de unos

botoncitos con los que indicaban sus deseos.

Después de la comida, Kantos Kan me llevó consigo al cuartel general del escuadrón de exploradores aéreos y, presentándome a su superior, pidió que me incorporaran como miembro del cuerpo. Según la costumbre, era necesario un examen, pero Kantos Kan me había dicho que no temiera por eso, pues él se encargaría de esa parte del asunto. Lo logró llevando mi orden de examen al oficial examinador y haciéndose pasar por John Carter.

«Esta treta se descubrirá más adelante», explicó con buen humor, «cuando comprueben mi peso, mis medidas y otros datos personales de identificación, pero pasarán varios meses antes de que eso se haga, y nuestra misión debería haberse cumplido o haber fracasado mucho antes de entonces».

Los días siguientes los empleó Kantos Kan en enseñarme los pormenores del vuelo y de la reparación de los delicados artefactillos que los marcianos usan con este fin. El cuerpo de la nave aérea individual mide unos cinco metros de largo, unos sesenta centímetros de ancho y unos ocho de grosor, y se afina hasta terminar en punta en cada extremo. El piloto va sentado encima de este plano, en un asiento construido sobre el pequeño y silencioso motor de radio que lo impulsa. El medio de flotación está contenido dentro de las delgadas paredes metálicas del cuerpo y consiste en el octavo rayo barsoomiano, o rayo de propulsión, como podría llamarse en vista de sus propiedades.

Este rayo, como el noveno rayo, es desconocido en la Tierra, pero los marcianos han descubierto que es una propiedad inherente a toda luz, sea cual sea la fuente de la que emane. Han aprendido que es el octavo rayo solar el que impulsa la luz del Sol hacia los distintos planetas, y que es el octavo rayo individual de cada planeta el que «refleja», o impulsa de nuevo hacia el espacio, la luz así recibida. El octavo rayo solar sería absorbido por la superficie de Barsoom, pero el octavo rayo barsoomiano, que tiende a impulsar la luz de Marte hacia el espacio, fluye constantemente del planeta y constituye una fuerza de repulsión

de la gravedad que, cuando se la confina, es capaz de levantar pesos enormes desde la superficie del suelo.

Es este rayo el que les ha permitido perfeccionar tanto la aviación que acorazados que superan en mucho cualquier cosa conocida en la Tierra navegan con tanta gracia y ligereza por el aire tenue de Barsoom como un globo de juguete en la densa atmósfera terrestre.

Durante los primeros años del descubrimiento de este rayo ocurrieron muchos accidentes extraños antes de que los marcianos aprendieran a medir y controlar el maravilloso poder que habían hallado. En un caso, unos novecientos años antes, el primer gran acorazado construido con depósitos de octavo rayo fue cargado con una cantidad excesiva de rayos y zarpó de Helium con quinientos oficiales y hombres, para no volver jamás.

Su poder de repulsión del planeta fue tan grande que la llevó muy lejos en el espacio, donde hoy puede verse, con ayuda de potentes telescopios, lanzada por los cielos a unos 16.000 kilómetros de Marte: un diminuto satélite que girará así alrededor de Barsoom hasta el fin de los tiempos.

Al cuarto día de mi llegada a Zodanga hice mi primer vuelo y, como resultado, gané un ascenso que incluía alojamiento en el palacio de Than Kosis.

Al elevarme sobre la ciudad di varias vueltas, como había visto hacer a Kantos Kan, y luego, poniendo mi motor a toda velocidad, me lancé a una velocidad terrible hacia el sur, siguiendo una de las grandes vías de agua que entran en Zodanga desde esa dirección.

Había recorrido quizá unos 320 kilómetros en poco menos de una hora cuando divisé muy abajo a una partida de tres guerreros verdes que corrían como locos hacia una pequeña figura a pie que parecía intentar alcanzar los límites de uno de los campos amurallados.

Dejando caer mi máquina rápidamente hacia ellos y dando una vuelta hasta situarme detrás de los guerreros, pronto vi que el objeto de su persecución era un marciano rojo que llevaba el metal del escua-

drón de exploradores al que yo estaba asignado. A corta distancia yacía su diminuta nave, rodeada por las herramientas con que evidentemente se ocupaba en reparar algún daño cuando lo sorprendieron los guerreros verdes.

Ya estaban casi sobre él; sus monturas voladoras se lanzaban en picada contra la figura relativamente insignificante a velocidad terrible, mientras los guerreros se inclinaban hacia la derecha con sus grandes lanzas de punta metálica. Cada uno parecía empeñado en ser el primero en ensartar al pobre zodangano y, en otro instante, su suerte habría quedado sellada de no ser por mi oportuna llegada.

Lanzando mi veloz nave aérea a gran velocidad directamente tras los guerreros, pronto los alcancé y, sin disminuir la marcha, clavé la proa de mi pequeña nave entre los hombros del más cercano. El impacto, suficiente para haber atravesado varios centímetros de acero macizo, arrojó al aire el cuerpo decapitado de aquel individuo por encima de la cabeza de su thoat, y cayó despatarrado sobre el musgo. Las monturas de los otros dos guerreros giraron chillando de terror y se desbocaron en direcciones opuestas.

Reduje la velocidad, di una vuelta y descendí al suelo a los pies del asombrado zodangano. Fue caluroso al agradecerme mi oportuna ayuda y prometió que mi trabajo de ese día traería la recompensa que merecía, pues era nada menos que un primo del jeddak de Zodanga aquel cuya vida yo había salvado.

No perdimos tiempo hablando, porque sabíamos que los guerreros volverían sin falta en cuanto lograran controlar a sus monturas. Corriendo hacia su máquina dañada, nos esforzamos al máximo por terminar las reparaciones necesarias y las habíamos casi completado cuando vimos a los dos monstruos verdes regresar a toda velocidad desde lados opuestos. Cuando se habían acercado a unos noventa metros, sus thoats volvieron a hacerse ingobernables y se negaron por completo a avanzar más hacia la nave aérea que los había asustado.

Al fin los guerreros desmontaron y, trabando las patas de sus ani-

males, avanzaron hacia nosotros a pie con las espadas largas desenvainadas.

Yo avancé al encuentro del más grande, diciéndole al zodangano que hiciera lo mejor que pudiera con el otro. Despachando a mi hombre casi sin esfuerzo, como ya se me había vuelto costumbre a fuerza de práctica, me apresuré a volver junto a mi nuevo conocido, a quien encontré, en efecto, en apuros desesperados.

Estaba herido y caído, con el enorme pie de su adversario sobre la garganta y la gran espada larga alzada para asestar la estocada final. De un salto salvé los quince metros que nos separaban y, con la punta extendida, hundí mi espada por completo en el cuerpo del guerrero verde. Su espada cayó inofensiva al suelo y él se desplomó fláccido sobre el cuerpo postrado del zodangano.

Un examen somero de este no reveló heridas mortales y, tras un breve descanso, aseguró que se sentía en condiciones de intentar el viaje de regreso. Tendría, sin embargo, que pilotar su propia nave, pues estas frágiles naves no están hechas para llevar más que a una sola persona.

Terminadas rápidamente las reparaciones, nos elevamos juntos por el cielo marciano, quieto y sin nubes, y a gran velocidad y sin más percances volvimos a Zodanga.

Al acercarnos a la ciudad descubrimos una enorme muchedumbre de civiles y tropas reunida en la llanura ante la ciudad. El cielo estaba negro de naves de la armada y de embarcaciones de recreo, privadas y públicas, que lucían largas banderolas de sedas de colores alegres y estandartes y banderas de diseño extraño y pintoresco.

Mi compañero me indicó con señas que redujera la marcha y, acercando su máquina a la mía, sugirió que nos aproximáramos a observar la ceremonia, que, según dijo, tenía por objeto conceder honores a oficiales y soldados por su valentía y otros servicios distinguidos. Luego desplegó una pequeña enseña que indicaba que su nave llevaba a un miembro de la familia real de Zodanga, y juntos nos abrimos paso por

el laberinto de naves aéreas a poca altura hasta quedar suspendidos justo encima del jeddak de Zodanga y su estado mayor. Todos iban montados en los pequeños thoats machos domésticos de los marcianos rojos, y sus arreos y adornos llevaban tal cantidad de plumas de colores espléndidos que no pude dejar de impresionarme por el asombroso parecido que la comitiva tenía con una banda de pieles rojas de mi propia Tierra.

Uno del estado mayor llamó la atención de Than Kosis sobre la presencia de mi compañero sobre ellos, y el gobernante le hizo señas de que descendiera. Mientras esperaban a que las tropas se colocaran en posición frente al jeddak, los dos conversaron con seriedad, y el jeddak y su estado mayor miraban de vez en cuando hacia mí. No pude oír su conversación y pronto cesó, y todos desmontaron, cuando el último cuerpo de tropas giró hasta quedar en posición ante su emperador. Un miembro del estado mayor avanzó hacia las tropas y, llamando por su nombre a un soldado, le ordenó que se adelantara. El oficial relató entonces la naturaleza del acto heroico que había ganado la aprobación del jeddak, y este avanzó y colocó un adorno de metal en el brazo izquierdo del afortunado.

Diez hombres habían sido condecorados así cuando el ayudante gritó:

«¡John Carter, explorador aéreo!».

Nunca en mi vida me había sorprendido tanto, pero el hábito de la disciplina militar es fuerte en mí, y dejé caer suavemente mi pequeña máquina al suelo y avancé a pie como había visto hacer a los otros. Cuando me detuve ante el oficial, este me habló con voz audible para toda la asamblea de tropas y espectadores.

«En reconocimiento, John Carter», dijo, «de su notable valor y habilidad al defender la persona del primo del jeddak Than Kosis y al vencer, sin ayuda de nadie, a tres guerreros verdes, es el deseo de nuestro jeddak conferirle la señal de su estima».

Than Kosis avanzó entonces hacia mí y, poniéndome un adorno, di-

jo:

«Mi primo me ha narrado los detalles de su maravillosa hazaña, que parece poco menos que milagrosa, y si usted puede defender tan bien a un primo del jeddak, cuánto mejor podría defender la persona del propio jeddak. Queda, pues, nombrado padwar de la Guardia y tendrá en adelante alojamiento en mi palacio».

Le di las gracias y, por indicación suya, me uní a los miembros de su estado mayor. Terminada la ceremonia, devolví mi máquina a su lugar en la azotea del cuartel del escuadrón de exploradores aéreos y, con un ordenanza del palacio que me guiara, me presenté ante el oficial a cargo del palacio.

XXII. Encuentro a Dejah

El mayordomo ante quien me presenté tenía instrucciones de apostarme cerca de la persona del jeddak, quien en tiempo de guerra corre siempre grave peligro de ser asesinado, pues la regla de que todo vale en la guerra parece constituir toda la ética del conflicto entre los marcianos.

Me escoltó, por lo tanto, de inmediato hasta la sala donde se encontraba entonces Than Kosis. El soberano conversaba con su hijo, Sab Than, y con varios cortesanos de su casa, y no advirtió mi entrada.

Las paredes de la sala estaban cubiertas por completo de espléndidos tapices que ocultaban las ventanas o puertas que pudieran abrirse en ellas. La habitación estaba iluminada por rayos de sol aprisionados entre el cielo raso propiamente dicho y lo que parecía un falso cielo raso de vidrio esmerilado, unos pocos centímetros más abajo.

Mi guía apartó uno de los tapices y dejó a la vista un pasadizo que rodeaba la sala, entre los cortinajes y los muros de la estancia. Dentro de ese pasadizo debía permanecer, dijo, mientras Than Kosis estuviera en la sala. Cuando él saliera, yo debía seguirlo. Mi única tarea era custodiar al soberano y mantenerme fuera de la vista tanto como fuera posible. Me relevarían al cabo de cuatro horas. Luego el mayordomo se marchó.

Los tapices eran de una extraña trama que, vista desde un lado, daba la apariencia de una sólida opacidad, pero desde mi escondite yo podía percibir todo lo que ocurría en la sala con tanta facilidad como si no hubiera cortina de por medio.

Apenas había ocupado mi puesto cuando el tapiz del extremo opuesto de la sala se abrió y entraron cuatro soldados de la Guardia, rodeando una figura femenina. Cuando se acercaron a Than Kosis, los soldados se hicieron a ambos lados, y allí, de pie ante el jeddak y a no

más de tres metros de mí, con su hermoso rostro radiante de sonrisas, estaba Dejah Thoris.

Sab Than, príncipe de Zodanga, avanzó a recibirla y, de la mano, se acercaron al jeddak. Than Kosis alzó la vista sorprendido y, levantándose, la saludó.

«¿A qué extraño capricho debo esta visita de la princesa de Helium, quien hace dos días, con rara consideración por mi orgullo, me aseguró que preferiría a Tal Hajus, el thark verde, antes que a mi hijo?».

Dejah Thoris sonrió aún más y, con los traviesos hoyuelos jugándole en las comisuras de la boca, respondió:

«Desde el comienzo de los tiempos en Barsoom, ha sido prerrogativa de la mujer cambiar de parecer a su antojo y disimular en los asuntos del corazón. Eso lo perdonará usted, Than Kosis, como lo ha hecho su hijo. Hace dos días no estaba segura de su amor por mí, pero ahora lo estoy, y he venido a rogarle que olvide mis palabras precipitadas y que acepte la seguridad de la princesa de Helium de que, cuando llegue el momento, se casará con Sab Than, príncipe de Zodanga».

«Me alegro de que lo haya decidido así», respondió Than Kosis. «Está lejos de mi deseo llevar más adelante la guerra contra el pueblo de Helium, y su promesa quedará registrada y se hará de inmediato una proclama a mi pueblo».

«Sería mejor, Than Kosis», interrumpió Dejah Thoris, «que la proclama esperara al fin de esta guerra. Parecería muy extraño a mi pueblo y al suyo que la princesa de Helium se entregara al enemigo de su patria en medio de las hostilidades».

«¿No puede terminarse la guerra de inmediato?», dijo Sab Than. «Basta una palabra de Than Kosis para traer la paz. Dígala, padre mío, diga la palabra que apresurará mi felicidad y pondrá fin a esta contienda impopular».

«Veremos», respondió Than Kosis, «cómo recibe el pueblo de Helium la paz. Por lo menos se la ofreceré».

Dejah Thoris, tras unas pocas palabras, se volvió y abandonó la sa-

la, seguida todavía por sus guardias.

Así se vino abajo, hecho pedazos contra el suelo de la realidad, el edificio de mi breve sueño de felicidad. La mujer por quien yo había ofrecido mi vida, y de cuyos labios había oído tan poco antes una declaración de amor por mí, había olvidado a la ligera mi misma existencia y se había entregado, sonriente, al hijo del más odiado enemigo de su pueblo.

Aunque lo había oído con mis propios oídos, no podía creerlo. Tenía que buscar sus aposentos y obligarla a repetirme a solas la cruel verdad antes de convencerme, y así abandoné mi puesto y me apresuré por el pasadizo detrás de los tapices hacia la puerta por la que ella había salido de la sala. Deslizándome en silencio por esa abertura, descubrí un laberinto de corredores sinuosos, que se ramificaban y giraban en todas direcciones.

Corriendo velozmente por uno y luego por otro, pronto me perdí sin remedio y me detuve, jadeante, contra una pared lateral, cuando oí voces cerca de mí. Al parecer provenían del otro lado del tabique contra el que me apoyaba, y enseguida distinguí el tono de la voz de Dejah Thoris. No podía oír las palabras, pero sabía que era imposible que me equivocara con esa voz.

Avanzando unos pasos, descubrí otro pasadizo al final del cual había una puerta. Caminando con decisión, empujé y entré en la habitación, para encontrarme en una pequeña antecámara donde estaban los cuatro guardias que la habían acompañado. Uno de ellos se levantó al instante y me abordó, preguntándome el motivo de mi presencia.

«Vengo de parte de Than Kosis», respondí, «y deseo hablar a solas con Dejah Thoris, princesa de Helium».

«¿Y su orden?», preguntó el sujeto.

No sabía qué quería decir, pero respondí que era miembro de la Guardia y, sin esperar respuesta de él, avancé a zancadas hacia la puerta opuesta de la antecámara, tras la cual podía oír conversar a Dejah Thoris.

Pero mi entrada no iba a lograrse tan fácilmente. El guardia se plantó delante de mí, diciendo:

«Nadie viene de parte de Than Kosis sin traer una orden o la contraseña. Debe darme una u otra antes de que pueda pasar».

«La única orden que necesito, amigo mío, para entrar donde me plazca, cuelga a mi costado», respondí, golpeando mi espada larga. «¿Me dejará pasar en paz o no?».

Por toda respuesta desenvainó su propia espada, llamando a los otros para que se le unieran, y así los cuatro quedaron con las armas desenvainadas, cerrándome el paso.

«Usted no está aquí por orden de Than Kosis», gritó el que me había abordado primero, «y no solo no entrará en los aposentos de la princesa de Helium, sino que volverá bajo custodia ante Than Kosis para explicar esta injustificada temeridad. Arroje su espada; no puede esperar vencernos a los cuatro», añadió con una sonrisa torva.

Mi respuesta fue una rápida estocada que me dejó con solo tres adversarios, y puedo asegurarle que eran dignos de mi acero. En un santiamén me tenían acorralado contra la pared, peleando por mi vida. Lentamente me fui abriendo paso hasta una esquina de la habitación, donde podía obligarlos a atacarme de a uno por vez, y así combatimos por más de veinte minutos, mientras el choque del acero contra el acero producía un verdadero pandemónium en la pequeña estancia.

El ruido había traído a Dejah Thoris hasta la puerta de sus aposentos, y allí permaneció durante todo el combate, con Sola a su espalda, asomada por encima de su hombro. Su rostro estaba rígido y sin emoción, y supe que no me reconocía, como tampoco Sola.

Por fin un golpe afortunado derribó a un segundo guardia y entonces, con solo dos frente a mí, cambié de táctica y me lancé sobre ellos según mi modo de pelear, que me había dado más de una victoria. El tercero cayó a los diez segundos del segundo, y el último yacía muerto sobre el suelo ensangrentado unos momentos después. Eran hombres valientes y nobles combatientes, y me dolió haber sido obligado a ma-

tarlos, pero habría despoblado de buena gana todo Barsoom si no hubiera podido llegar de otro modo junto a mi Dejah Thoris.

Envainando mi hoja ensangrentada, avancé hacia mi princesa marciana, que seguía allí, mirándome en silencio, sin señal alguna de reconocimiento.

«¿Quién eres, zodangano?», susurró. «¿Otro enemigo que viene a atormentarme en mi desdicha?».

«Soy un amigo», respondí, «un amigo que estimaste alguna vez».

«Ningún amigo de la princesa de Helium lleva ese metal», replicó, «y sin embargo, ¡esa voz! La he oído antes; no es... no puede ser... no, porque él está muerto».

«Sin embargo lo soy, princesa mía, nadie más que John Carter», dije. «¿No reconoces, aun a través de la pintura y de este extraño metal, el corazón de tu jefe?».

Cuando me acerqué a ella, se inclinó hacia mí con las manos extendidas, pero cuando me adelanté para tomarla en mis brazos, retrocedió con un estremecimiento y un pequeño gemido de desdicha.

«Demasiado tarde, demasiado tarde», se lamentó. «Oh, mi jefe de antes, a quien creí muerto, si hubieras vuelto tan solo una hora antes... pero ahora es demasiado tarde, demasiado tarde».

«¿Qué quieres decir, Dejah Thoris?», exclamé. «¿Que no te habrías comprometido con el príncipe zodangano de haber sabido que yo vivía?».

«¿Crees, John Carter, que yo te daría mi corazón ayer y hoy a otro? Pensé que yacías enterrado junto con tus cenizas en los fosos de Warhoon, y por eso hoy he prometido mi cuerpo a otro para salvar a mi pueblo de la maldición de un ejército zodangano victorioso».

«Pero no estoy muerto, princesa mía. He venido a reclamarte, y toda Zodanga no puede impedirlo».

«Es demasiado tarde, John Carter, mi promesa está dada, y en Barsoom eso es definitivo. Las ceremonias que vienen después no son más que formalidades sin sentido. No hacen más cierto el hecho del matri-

monio de lo que el cortejo fúnebre de un jeddak vuelve a poner sobre él el sello de la muerte. Es como si ya estuviera casada, John Carter. Ya no puedes llamarme tu princesa. Ya no eres mi jefe».

«Sé muy poco de las costumbres de aquí, en Barsoom, Dejah Thoris, pero sí sé que te amo, y si quisiste decir lo que me dijiste por última vez aquel día en que las hordas de Warhoon se lanzaban sobre nosotros, ningún otro hombre te reclamará jamás como su esposa. Lo decías entonces, princesa mía, ¡y lo dices todavía! Di que es verdad».

«Lo decía, John Carter», susurró. «No puedo repetirlo ahora, porque me he entregado a otro. Ah, si hubieras conocido nuestras costumbres, amigo mío», prosiguió, medio para sí, «la promesa habría sido tuya hace largos meses, y habrías podido reclamarme ante todos los demás. Quizá habría significado la caída de Helium, pero yo habría dado mi imperio por mi jefe thark».

Luego dijo en voz alta: «¿Recuerdas la noche en que me ofendiste? Me llamaste tu princesa sin haberme pedido mi mano, y luego te jactaste de haber luchado por mí. Tú no sabías, y yo no debí ofenderme; ahora lo veo. Pero no había nadie que te dijera lo que yo no podía, que en Barsoom hay dos clases de mujeres en las ciudades de los hombres rojos. A unas se las pelea para poder pedirlas en matrimonio; a la otra clase también se la pelea, pero nunca se pide su mano. Cuando un hombre ha ganado a una mujer, puede llamarla su princesa, o con cualquiera de los varios términos que significan posesión. Tú habías luchado por mí, pero nunca me habías pedido en matrimonio, y por eso, cuando me llamaste tu princesa, ya ves», vaciló, «me sentí herida, pero aun entonces, John Carter, no te rechacé, como debí haberlo hecho, hasta que tú lo empeoraste al doble burlándote de mí por haberme ganado en combate».

«No necesito pedirte perdón ahora, Dejah Thoris», exclamé. «Debes saber que mi falta fue de ignorancia de las costumbres barsoomianas. Lo que no hice, por la firme creencia de que mi petición sería presuntuosa y mal recibida, lo hago ahora, Dejah Thoris: te pido que seas mi

esposa, y por toda la sangre guerrera virginiana que corre por mis venas, lo serás».

«No, John Carter, es inútil», exclamó ella, sin esperanza, «nunca podré ser suya mientras Sab Than viva».

«Has firmado tu sentencia de muerte, princesa mía: Sab Than morirá».

«Tampoco eso», se apresuró a explicar. «No puedo casarme con el hombre que mate a mi marido, ni siquiera en defensa propia. Es la costumbre. En Barsoom nos rige la costumbre. Es inútil, amigo mío. Debes soportar la pena conmigo. Eso al menos podemos compartirlo. Eso, y el recuerdo de los breves días entre los tharks. Debes irte ahora y no volver a verme jamás. Adiós, el que fue mi jefe».

Abatido y desanimado, me retiré de la habitación, pero no estaba del todo desalentado, ni quería admitir que Dejah Thoris estuviera perdida para mí hasta que la ceremonia se hubiera celebrado de veras.

Mientras vagaba por los corredores, estaba tan absolutamente perdido en los laberintos de pasadizos sinuosos como lo había estado antes de descubrir los aposentos de Dejah Thoris.

Sabía que mi única esperanza estaba en escapar de la ciudad de Zodanga, pues habría que explicar lo de los cuatro guardias muertos, y como jamás podría llegar a mi puesto original sin un guía, la sospecha recaería sin duda sobre mí en cuanto me descubrieran vagando sin rumbo por el palacio.

Al poco rato di con una rampa en espiral que bajaba a un piso inferior, y la seguí hacia abajo varios pisos hasta llegar a la puerta de una gran sala donde había varios guardias. Las paredes de esta habitación estaban cubiertas con tapices transparentes, detrás de los cuales me oculté sin ser advertido.

La conversación de los guardias era general y no despertó mi interés hasta que un oficial entró en la sala y ordenó a cuatro de los hombres que relevaran al destacamento que custodiaba a la princesa de Helium. Ahora, lo sabía, mis problemas comenzarían en serio, y en

efecto cayeron sobre mí demasiado pronto, pues parecía que la escuadra apenas había salido del cuerpo de guardia cuando uno de sus integrantes irrumpió de nuevo, sin aliento, gritando que habían encontrado a sus cuatro camaradas despedazados en la antecámara.

En un momento el palacio entero hervía de gente. Guardias, oficiales, cortesanos, sirvientes y esclavos corrían de un lado a otro por los corredores y aposentos, llevando mensajes y órdenes y buscando señales del asesino.

Esta era mi oportunidad y, aunque parecía escasa, la aproveché, pues cuando un grupo de soldados pasó apresurado junto a mi escondite, me puse detrás de ellos y los seguí por los laberintos del palacio hasta que, al cruzar un gran salón, vi la bendita luz del día que entraba por una serie de ventanas más grandes.

Aquí dejé a mis guías y, deslizándome hasta la ventana más cercana, busqué una vía de escape. Las ventanas daban a un gran balcón que dominaba una de las anchas avenidas de Zodanga. El suelo estaba a unos nueve metros más abajo, y a igual distancia del edificio había un muro de unos seis metros de alto, construido de vidrio pulido de unos treinta centímetros de espesor. A un marciano rojo, escapar por ese camino le habría parecido imposible, pero a mí, con mi fuerza y agilidad terrestres, me parecía ya logrado. Mi único temor era que me descubrieran antes de que cayera la oscuridad, pues no podía dar el salto a plena luz del día mientras el patio de abajo y la avenida más allá estuvieran repletos de zodanganos.

Por lo tanto, busqué un escondite y por fin encontré uno por casualidad, dentro de un enorme adorno colgante que pendía del techo del salón, a unos tres metros del suelo. De un salto, con facilidad, entré en el amplio jarrón en forma de cuenco, y apenas me había acomodado dentro cuando oí entrar a varias personas en la sala. El grupo se detuvo debajo de mi escondite y pude oír claramente todas sus palabras.

«Es obra de heliumitas», dijo uno de los hombres.

«Sí, oh Jeddak, pero ¿cómo tuvieron acceso al palacio? Podría

creer que, aun con el diligente cuidado de sus guardias, un solo enemigo llegara a las cámaras interiores, pero cómo una fuerza de seis u ocho combatientes pudo hacerlo sin ser vista, eso me excede. Sin embargo, pronto lo sabremos, pues aquí viene el psicólogo real».

Otro hombre se unió ahora al grupo y, tras hacer sus saludos formales a su soberano, dijo:

«Oh poderoso Jeddak, es una extraña historia la que leo en las mentes muertas de sus fieles guardias. No los derribó un número de combatientes, sino un solo oponente».

Hizo una pausa para que el pleno peso de este anuncio impresionara a sus oyentes, y que su declaración apenas se creía lo evidenció la impaciente exclamación de incredulidad que escapó de los labios de Than Kosis.

«¿Qué clase de extraño cuento me traes, Notan?», exclamó.

«Es la verdad, mi Jeddak», replicó el psicólogo. «De hecho, las impresiones estaban fuertemente marcadas en el cerebro de cada uno de los cuatro guardias. Su antagonista era un hombre muy alto, que vestía el metal de uno de sus propios guardias, y su habilidad para el combate era poco menos que maravillosa, pues peleó limpiamente contra los cuatro a la vez y los venció con su habilidad sobresaliente y su fuerza y resistencia sobrehumanas. Aunque llevaba el metal de Zodanga, mi Jeddak, nunca se ha visto un hombre así en este ni en ningún otro país de Barsoom.

»La mente de la princesa de Helium, a quien he examinado e interrogado, era para mí un vacío; tiene un control perfecto y no pude leer en ella ni una pizca. Dijo que presenció una parte del encuentro, y que cuando miró solo había un hombre enfrentado a los guardias, un hombre que no reconoció como alguien a quien hubiera visto jamás».

«¿Dónde está mi antiguo salvador?», dijo otro de los presentes, y reconocí la voz del primo de Than Kosis, a quien yo había rescatado de los guerreros verdes. «Por el metal de mi primer antepasado», prosiguió, «la descripción le calza a la perfección, en especial en cuanto a

su habilidad para el combate».

«¿Dónde está ese hombre?», exclamó Than Kosis. «Que me lo traigan de inmediato. ¿Qué sabes de él, primo? Ahora que lo pienso, me pareció extraño que hubiera en Zodanga un combatiente así, de cuyo nombre siquiera no sabíamos nada hasta hoy. ¡Y además su nombre, John Carter! ¿Quién ha oído jamás un nombre así en Barsoom?».

Pronto llegó la noticia de que no se me encontraba por ninguna parte, ni en el palacio ni en mis antiguos alojamientos en el cuartel del escuadrón de exploradores aéreos. A Kantos Kan lo habían hallado y interrogado, pero no sabía nada de mi paradero, y en cuanto a mi pasado, les había dicho que sabía tan poco como ellos, pues me había conocido hacía poco, durante nuestro cautiverio entre los warhoons.

«No pierdan de vista a este otro», ordenó Than Kosis. «También es un forastero y lo más probable es que ambos procedan de Helium, y donde esté uno hallaremos tarde o temprano al otro. Cuadrupliquen la patrulla aérea, y que todo hombre que salga de la ciudad por aire o por tierra sea sometido al más estricto escrutinio».

Entró ahora otro mensajero con la noticia de que yo seguía dentro de los muros del palacio.

«Se ha examinado cuidadosamente la imagen de cada persona que ha entrado o salido hoy de los terrenos del palacio», concluyó el sujeto, «y ninguna se aproxima a la imagen de este nuevo padwar de la guardia, aparte de la que se registró de él en el momento en que entró».

«Entonces lo tendremos en breve», comentó Than Kosis con satisfacción, «y mientras tanto iremos a los aposentos de la princesa de Helium para interrogarla acerca del asunto. Puede saber más de lo que quiso divulgarte a ti, Notan. Vamos».

Salieron del salón y, como afuera había caído la oscuridad, salí con ligereza de mi escondite y me apresuré al balcón. Había pocos a la vista y, escogiendo un momento en que ninguno parecía cerca, salté rápidamente a lo alto del muro de vidrio y de ahí a la avenida más allá de

los terrenos del palacio.

XXIII. Perdido en el cielo

Sin hacer esfuerzo alguno por ocultarme, me apresuré hacia las inmediaciones de nuestros aposentos, donde estaba seguro de que encontraría a Kantos Kan. A medida que me acercaba al edificio me volví más cuidadoso, pues supuse, y con razón, que el lugar estaría vigilado. Varios hombres con metales de civiles holgazaneaban junto a la entrada principal, y había otros en la parte trasera. Mi único modo de llegar sin ser visto al piso superior, donde estaban nuestros departamentos, era a través de un edificio contiguo, y después de maniobrar un buen rato logré alcanzar el techo de una tienda situada a varias puertas de distancia.

Saltando de techo en techo, pronto llegué a una ventana abierta del edificio donde esperaba encontrar al heliumita, y un instante después estaba de pie ante él, en su habitación. Estaba solo y no mostró sorpresa alguna al verme; dijo que me esperaba mucho antes, pues mi turno de servicio debía de haber terminado hacía rato.

Vi que no sabía nada de lo ocurrido ese día en el palacio, y cuando se lo hube contado se llenó de agitación. La noticia de que Dejah Thoris había prometido su mano a Sab Than lo llenó de consternación.

«¡No puede ser!», exclamó. «¡Es imposible! No hay en todo Helium un solo hombre que no prefiriera la muerte a ver vendida a nuestra amada princesa a la casa gobernante de Zodanga. Debe de haber perdido la razón para consentir en un trato tan atroz. Tú, que no sabes cuánto queremos los de Helium a los miembros de nuestra casa gobernante, no puedes comprender el horror con que contemplo semejante alianza impía.»

«¿Qué se puede hacer, John Carter?», prosiguió. «Eres un hombre de recursos. ¿No se te ocurre alguna manera de salvar a Helium de esta deshonra?»

«Si logro acercarme a Sab Than al alcance de mi espada», respondí, «puedo resolver la dificultad en lo que toca a Helium, pero por razones personales preferiría que fuera otro quien diera el golpe que libere a Dejah Thoris.»

Kantos Kan me miró fijamente antes de hablar.

«¡La amas!», dijo. «¿Lo sabe ella?»

«Lo sabe, Kantos Kan, y solo me rechaza porque está prometida a Sab Than.»

El magnífico muchacho se puso de pie de un salto y, tomándome por el hombro, alzó su espada y exclamó:

«Y si la elección hubiera dependido de mí, no habría podido escoger un compañero más digno para la primera princesa de Barsoom. Aquí tienes mi mano sobre tu hombro, John Carter, y mi palabra de que Sab Than saldrá de este mundo por la punta de mi espada, por mi amor a Helium, a Dejah Thoris y a ti. Esta misma noche intentaré llegar a sus aposentos en el palacio.»

«¿Cómo?», pregunté. «Estás muy vigilado, y una fuerza cuádruple patrulla el cielo.»

Inclinó la cabeza un momento, pensativo, y luego la levantó con aire de confianza.

«Solo necesito pasar a estos guardias, y puedo hacerlo», dijo al fin. «Conozco una entrada secreta al palacio por el remate de la torre más alta. Di con ella por casualidad un día en que pasaba sobre el palacio en servicio de patrulla. En este trabajo se nos exige investigar cualquier suceso inusual que veamos, y un rostro asomado al remate de la torre alta del palacio era para mí algo de lo más inusual. Me acerqué, pues, y descubrí que el dueño del rostro asomado no era otro que Sab Than. Se mostró algo molesto por haber sido descubierto y me ordenó que guardara el asunto para mí, explicándome que el pasaje de la torre conducía directamente a sus aposentos y que solo él lo conocía. Si logro llegar al techo del cuartel y tomar mi nave, puedo estar en los aposentos de Sab Than en cinco minutos; pero ¿cómo voy a salir de es-

te edificio, vigilado como dices que está?»

«¿Qué tan bien vigilados están los cobertizos de las naves en el cuartel?», pregunté.

«Por lo común hay un solo hombre de servicio en el techo por la noche.»

«Sube al techo de este edificio, Kantos Kan, y espérame allí.»

Sin detenerme a explicarle mis planes, deshice el camino hasta la calle y corrí al cuartel. No me atreví a entrar en el edificio, repleto como estaba de miembros del escuadrón de exploradores aéreos que, como todo Zodanga, andaban a la caza de mí.

El edificio era enorme y elevaba su cumbre a unos 300 metros sobre el suelo. Pocos edificios de Zodanga eran más altos que este cuartel, aunque algunos lo superaban en unos cien metros; los muelles de los grandes acorazados de línea se alzaban a unos 450 metros del suelo, y las estaciones de carga y de pasajeros de los escuadrones mercantes subían casi tanto.

Fue una larga escalada por la fachada del edificio, y llena de peligros, pero no había otro camino, y me puse a la tarea. El hecho de que la arquitectura barsoomiana sea sumamente ornamentada hizo la hazaña mucho más sencilla de lo que había previsto, pues hallé cornisas y salientes decorativos que me formaron una escalera perfecta hasta los aleros del edificio. Allí me topé con mi primer obstáculo verdadero. Los aleros sobresalían casi seis metros de la pared a la que me aferraba, y aunque rodeé todo el enorme edificio, no pude encontrar en ellos abertura alguna.

El último piso estaba iluminado y lleno de soldados entregados a los pasatiempos de su especie; no podía, por tanto, llegar al techo atravesando el edificio.

Quedaba una posibilidad mínima y desesperada, y decidí que debía aprovecharla... era por Dejah Thoris, y no ha vivido hombre que no arriesgara mil muertes por una mujer como ella.

Sujeto a la pared con los pies y una mano, solté una de las largas

correas de cuero de mi equipo, en cuyo extremo colgaba un gran gancho con el que los marinos del aire se cuelgan de los costados y del fondo de sus naves para hacer diversas reparaciones, y por medio del cual se baja a tierra a las partidas de desembarco desde los acorazados.

Lancé con cuidado ese gancho hacia el techo varias veces antes de que por fin se afirmara; tiré de él suavemente para reforzar su agarre, pero no sabía si resistiría el peso de mi cuerpo. Podía estar apenas enganchado en el mismo borde exterior del techo, de modo que, al balancearse mi cuerpo en el extremo de la correa, se soltaría y me lanzaría al pavimento, unos 300 metros más abajo.

Dudé un instante y luego, soltando el adorno al que me sostenía, me columpié en el vacío colgado de la correa. Muy abajo se extendían las calles brillantemente iluminadas, los duros pavimentos y la muerte. Hubo una pequeña sacudida arriba, en los aleros que me sostenían, y un desagradable ruido de roce y deslizamiento que me heló de aprensión; luego el gancho se afirmó y estuve a salvo.

Trepé rápidamente, me agarré al borde de los aleros y me icé hasta la superficie del techo. Cuando me puse de pie me encontré frente al centinela de servicio, y me vi mirando directamente la boca de su revólver.

«¿Quién eres y de dónde vienes?», gritó.

«Soy un explorador aéreo, amigo, y casi un explorador muerto, pues por pura casualidad me libré de caer a la avenida de abajo», respondí.

«Pero ¿cómo llegaste al techo, hombre? Nadie ha aterrizado ni ha subido desde el edificio en la última hora. Rápido, explícate, o llamo a la guardia.»

«Mira aquí, centinela, y verás cómo llegué y por qué poco no llegué», contesté, volviéndome hacia el borde del techo, donde, unos seis metros más abajo, al extremo de mi correa, colgaban todas mis armas.

El hombre, movido por un impulso de curiosidad, se acercó a mi la-

do, y fue su perdición, pues al asomarse a mirar por encima de los aleros lo agarré por el cuello y por el brazo de la pistola y lo arrojé pesadamente contra el techo. El arma cayó de su mano y mis dedos ahogaron su intento de pedir auxilio. Lo amordacé y lo até, y luego lo colgué del borde del techo como yo mismo me había colgado unos momentos antes. Sabía que no lo descubrirían hasta la mañana, y necesitaba todo el tiempo que pudiera ganar.

Me puse el equipo y las armas, corrí a los cobertizos y pronto tuve fuera tanto mi nave como la de Kantos Kan. Amarré la suya detrás de la mía, puse en marcha mi motor y, deslizándome por el borde del techo, me lancé en picada hacia las calles de la ciudad, muy por debajo del plano que suele ocupar la patrulla aérea. En menos de un minuto me posaba sin novedad en el techo de nuestro departamento, junto al asombrado Kantos Kan.

No perdí tiempo en explicaciones, sino que entré de inmediato a discutir nuestros planes para el futuro inmediato. Se decidió que yo intentaría llegar a Helium mientras Kantos Kan entraba en el palacio y despachaba a Sab Than. Si tenía éxito, debía seguirme después. Me ajustó la brújula, un ingenioso aparato que permanece fijo con firmeza sobre cualquier punto dado de la superficie de Barsoom, y, despidiéndonos, nos elevamos juntos y volamos en dirección al palacio, que quedaba en la ruta que yo debía seguir para llegar a Helium.

Al acercarnos a la torre alta, una patrulla se lanzó en picada desde arriba, arrojando su penetrante reflector de lleno sobre mi nave, y una voz rugió una orden de detenerme, seguida de un disparo cuando no hice caso de su llamado. Kantos Kan descendió rápidamente a la oscuridad, mientras yo subía sin vacilar y cruzaba a toda velocidad el cielo marciano, perseguido por una docena de naves exploradoras que se habían sumado a la caza, y más tarde por un rápido crucero que llevaba cien hombres y una batería de cañones de tiro rápido. Retorciendo y virando mi pequeña nave, subiendo unas veces y bajando otras, logré eludir sus reflectores la mayor parte del tiempo, pero con esa táctica

también perdía terreno, de modo que decidí arriesgarlo todo a una carrera en línea recta y dejar el resultado al destino y a la velocidad de mi nave.

Kantos Kan me había mostrado un truco de engranajes, conocido solo por la armada de Helium, que aumentaba mucho la velocidad de nuestras naves, de modo que estaba seguro de que podría dejar atrás a mis perseguidores si lograba esquivar sus proyectiles unos momentos.

Mientras volaba por el aire, el silbido de las balas a mi alrededor me convenció de que solo por un milagro podría escapar, pero la suerte estaba echada, y, poniendo la velocidad al máximo, volé en línea recta hacia Helium. Poco a poco fui dejando a mis perseguidores más y más atrás, y justo me felicitaba por mi buena fortuna al escapar cuando un disparo bien dirigido del crucero estalló en la proa de mi pequeña nave. La conmoción casi la volcó y, con una caída que me revolvió el estómago, se precipitó hacia abajo por la noche oscura.

No sé cuánto caí antes de recobrar el control de la nave, pero debí de estar muy cerca del suelo cuando comencé a elevarme de nuevo, pues oí claramente el chillido de animales bajo mí. Al subir otra vez, escudriñé los cielos en busca de mis perseguidores y, divisando por fin sus luces muy atrás, vi que estaban aterrizando, evidentemente en mi búsqueda.

Solo cuando sus luces ya no se distinguían me atreví a encender mi pequeña lámpara sobre la brújula, y entonces descubrí con consternación que un fragmento del proyectil había destruido por completo mi única guía, así como mi indicador de velocidad. Era cierto que podía seguir las estrellas en la dirección general de Helium, pero sin conocer la ubicación exacta de la ciudad ni la velocidad a la que viajaba, mis posibilidades de encontrarla eran escasas.

Helium queda a unos 1.600 kilómetros al suroeste de Zodanga, y con mi brújula intacta habría hecho el viaje, salvo accidentes, en entre cuatro y cinco horas. Sin embargo, tal como resultaron las cosas, la mañana me halló volando sobre una vasta extensión de fondo marino

muerto después de casi seis horas de vuelo continuo a gran velocidad. Al poco apareció abajo una gran ciudad, pero no era Helium, pues esta, única entre todas las metrópolis barsoomianas, consiste en dos inmensas ciudades circulares amuralladas, separadas por unos 120 kilómetros, y se habría distinguido con facilidad desde la altura a la que yo volaba.

Creyendo que me había desviado demasiado al norte y al oeste, volví en dirección sureste y pasé durante la mañana sobre varias otras grandes ciudades, pero ninguna se parecía a la descripción que Kantos Kan me había dado de Helium. Además de la formación de ciudad gemela de Helium, otro rasgo distintivo son las dos inmensas torres, una de un escarlata vivo, que se eleva casi un kilómetro y medio en el aire desde el centro de una de las ciudades, mientras que la otra, de un amarillo brillante y de la misma altura, señala a su ciudad hermana.

XXIV. Tars Tarkas encuentra a un amigo

Hacia el mediodía pasé a baja altura sobre una gran ciudad muerta de la antigua Marte, y al deslizarme sobre la llanura que se extendía más allá me topé de lleno con varios miles de guerreros verdes empeñados en una terrible batalla. Apenas los había visto cuando una descarga de disparos se dirigió contra mí y, con la puntería casi infalible de ellos, mi pequeña nave quedó al instante convertida en un naufragio arruinado que descendía a tierra en zigzag.

Caí casi en el centro mismo del feroz combate, entre guerreros que no habían visto mi aproximación, tan ocupados estaban en luchas a vida o muerte. Los hombres peleaban a pie con espadas largas, mientras que de vez en cuando un disparo de algún tirador apostado en las afueras del conflicto derribaba a un guerrero que por un instante se apartaba de la masa enredada.

Mientras mi nave se hundía entre ellos comprendí que era pelear o morir, con buenas probabilidades de morir de todos modos, y así toqué tierra con la espada larga desenvainada, listo para defenderme como pudiera.

Caí junto a un enorme monstruo que luchaba con tres adversarios y, al mirar su feroz rostro, encendido con la luz del combate, reconocí a Tars Tarkas el Thark. No me vio, pues yo estaba un poco detrás de él, y justo entonces los tres guerreros que se le oponían, y en quienes reconocí a warhoons, cargaron a la vez. El poderoso hombre despachó pronto a uno de ellos, pero al retroceder un paso para otra estocada tropezó con un cuerpo muerto que tenía detrás y quedó caído, a merced de sus enemigos, en un instante. Rápidos como el rayo se le echaron encima, y Tars Tarkas habría sido reunido con sus padres en poco tiempo si yo no me hubiera lanzado delante de su cuerpo postrado y trabado combate con sus adversarios. Yo había dado cuenta de uno de

ellos cuando el poderoso Thark recobró el equilibrio y despachó rápidamente al otro.

Me dirigió una mirada, y una leve sonrisa rozó su labio severo cuando, tocándome el hombro, dijo:

«Apenas te habría reconocido, John Carter, pero no hay otro mortal en Barsoom que hubiera hecho por mí lo que tú has hecho. Creo que he aprendido que existe algo llamado amistad, amigo mío.»

No dijo más, ni hubo ocasión para ello, pues los warhoons se cerraban en torno a nosotros, y juntos peleamos, hombro con hombro, durante toda aquella larga y calurosa tarde, hasta que la marea de la batalla cambió y los restos de la feroz horda warhoon se replegaron hacia sus thoats y huyeron en la oscuridad que caía.

Diez mil hombres habían participado en aquella lucha titánica, y sobre el campo de batalla yacían tres mil muertos. Ninguno de los dos bandos pidió ni dio cuartel, ni intentaron tomar prisioneros.

A nuestro regreso a la ciudad después de la batalla, fuimos directamente a los aposentos de Tars Tarkas, donde me dejaron solo mientras el jefe asistía al consejo habitual que sigue de inmediato a todo combate.

Mientras estaba sentado esperando el regreso del guerrero verde, oí que algo se movía en un aposento contiguo y, al alzar la vista, se abalanzó de pronto sobre mí una criatura enorme y horrenda que me echó hacia atrás sobre el montón de sedas y pieles en el que yo había estado recostado. Era Woola, el fiel y cariñoso Woola. Había encontrado el camino de vuelta a Thark y, según me contó después Tars Tarkas, había ido de inmediato a mis antiguos aposentos, donde había emprendido su patética y al parecer desesperada vigilia a la espera de mi regreso.

«Tal Hajus sabe que estás aquí, John Carter», dijo Tars Tarkas a su regreso de los aposentos del jeddak; «Sarkoja te vio y te reconoció cuando volvíamos. Tal Hajus me ha ordenado que te lleve ante él esta noche. Tengo diez thoats, John Carter; puedes escoger el que quieras

entre ellos, y te acompañaré hasta el canal más cercano que conduzca a Helium. Tars Tarkas puede ser un cruel guerrero verde, pero también puede ser un amigo. Ven, debemos partir.»

«¿Y cuando regreses, Tars Tarkas?», pregunté.

«Los calots salvajes, posiblemente, o algo peor», respondió. «A menos que tenga la oportunidad que tanto he esperado de batirme con Tal Hajus.»

«Nos quedaremos, Tars Tarkas, y veremos a Tal Hajus esta noche. No te sacrificarás, y puede que esta noche tengas la ocasión que esperas.»

Se opuso con vehemencia, diciendo que Tal Hajus solía caer en arrebatos de furia salvaje con solo pensar en el golpe que le había propinado, y que si alguna vez me ponía las manos encima, me someterían a las más horribles torturas.

Mientras comíamos, repetí a Tars Tarkas la historia que Sola me había contado aquella noche en el fondo del mar durante la marcha a Thark.

Dijo muy poco, pero los grandes músculos de su rostro se contraían de pasión y de agonía al recordar los horrores que habían caído sobre lo único que había amado en toda su existencia fría, cruel y terrible.

Ya no puso reparos cuando le sugerí que fuéramos ante Tal Hajus, y solo dijo que antes quería hablar con Sarkoja. A petición suya lo acompañé a sus aposentos, y la mirada de odio venenoso que me lanzó fue casi una compensación suficiente por cualquier desgracia futura que este regreso accidental a Thark pudiera traerme.

«Sarkoja», dijo Tars Tarkas, «hace cuarenta años fuiste instrumento para provocar la tortura y la muerte de una mujer llamada Gozava. Acabo de descubrir que el guerrero que amaba a esa mujer se ha enterado de tu parte en el asunto. No puede matarte, Sarkoja, no es nuestra costumbre, pero nada le impide atar un extremo de una correa alrededor de tu cuello y el otro a un thoat salvaje, solo para probar si eres apta para sobrevivir y ayudar a perpetuar nuestra raza. Habiendo sabi-

do que lo hará mañana, me pareció justo advertirte, pues soy un hombre justo. El río Iss queda a una corta peregrinación, Sarkoja. Ven, John Carter.»

A la mañana siguiente Sarkoja había desaparecido, y nunca más se la volvió a ver.

En silencio nos apresuramos al palacio del jeddak, donde nos admitieron de inmediato a su presencia; de hecho, apenas podía esperar a verme y estaba de pie, erguido sobre su plataforma, fulminando con la mirada la entrada cuando yo entré.

«Átenlo a ese pilar», chilló. «Veremos quién es el que se atreve a golpear al poderoso Tal Hajus. Calienten los hierros; con mis propias manos le quemaré los ojos de la cabeza para que no manche mi persona con su vil mirada.»

«Jefes de Thark», exclamé, volviéndome hacia el consejo reunido e ignorando a Tal Hajus, «he sido jefe entre ustedes, y hoy he combatido por Thark hombro con hombro con su mayor guerrero. Me deben, por lo menos, ser escuchado. Eso lo he ganado hoy. Ustedes dicen ser un pueblo justo...»

«Silencio», rugió Tal Hajus. «Amordacen a la criatura y átenlo como ordeno.»

«Justicia, Tal Hajus», exclamó Lorquas Ptomel. «¿Quién eres tú para dejar de lado las costumbres de siglos entre los tharks?»

«¡Sí, justicia!», se hicieron eco una docena de voces, y así, mientras Tal Hajus echaba espuma y se agitaba de rabia, continué.

«Ustedes son un pueblo valiente y aman la valentía, pero ¿dónde estaba durante el combate de hoy su poderoso jeddak? No lo vi en lo más reñido de la batalla; no estaba allí. Despedaza a mujeres indefensas y a niños pequeños en su guarida, pero ¿cuándo fue la última vez que alguno de ustedes lo vio luchar con hombres? Si hasta yo, un enano a su lado, lo derribé con un solo golpe de mi puño. ¿Es de esta clase de hombres de la que los tharks hacen sus jeddaks? Aquí a mi lado está ahora un gran Thark, un guerrero poderoso y un hombre no-

ble. Jefes, ¿cómo suena Tars Tarkas, Jeddak de Thark?»

Un rugido de aplauso profundo recibió esta sugerencia.

«Solo falta que este consejo lo ordene, y Tal Hajus tendrá que demostrar que es apto para gobernar. Si fuera un hombre valiente invitaría a Tars Tarkas a combatir, pues no lo quiere, pero Tal Hajus tiene miedo; Tal Hajus, su jeddak, es un cobarde. Con mis manos desnudas podría matarlo, y él lo sabe.»

Cuando terminé hubo un silencio tenso, mientras todos los ojos se clavaban en Tal Hajus. No habló ni se movió, pero el verde manchado de su semblante se puso lívido, y la espuma se heló en sus labios.

«Tal Hajus», dijo Lorquas Ptomel con voz fría y dura, «nunca en mi larga vida he visto a un jeddak de los tharks tan humillado. No podría haber más que una respuesta a esta acusación. La esperamos.» Y Tal Hajus seguía en pie como petrificado.

«Jefes», continuó Lorquas Ptomel, «¿debe el jeddak Tal Hajus demostrar que es apto para gobernar frente a Tars Tarkas?»

Había veinte jefes en torno a la tribuna, y veinte espadas relucieron en alto en señal de asentimiento.

No había alternativa. Ese decreto era definitivo, y así Tal Hajus desenvainó su espada larga y avanzó al encuentro de Tars Tarkas.

El combate terminó pronto y, con el pie sobre el cuello del monstruo muerto, Tars Tarkas se convirtió en jeddak de los tharks.

Su primer acto fue hacerme jefe de pleno derecho, con el rango que había ganado en mis combates durante las primeras semanas de mi cautiverio entre ellos.

Viendo la buena disposición de los guerreros hacia Tars Tarkas, y también hacia mí, aproveché la oportunidad para alistarlos en mi causa contra Zodanga. Conté a Tars Tarkas la historia de mis aventuras y en pocas palabras le expliqué la idea que tenía en mente.

«John Carter ha hecho una propuesta», dijo, dirigiéndose al consejo, «que cuenta con mi aprobación. Se la expondré brevemente. Dejah Thoris, la Princesa de Helium, que fue nuestra prisionera, está ahora

en poder del jeddak de Zodanga, con cuyo hijo debe casarse para salvar a su país de la devastación a manos de las fuerzas zodanganas.

»John Carter propone que la rescatemos y la devolvamos a Helium. El botín de Zodanga sería magnífico, y a menudo he pensado que, si tuviéramos una alianza con el pueblo de Helium, podríamos obtener suficiente seguridad de sustento como para aumentar el tamaño y la frecuencia de nuestras incubaciones y así llegar a ser, sin lugar a dudas, supremos entre los hombres verdes de todo Barsoom. ¿Qué dicen?»

Era una ocasión de pelear, una oportunidad de saquear, y picaron el anzuelo como una trucha moteada a una mosca.

Para ser tharks, estaban locos de entusiasmo, y antes de que pasara otra media hora, veinte mensajeros montados cruzaban a toda velocidad los fondos de mares muertos para reunir a las hordas para la expedición.

En tres días íbamos de marcha hacia Zodanga, cien mil hombres en total, pues Tars Tarkas había logrado alistar los servicios de tres hordas menores con la promesa del gran botín de Zodanga.

A la cabeza de la columna cabalgaba yo junto al gran Thark, mientras que detrás de mi montura trotaba mi querido Woola.

Viajábamos enteramente de noche, calculando nuestras marchas de modo que acampáramos durante el día en ciudades abandonadas donde, hasta las bestias, nos manteníamos todos bajo techo durante las horas de luz. En la marcha, Tars Tarkas, con su notable habilidad y dotes de estadista, alistó cincuenta mil guerreros más de varias hordas, de modo que, diez días después de nuestra partida, nos detuvimos a medianoche fuera de la gran ciudad amurallada de Zodanga, ciento cincuenta mil en total.

La fuerza combativa y la eficacia de esta horda de feroces monstruos verdes equivalía a diez veces su número de hombres rojos. Nunca en la historia de Barsoom, me dijo Tars Tarkas, había marchado a la batalla junta una fuerza semejante de guerreros verdes. Mantener si-

quiera una apariencia de armonía entre ellos fue una tarea monstruosa, y me pareció un prodigio que los llevara hasta la ciudad sin una gran batalla entre ellos mismos.

Pero a medida que nos acercábamos a Zodanga, sus querellas personales quedaron sumergidas en su mayor odio por los hombres rojos, y en especial por los zodanganos, que durante años habían librado una campaña despiadada de exterminio contra los hombres verdes, dirigiendo especial atención a saquear sus incubadoras.

Ahora que estábamos ante Zodanga, la tarea de obtener la entrada a la ciudad recayó sobre mí, y, ordenando a Tars Tarkas que mantuviera a sus fuerzas en dos divisiones fuera del alcance del oído de la ciudad, cada división frente a una gran puerta, tomé a veinte guerreros desmontados y me acerqué a una de las puertas pequeñas que perforaban las murallas a cortos intervalos. Estas puertas no tienen guardia regular, sino que están cubiertas por centinelas que patrullan la avenida que rodea la ciudad justo dentro de las murallas, como nuestra policía metropolitana patrulla sus rondas.

Las murallas de Zodanga miden unos 23 metros de altura y unos 15 de grosor. Están construidas con enormes bloques de carborundo, y la tarea de entrar en la ciudad parecía imposible a mi escolta de guerreros verdes. Los hombres destinados a acompañarme eran de una de las hordas menores y, por lo tanto, no me conocían.

Puse a tres de ellos de cara a la muralla con los brazos entrelazados, ordené a otros dos que se subieran a sus hombros y a un sexto que trepara sobre los hombros de los dos de arriba. La cabeza del guerrero más alto sobresalía a más de 12 metros del suelo.

De este modo, con diez guerreros, formé una serie de tres escalones desde el suelo hasta los hombros del hombre más alto. Entonces, partiendo desde una corta distancia detrás de ellos, subí corriendo veloz de un nivel al siguiente y, con un salto final desde los anchos hombros del más alto, me aferré al borde de la gran muralla y me icé silenciosamente a su amplia superficie. Tras de mí arrastré seis tiras de cuero de

otros tantos de mis guerreros. Esas tiras las habíamos amarrado de antemano entre sí y, pasando un extremo al guerrero de más arriba, bajé el otro extremo con cuidado por el lado opuesto de la muralla hacia la avenida de abajo. No había nadie a la vista, de modo que, descolgándome hasta el final de mi tira de cuero, me dejé caer los 9 metros restantes hasta el pavimento.

Había aprendido de Kantos Kan el secreto para abrir estas puertas, y un momento después mis veinte grandes guerreros estaban dentro de la condenada ciudad de Zodanga.

Descubrí con alegría que había entrado por el límite inferior de los enormes terrenos del palacio. El edificio mismo se veía a lo lejos, un resplandor de luz gloriosa, y en ese instante resolví llevar un destacamento de guerreros directamente al interior del palacio, mientras el resto de la gran horda atacaba los cuarteles de la soldadesca.

Envié a uno de mis hombres donde Tars Tarkas para pedirle un destacamento de cincuenta tharks, con aviso de mis intenciones, y ordené a diez guerreros que capturaran y abrieran una de las grandes puertas, mientras yo, con los nueve restantes, tomaba la otra. Debíamos hacer nuestro trabajo en silencio, sin disparar ni hacer ningún avance general hasta que yo hubiera llegado al palacio con mis cincuenta tharks. Nuestros planes funcionaron a la perfección. Los dos centinelas con que nos topamos fueron despachados con sus padres a las orillas del perdido mar de Korus, y los guardias de ambas puertas los siguieron en silencio.

XXV. El saqueo de Zodanga

Cuando el gran portón donde yo estaba se abrió de par en par, mis cincuenta tharks, encabezados por el propio Tars Tarkas, entraron montados en sus poderosos thoats. Los guie hasta los muros del palacio, que franqueé con facilidad sin ayuda. Una vez dentro, sin embargo, la puerta me dio bastante trabajo, pero al fin tuve la recompensa de verla girar sobre sus enormes goznes, y pronto mi fiera escolta cabalgaba por los jardines del jeddak de Zodanga.

Al acercarnos al palacio pude ver, a través de los grandes ventanales de la planta baja, el salón de audiencias de Than Kosis, brillantemente iluminado. La inmensa sala estaba atestada de nobles y de sus mujeres, como si se celebrara alguna función importante. No se veía un solo guardia fuera del palacio, debido, supongo, a que los muros de la ciudad y del palacio se tenían por inexpugnables, y así me acerqué y miré hacia dentro.

En un extremo de la sala, sobre macizos tronos de oro incrustados de diamantes, estaban sentados Than Kosis y su consorte, rodeados de oficiales y dignatarios del Estado. Ante ellos se extendía un ancho pasillo flanqueado a ambos lados por soldados, y mientras yo miraba entró por ese pasillo, desde el fondo de la sala, la cabeza de una procesión que avanzó hasta el pie del trono.

Primero marchaban cuatro oficiales de la Guardia del jeddak, que llevaban una enorme bandeja sobre la cual reposaba, en un cojín de seda escarlata, una gran cadena de oro con un collar y un candado en cada extremo. Justo detrás de estos oficiales venían otros cuatro que portaban una bandeja semejante, con los magníficos adornos de un príncipe y una princesa de la casa reinante de Zodanga.

Al pie del trono ambos grupos se separaron y se detuvieron, uno frente al otro, a los lados opuestos del pasillo. Luego vinieron más dig-

natarios, y los oficiales del palacio y del ejército, y por último dos figuras completamente envueltas en seda escarlata, de modo que no se distinguía ni un rasgo de ninguna de las dos. Estas se detuvieron al pie del trono, frente a Than Kosis. Cuando el resto de la procesión hubo entrado y ocupado sus puestos, Than Kosis se dirigió a la pareja que tenía delante. No pude oír sus palabras, pero poco después dos oficiales se adelantaron y quitaron la túnica escarlata a una de las figuras, y vi que Kantos Kan había fracasado en su misión, pues era Sab Than, príncipe de Zodanga, quien quedaba al descubierto ante mis ojos.

Than Kosis tomó entonces un juego de adornos de una de las bandejas y puso uno de los collares de oro al cuello de su hijo, cerrando el candado. Tras unas pocas palabras más dirigidas a Sab Than, se volvió hacia la otra figura, a la que los oficiales quitaron entonces las sedas que la envolvían, y apareció ante mis ojos, que ya comprendían, Dejah Thoris, princesa de Helium.

El objeto de la ceremonia me resultó claro: dentro de un instante Dejah Thoris quedaría unida para siempre al príncipe de Zodanga. Supongo que era una ceremonia solemne y hermosa, pero a mí me pareció el espectáculo más diabólico que había presenciado jamás, y cuando los adornos fueron ajustados sobre su bella figura y su collar de oro se abrió en las manos de Than Kosis, alcé mi espada larga sobre mi cabeza y, con la pesada empuñadura, hice añicos el cristal del gran ventanal y salté en medio de la asombrada concurrencia. De un brinco estuve en los escalones de la plataforma, junto a Than Kosis, y mientras él seguía clavado en su sitio por la sorpresa, descargué mi espada larga sobre la cadena de oro que habría atado a Dejah Thoris a otro.

En un instante todo fue confusión; mil espadas desenvainadas me amenazaban desde todos lados, y Sab Than se lanzó sobre mí con una daga enjoyada que había sacado de sus adornos nupciales. Habría podido matarlo con la misma facilidad que a una mosca, pero la antiquísima costumbre de Barsoom detuvo mi mano, y agarrándole la muñeca cuando la daga volaba hacia mi corazón, lo sujeté como en un tor-

no, con mi espada larga apuntando hacia el fondo de la sala.

«¡Zodanga ha caído!», grité. «¡Mire!»

Todos los ojos se volvieron hacia donde yo había señalado, y allí, abriéndose paso por los portales de la entrada, venían Tars Tarkas y sus cincuenta guerreros sobre sus grandes thoats.

Un grito de alarma y asombro brotó de la concurrencia, pero ninguna palabra de miedo, y en un momento los soldados y nobles de Zodanga se arrojaban sobre los tharks que avanzaban.

Empujé a Sab Than de cabeza fuera de la plataforma y atraje a Dejah Thoris a mi lado. Detrás del trono había una puerta estrecha, y en ella estaba ahora Than Kosis, frente a mí, con la espada larga desenvainada. En un instante estábamos trabados en combate, y descubrí que no era un adversario cualquiera.

Mientras girábamos por la amplia plataforma vi a Sab Than subir a la carrera los escalones para ayudar a su padre, pero, cuando alzaba la mano para golpear, Dejah Thoris se interpuso de un salto ante él, y entonces mi espada halló el punto que hizo de Sab Than el jeddak de Zodanga. Mientras su padre rodaba muerto por el suelo, el nuevo jeddak se zafó de la mano de Dejah Thoris, y otra vez quedamos frente a frente. Pronto se le unió un cuarteto de oficiales y, con la espalda contra un trono de oro, luché una vez más por Dejah Thoris. Me costaba mucho defenderme sin abatir a Sab Than y, con él, mi última oportunidad de ganar a la mujer que amaba. Mi hoja se movía con la rapidez del relámpago mientras trataba de parar las estocadas y los tajos de mis oponentes. A dos los había desarmado, y uno estaba en el suelo, cuando varios más acudieron corriendo en ayuda de su nuevo soberano y para vengar la muerte del anterior.

Al avanzar, se oyeron gritos de «¡La mujer! ¡La mujer! ¡Abátanla, es obra suya! ¡Mátenla! ¡Mátenla!».

Llamé a Dejah Thoris para que se pusiera detrás de mí y fui abriéndome paso hacia la puertecita que había tras el trono, pero los oficiales advirtieron mis intenciones, y tres de ellos saltaron a mis espaldas

y me cerraron la posibilidad de alcanzar una posición desde donde habría podido defender a Dejah Thoris contra un ejército de espadachines.

Los tharks tenían las manos llenas en el centro de la sala, y yo empezaba a comprender que nada menos que un milagro podría salvarnos a Dejah Thoris y a mí, cuando vi a Tars Tarkas abriéndose camino entre la multitud de pigmeos que pululaban a su alrededor. De un solo mandoble de su poderosa espada larga dejó una docena de cadáveres a sus pies, y así fue talando un sendero ante sí hasta que en un momento estuvo en la plataforma a mi lado, repartiendo muerte y destrucción a diestra y siniestra.

La valentía de los zodanganos era impresionante: ni uno solo intentó huir, y cuando cesó la lucha fue porque en la gran sala no quedaban con vida más que tharks, aparte de Dejah Thoris y yo.

Sab Than yacía muerto junto a su padre, y los cadáveres de la flor de la nobleza y la caballería zodanganas cubrían el suelo de aquel sangriento matadero.

Mi primer pensamiento al terminar la batalla fue para Kantos Kan, y dejando a Dejah Thoris al cuidado de Tars Tarkas tomé una docena de guerreros y me apresuré a bajar a los calabozos situados bajo el palacio. Los carceleros se habían ido todos a unirse a los combatientes en la sala del trono, de modo que registramos sin oposición la laberíntica prisión.

Fui llamando a gritos a Kantos Kan en cada nuevo corredor y celda, y al final tuve la recompensa de oír una débil respuesta. Guiados por el sonido, pronto lo encontramos, indefenso, en un oscuro recoveco.

Se alegró enormemente de verme, y de saber el sentido del combate, cuyos débiles ecos habían llegado hasta su celda. Me contó que la patrulla aérea lo había capturado antes de que llegara a la alta torre del palacio, de modo que ni siquiera había visto a Sab Than.

Comprobamos que sería inútil intentar cortar los barrotes y las ca-

denas que lo mantenían preso, así que, por sugerencia suya, volví a registrar los cuerpos del piso de arriba en busca de llaves para abrir los candados de su celda y de sus cadenas.

Por fortuna, entre los primeros que examiné encontré a su carcelero, y pronto teníamos a Kantos Kan con nosotros en la sala del trono.

Nos llegaban desde las calles de la ciudad los sonidos de un fuerte tiroteo, mezclados con gritos y alaridos, y Tars Tarkas se marchó apresuradamente a dirigir el combate en el exterior. Kantos Kan lo acompañó para servirle de guía; los guerreros verdes comenzaron un registro minucioso del palacio en busca de otros zodanganos y de botín, y Dejah Thoris y yo quedamos a solas.

Se había dejado caer en uno de los tronos de oro, y cuando me volví hacia ella me saludó con una sonrisa pálida.

«¡Hubo alguna vez un hombre así!», exclamó. «Sé que Barsoom jamás había visto a otro como tú. ¿Será posible que todos los hombres de la Tierra sean como tú? Solo, extranjero, perseguido, amenazado, acosado, has hecho en pocos meses lo que en todas las edades pasadas de Barsoom ningún hombre ha hecho: unir a las hordas salvajes de los fondos marinos y llevarlas a combatir como aliadas de un pueblo rojo de Marte.»

«La respuesta es fácil, Dejah Thoris», contesté sonriendo. «No fui yo quien lo hizo, fue el amor, el amor por Dejah Thoris, un poder que obraría milagros aún mayores que este que has visto.»

Un hermoso rubor se extendió por su rostro, y respondió:

«Puedes decirlo ahora, John Carter, y yo puedo escucharlo, porque soy libre.»

«Y aún tengo más que decir, antes de que sea de nuevo demasiado tarde», repliqué. «He hecho muchas cosas extrañas en mi vida, muchas que hombres más sabios no se habrían atrevido a hacer, pero ni en mis fantasías más descabelladas he soñado con ganarme para mí a una Dejah Thoris, porque nunca había soñado que en todo el universo viviera una mujer como la princesa de Helium. Que seas una princesa

no me intimida, pero que seas tú basta para hacerme dudar de mi cordura al pedirte, princesa mía, que seas mía.»

«No necesita intimidarse quien tan bien conocía la respuesta a su ruego antes de que el ruego se hiciera», respondió ella, y, levantándose y posando sus queridas manos sobre mis hombros, la tomé en mis brazos y la besé.

Y así, en medio de una ciudad en feroz conflicto, llena de las alarmas de la guerra, con la muerte y la destrucción segando su terrible cosecha a su alrededor, Dejah Thoris, princesa de Helium, verdadera hija de Marte, el dios de la guerra, prometió su mano en matrimonio a John Carter, caballero de Virginia.

XXVI. A través de la carnicería hacia la alegría

Algún tiempo después Tars Tarkas y Kantos Kan regresaron a informar de que Zodanga había sido completamente sometida. Sus fuerzas estaban enteramente destruidas o capturadas, y no cabía esperar más resistencia desde el interior. Varios acorazados habían escapado, pero había miles de naves de guerra y mercantes bajo la custodia de guerreros tharks.

Las hordas menores habían comenzado a saquear y a pelearse entre sí, de modo que se decidió reunir a los guerreros que pudiéramos, tripular con prisioneros zodanganos cuantas naves fuera posible y partir hacia Helium sin perder más tiempo.

Cinco horas después zarpamos desde los techos de los edificios del puerto con una flota de doscientos cincuenta acorazados, que llevaban cerca de cien mil guerreros verdes, seguida de una flota de transportes con nuestros thoats.

Tras de nosotros dejamos la ciudad herida en las feroces y brutales garras de unos cuarenta mil guerreros verdes de las hordas menores. Saqueaban, mataban y peleaban entre ellos. En un centenar de lugares habían prendido fuego, y columnas de denso humo se elevaban sobre la ciudad como para ocultar a los ojos del cielo los horrendos espectáculos de abajo.

A media tarde divisamos las torres escarlata y amarillas de Helium, y poco después una gran flota de acorazados zodanganos se alzó de los campamentos de los sitiadores, fuera de la ciudad, y avanzó a nuestro encuentro.

Los estandartes de Helium habían sido tendidos de proa a popa en cada una de nuestras poderosas naves, pero los zodanganos no necesitaban esa señal para darse cuenta de que éramos enemigos, pues nuestros guerreros verdes marcianos les habían abierto fuego casi desde

que despegaron del suelo. Con su asombrosa puntería, barrieron la flota que venía hacia nosotros con descarga tras descarga.

Las ciudades gemelas de Helium, al percibir que éramos amigos, enviaron cientos de naves en nuestra ayuda, y entonces empezó la primera verdadera batalla aérea que yo había presenciado.

Las naves que llevaban a nuestros guerreros verdes se mantuvieron dando vueltas sobre las flotas contendientes de Helium y Zodanga, ya que sus baterías eran inútiles en manos de los tharks, que, al no tener armada, no tienen destreza en artillería naval. Su fuego de armas portátiles, en cambio, era sumamente eficaz, y el desenlace final del combate estuvo fuertemente influido, si no del todo determinado, por su presencia.

Al principio las dos fuerzas giraron a la misma altura, descargándose una andanada tras otra. Pronto se abrió un gran boquete en el casco de una de las inmensas naves de combate del campamento zodangano; con un bandazo se volcó por completo, y las pequeñas figuras de su tripulación se precipitaron, dando vueltas y retorciéndose, hacia el suelo, unos trescientos metros más abajo; luego, con vertiginosa velocidad, se lanzó tras ellos, y casi se hundió por completo en el blando légamo del antiguo fondo marino.

Un salvaje grito de júbilo se alzó de la escuadra de Helium, y con redoblada ferocidad cayeron sobre la flota zodangana. Con una bella maniobra, dos de las naves de Helium lograron colocarse por encima de sus adversarias, desde donde descargaron sobre ellas, con sus baterías de bombas de quilla, un verdadero torrente de bombas explosivas.

Después, una a una, los acorazados de Helium consiguieron elevarse por encima de los zodanganos, y en poco tiempo varios de los acorazados sitiadores iban a la deriva, convertidos en ruinas sin esperanza, hacia la alta torre escarlata de la Helium mayor. Otros intentaron escapar, pero pronto fueron rodeados por miles de pequeñas naves individuales, y sobre cada uno se cernía un monstruoso acorazado de Helium, listo para lanzar partidas de abordaje sobre sus cubiertas.

En poco más de una hora desde el momento en que la victoriosa escuadra zodangana se había alzado a nuestro encuentro desde el campamento de los sitiadores, la batalla había terminado, y las naves restantes de los zodanganos vencidos se dirigían a las ciudades de Helium bajo tripulaciones de presa.

Había un aspecto sumamente patético en la rendición de estas poderosas naves, resultado de una antiquísima costumbre que exigía que la rendición se señalara con el salto voluntario al vacío del comandante de la nave vencida. Uno tras otro, aquellos valientes, sosteniendo sus colores en alto sobre sus cabezas, se arrojaron desde las altas proas de sus poderosas naves hacia una muerte espantosa.

No cesó el combate, ni terminó el inútil sacrificio de hombres valientes, hasta que el comandante de toda la flota dio el terrible salto, indicando así la rendición de las naves restantes.

Hicimos entonces señales a la nave insignia de la armada de Helium para que se acercara, y cuando estuvo al alcance de la voz grité que teníamos a bordo a la princesa Dejah Thoris, y que deseábamos trasladarla a la nave insignia para que la llevaran de inmediato a la ciudad.

Cuando el pleno significado de mi anuncio caló en ellos, un gran clamor se alzó desde las cubiertas de la nave insignia, y un momento después los colores de la princesa de Helium se desplegaron en un centenar de puntos de su estructura superior. Cuando las demás naves de la escuadra captaron el sentido de las señales que se les hacían, recogieron la salvaje aclamación y desplegaron sus colores bajo el brillante sol.

La nave insignia se dirigió hacia nosotros y, mientras viraba con gracia y tocaba nuestro costado, una docena de oficiales saltaron a nuestras cubiertas. Cuando su mirada atónita cayó sobre los cientos de guerreros verdes que salían entonces de los refugios de combate, se detuvieron horrorizados, pero al ver a Kantos Kan, que avanzó a su encuentro, se adelantaron, apiñándose a su alrededor.

Dejah Thoris y yo avanzamos entonces, y ya no tuvieron ojos para nadie más que para ella. Ella los recibió con gracia, llamando a cada uno por su nombre, pues eran hombres de gran estima y servicio ante su abuelo, y los conocía bien.

«Pongan las manos sobre el hombro de John Carter», les dijo, volviéndose hacia mí, «el hombre a quien Helium debe a su princesa, así como su victoria de hoy».

Fueron muy corteses conmigo y dijeron muchas cosas amables y elogiosas, pero lo que más parecía impresionarlos era que yo hubiera ganado la ayuda de los feroces tharks en mi campaña por la liberación de Dejah Thoris y el socorro de Helium.

«Ustedes deben su gratitud más a otro hombre que a mí», dije, «y aquí está; conozcan a uno de los mayores soldados y estadistas de Barsoom, Tars Tarkas, jeddak de Thark».

Con la misma pulida cortesía que había marcado su trato hacia mí, extendieron sus saludos al gran thark, y, para mi sorpresa, él no les iba muy a la zaga en soltura de porte ni en lenguaje cortesano. Aunque no son una raza locuaz, los tharks son sumamente formales, y sus modales se prestan asombrosamente a un trato digno y cortés.

Dejah Thoris subió a bordo de la nave insignia, y se disgustó mucho de que yo no la siguiera, pero, como le expliqué, la batalla estaba apenas medio ganada; aún teníamos que dar cuenta de las fuerzas terrestres de los zodanganos sitiadores, y yo no dejaría a Tars Tarkas hasta que eso se hubiera cumplido.

El comandante de las fuerzas navales de Helium prometió disponer que los ejércitos de Helium atacaran desde la ciudad junto con nuestro ataque por tierra, y así las naves se separaron y Dejah Thoris fue llevada en triunfo de regreso a la corte de su abuelo, Tardos Mors, jeddak de Helium.

A lo lejos estaba nuestra flota de transportes, con los thoats de los guerreros verdes, donde habían permanecido durante la batalla. Sin plataformas de desembarco, descargar aquellas bestias en la llanura

abierta iba a ser un asunto difícil, pero no había otro remedio, y así nos dirigimos a un punto situado a unos dieciséis kilómetros de la ciudad y comenzamos la tarea.

Fue necesario bajar a los animales al suelo en eslingas, y este trabajo ocupó el resto del día y la mitad de la noche. Dos veces nos atacaron grupos de caballería zodangana, aunque con pocas bajas, y cuando cayó la oscuridad se retiraron.

Tan pronto como fue descargado el último thoat, Tars Tarkas dio la orden de avanzar, y en tres columnas nos deslizamos hacia el campamento zodangano desde el norte, el sur y el este.

A un kilómetro y medio del campamento principal topamos con sus avanzadas y, como se había acordado, tomamos esto como la señal para cargar. Con gritos salvajes y feroces, y entre los desagradables chillidos de los thoats enfurecidos por la batalla, nos lanzamos sobre los zodanganos.

No los sorprendimos dormidos, sino que hallamos frente a nosotros una línea de batalla bien atrincherada. Una y otra vez fuimos rechazados hasta que, hacia el mediodía, empecé a temer por el resultado de la batalla.

Los zodanganos sumaban cerca de un millón de hombres de combate, reunidos de polo a polo, dondequiera que se extendieran sus vías de agua como cintas, mientras que frente a ellos había menos de cien mil guerreros verdes. Las fuerzas de Helium no habían llegado, ni podíamos recibir noticia alguna de ellas.

Justo al mediodía oímos un fuerte fuego a lo largo de toda la línea entre los zodanganos y las ciudades, y supimos entonces que habían llegado los refuerzos tan necesarios.

Tars Tarkas ordenó de nuevo la carga, y una vez más los poderosos thoats llevaron a sus terribles jinetes contra las empalizadas del enemigo. En el mismo instante la línea de batalla de Helium arrolló los parapetos opuestos de los zodanganos, y en otro momento estos eran aplastados como entre dos muelas de molino. Lucharon con nobleza, pero

en vano.

La llanura ante la ciudad se convirtió en un verdadero matadero antes de que se rindiera el último zodangano, pero al fin cesó la carnicería, los prisioneros fueron conducidos de regreso a Helium, y entramos por las puertas de la gran ciudad en una enorme procesión triunfal de héroes conquistadores.

Las amplias avenidas estaban flanqueadas de mujeres y niños, entre los cuales se hallaban los pocos hombres cuyas obligaciones exigían que permanecieran dentro de la ciudad durante la batalla. Se nos saludó con un interminable aplauso y se nos cubrió de adornos de oro, platino, plata y piedras preciosas. La ciudad se había vuelto loca de alegría.

Mis feroces tharks causaron el más desbordado entusiasmo y emoción. Nunca antes un cuerpo armado de guerreros verdes había cruzado las puertas de Helium, y que llegaran ahora como amigos y aliados llenó de regocijo a los hombres rojos.

Que mis humildes servicios a Dejah Thoris se habían dado a conocer a los heliumitas lo evidenciaban los fuertes gritos de mi nombre y las cargas de adornos que se prendieron sobre mí y sobre mi enorme thoat mientras subíamos por las avenidas hacia el palacio, pues incluso ante el aspecto feroz de Woola la multitud se apretaba en torno mío.

Cuando nos acercábamos a esta magnífica mole nos salió al encuentro un grupo de oficiales que nos saludó calurosamente y solicitó que Tars Tarkas y sus jeds, con los jeddaks y jeds de sus salvajes aliados, junto conmigo, desmontáramos y los acompañáramos para recibir de Tardos Mors una expresión de su gratitud por nuestros servicios.

En lo alto de la gran escalinata que conducía a los portales principales del palacio estaba la familia real, y cuando llegamos a los peldaños inferiores uno de ellos descendió a nuestro encuentro.

Era un ejemplar casi perfecto de hombre: alto, derecho como una flecha, de magnífica musculatura y con el porte y el aire de un gober-

nante de hombres. No necesité que me dijeran que era Tardos Mors, jeddak de Helium.

El primer miembro de nuestro grupo que encontró fue Tars Tarkas, y sus primeras palabras sellaron para siempre la nueva amistad entre las razas.

«Que Tardos Mors pueda conocer al mayor guerrero vivo de Barsoom es un honor inestimable», dijo con fervor, «pero que pueda poner la mano sobre el hombro de un amigo y aliado es un favor mucho mayor».

«Jeddak de Helium», respondió Tars Tarkas, «ha correspondido a un hombre de otro mundo enseñar a los guerreros verdes de Barsoom el significado de la amistad; a él debemos que las hordas de Thark puedan entenderte, que puedan apreciar y corresponder los sentimientos tan gentilmente expresados».

Tardos Mors saludó entonces a cada uno de los jeddaks y jeds verdes, y a cada uno dirigió palabras de amistad y reconocimiento.

Al acercarse a mí me puso ambas manos sobre los hombros.

«Bienvenido, hijo mío», dijo, «que se te conceda, de buen grado y sin una sola palabra de oposición, la joya más preciosa de todo Helium, sí, de todo Barsoom, es prueba suficiente de mi estima».

Se nos presentó luego a Mors Kajak, jed de la Helium menor y padre de Dejah Thoris. Había seguido de cerca a Tardos Mors y parecía aún más conmovido por el encuentro que su padre.

Intentó una docena de veces expresarme su gratitud, pero la voz se le quebraba por la emoción y no podía hablar, y eso que tenía, como me enteré más tarde, una reputación de ferocidad y de intrepidez como combatiente que era notable incluso en la guerrera Barsoom. Como todo Helium, adoraba a su hija, y no podía pensar en aquello de lo que ella había escapado sin profunda emoción.

XXVII. De la dicha a la muerte

Durante diez días las hordas de Thark y sus salvajes aliados fueron agasajadas y entretenidas, y luego, cargadas de costosos presentes y escoltadas por diez mil soldados de Helium al mando de Mors Kajak, emprendieron el viaje de regreso a sus propias tierras. El jed de Helium Menor, con un pequeño grupo de nobles, los acompañó todo el camino hasta Thark para estrechar más los nuevos lazos de paz y amistad.

Sola también acompañó a Tars Tarkas, su padre, quien ante todos sus jefes la había reconocido como hija suya.

Tres semanas después, Mors Kajak y sus oficiales, acompañados por Tars Tarkas y Sola, regresaron a bordo de un buque de guerra que había sido enviado a Thark para traerlos a tiempo para la ceremonia que hizo de Dejah Thoris y John Carter uno solo.

Durante nueve años serví en los consejos y combatí en los ejércitos de Helium como príncipe de la casa de Tardos Mors. El pueblo parecía no cansarse nunca de colmarme de honores, y no pasaba un día sin que trajera alguna nueva prueba de su cariño por mi princesa, la incomparable Dejah Thoris.

En una incubadora de oro, sobre la azotea de nuestro palacio, descansaba un huevo blanco como la nieve. Durante casi cinco años diez soldados de la Guardia del jeddak lo habían custodiado sin descanso, y ningún día que yo estuviera en la ciudad dejamos de pararnos Dejah Thoris y yo, de la mano, ante nuestro pequeño santuario, haciendo planes para el futuro, cuando la frágil cáscara se rompiera.

Vive en mi memoria la imagen de la última noche, cuando estábamos allí sentados hablando en voz baja del extraño romance que había entretejido nuestras vidas y de esta maravilla que venía a acrecentar nuestra felicidad y a cumplir nuestras esperanzas.

A lo lejos vimos la luz blanca y brillante de una nave aérea que se

acercaba, pero no dimos especial importancia a una vista tan común. Como un rayo se lanzó hacia Helium, hasta que su misma velocidad delató que algo no era habitual.

Haciendo las señales que la declaraban portadora de un despacho para el jeddak, daba vueltas con impaciencia esperando el lento bote de patrulla que debía escoltarla hasta los muelles del palacio.

Diez minutos después de que tocó tierra en el palacio, un mensaje me llamó a la cámara del consejo, que encontré llenándose con los miembros de ese cuerpo.

Sobre la plataforma elevada del trono estaba Tardos Mors, yendo y viniendo con el rostro tenso. Cuando todos estuvieron en sus asientos, se volvió hacia nosotros.

«Esta mañana», dijo, «llegó a los diversos gobiernos de Barsoom la noticia de que el guardián de la planta de la atmósfera no había enviado informe por radio en dos días, ni las llamadas casi incesantes que veinte capitales le dirigían habían arrancado señal alguna de respuesta.

»Los embajadores de las otras naciones nos pidieron que tomáramos el asunto en nuestras manos y que hiciéramos llegar cuanto antes al guardián auxiliar hasta la planta. Durante todo el día mil cruceros lo han estado buscando, hasta que hace un momento uno de ellos regresó trayendo su cadáver, hallado en los sótanos bajo su casa, horriblemente mutilado por algún asesino.

»No necesito decirles lo que esto significa para Barsoom. Tomaría meses penetrar esos poderosos muros, de hecho el trabajo ya ha comenzado, y habría poco que temer si el motor de la planta de bombeo funcionara como debe y como han funcionado todos durante cientos de años; pero tememos que haya ocurrido lo peor. Los instrumentos muestran una rápida disminución de la presión del aire en todas partes de Barsoom: el motor se ha detenido».

«Caballeros», concluyó, «nos quedan, en el mejor de los casos, tres días de vida».

Hubo un silencio absoluto durante varios minutos, y entonces un joven noble se puso de pie y, con la espada desenvainada en alto sobre la cabeza, se dirigió a Tardos Mors.

«Los hombres de Helium se han enorgullecido de haber mostrado siempre a Barsoom cómo debe vivir una nación de hombres rojos; ahora se nos presenta la ocasión de mostrarles cómo deben morir. Vayamos a nuestras obligaciones como si aún tuviéramos por delante mil años de provecho».

La cámara resonó de aplausos, y como no había nada mejor que hacer que calmar los temores del pueblo con nuestro ejemplo, nos fuimos cada cual por su camino con sonrisas en el rostro y la pena royéndonos el corazón.

Cuando volví a mi palacio descubrí que el rumor ya había llegado a Dejah Thoris, de modo que le conté todo lo que había oído.

«Hemos sido muy felices, John Carter», dijo, «y agradezco a cualquiera que sea el destino que nos alcance que nos permita morir juntos».

Los dos días siguientes no trajeron cambio apreciable en el suministro de aire, pero en la mañana del tercero respirar se hizo difícil en las mayores alturas de las azoteas. Las avenidas y plazas de Helium estaban llenas de gente. Todo negocio había cesado. En su mayor parte, el pueblo miraba con valentía de frente a su ineludible condena. Aquí y allá, sin embargo, hombres y mujeres se abandonaban a un llanto silencioso.

Hacia mediodía muchos de los más débiles comenzaron a sucumbir, y en una hora el pueblo de Barsoom se hundía por millares en la inconsciencia que precede a la muerte por asfixia.

Dejah Thoris y yo, con los demás miembros de la familia real, nos habíamos reunido en un jardín hundido, dentro de un patio interior del palacio. Conversábamos en voz baja, cuando conversábamos, mientras el pavor de la torva sombra de la muerte se extendía sobre nosotros. Hasta Woola parecía sentir el peso de la calamidad inminente,

pues se apretaba contra Dejah Thoris y contra mí, gimiendo lastimosamente.

La pequeña incubadora había sido traída de la azotea de nuestro palacio a petición de Dejah Thoris, y ella estaba sentada contemplando con anhelo la pequeña vida desconocida que ahora ya nunca llegaría a conocer.

Como ya era perceptiblemente difícil respirar, Tardos Mors se levantó y dijo:

«Despidámonos unos de otros. Los días de la grandeza de Barsoom han terminado. El sol de mañana mirará desde lo alto un mundo muerto que por toda la eternidad habrá de seguir meciéndose en los cielos sin estar poblado ni siquiera de recuerdos. Es el fin».

Se inclinó y besó a las mujeres de su familia, y puso su fuerte mano sobre los hombros de los hombres.

Cuando me volví con tristeza de él, mis ojos cayeron sobre Dejah Thoris. Tenía la cabeza caída sobre el pecho y, según todas las apariencias, estaba sin vida. Con un grito corrí hacia ella y la alcé en mis brazos.

Abrió los ojos y miró dentro de los míos.

«Bésame, John Carter», murmuró. «¡Te amo! ¡Te amo! Es cruel que tengamos que ser separados, cuando apenas comenzábamos una vida de amor y de felicidad».

Mientras apretaba sus queridos labios contra los míos, volvió a surgir en mí el antiguo sentimiento de poder y autoridad invencibles. La sangre combativa de Virginia despertó en mis venas.

«No será, mi princesa», exclamé. «Hay, tiene que haber algún modo, y John Carter, que se abrió paso luchando por un mundo extraño por amor a ti, lo encontrará».

Y con mis palabras se alzó por encima del umbral de mi mente consciente una serie de nueve sonidos largamente olvidados. Como un relámpago en la oscuridad, su pleno significado se hizo claro para mí: ¡la clave de las tres grandes puertas de la planta de la atmósfera!

Volviéndome de pronto hacia Tardos Mors, mientras aún estrechaba contra el pecho a mi moribunda amada, grité:

«¡Una nave, Jeddak! ¡Rápido! Ordene que traigan a la azotea del palacio su nave más veloz. Aún puedo salvar a Barsoom».

No esperó a preguntar, sino que en un instante un guardia corría al muelle más cercano, y aunque el aire era tenue y casi inexistente en la azotea, lograron lanzar la más rápida de las naves exploradoras de un solo tripulante que la destreza de Barsoom hubiera producido jamás.

Besando a Dejah Thoris una docena de veces y ordenando a Woola, que habría querido seguirme, que se quedara a cuidarla, salté con mi antigua agilidad y fuerza hasta las altas murallas del palacio, y un momento después iba rumbo a la meta de las esperanzas de todo Barsoom.

Tenía que volar bajo para conseguir aire suficiente para respirar, pero tomé un rumbo recto a través del fondo de un antiguo mar y así solo tuve que elevarme unos pocos palmos sobre el suelo.

Viajé con una velocidad espantosa, pues mi misión era una carrera contra el tiempo y la muerte. El rostro de Dejah Thoris estaba siempre ante mí. Cuando me volví para mirarla por última vez al dejar el jardín del palacio, la había visto tambalearse y desplomarse en el suelo junto a la pequeña incubadora. Sabía muy bien que había caído en el último coma, que terminaría en la muerte si el suministro de aire no se reponía, y por eso, echando la cautela por la borda, arrojé al vacío todo menos el motor y la brújula, incluso mis adornos, y tendido boca abajo a lo largo de la cubierta, con una mano en el timón y la otra empujando la palanca de velocidad hasta su última muesca, hendí el aire enrarecido de Marte moribundo con la rapidez de un meteoro.

Una hora antes del anochecer las grandes murallas de la planta de la atmósfera surgieron de pronto ante mí, y con un golpe nauseabundo me estrellé contra el suelo frente a la pequeña puerta que negaba la chispa de vida a los habitantes de todo un planeta.

Junto a la puerta una numerosa cuadrilla de hombres había estado

trabajando para perforar la muralla, pero apenas habían rasguñado la superficie, dura como el pedernal, y ahora la mayoría yacía en el último sueño, del que ni siquiera el aire podría despertarlos.

Las condiciones parecían mucho peores aquí que en Helium, y apenas podía respirar. Quedaban unos pocos hombres todavía conscientes, y a uno de ellos le hablé.

«Si logro abrir estas puertas, ¿hay alguien que pueda poner en marcha los motores?», pregunté.

«Yo puedo», respondió, «si abre pronto. Solo puedo aguantar unos momentos más. Pero es inútil, ambos están muertos y nadie más en Barsoom conocía el secreto de estas terribles cerraduras. Durante tres días hombres enloquecidos de miedo se han agolpado ante este portal en vanos intentos de resolver su misterio».

No tenía tiempo para hablar, me estaba debilitando mucho y apenas lograba controlar mi mente.

Pero, con un último esfuerzo, mientras me desplomaba sin fuerzas sobre las rodillas, lancé las nueve ondas de pensamiento contra aquella cosa terrible que tenía delante. El marciano se había arrastrado hasta mi lado y, con los ojos desorbitados fijos en el único panel que teníamos enfrente, esperamos en el silencio de la muerte.

Lentamente la poderosa puerta se retiró ante nosotros. Intenté levantarme y seguirla, pero estaba demasiado débil.

«Tras ella», grité a mi compañero, «y si llega a la sala de bombas, ponga en marcha todas las bombas. ¡Es la única posibilidad que tiene Barsoom de existir mañana!».

Desde donde yacía abrí la segunda puerta, y luego la tercera, y cuando vi la esperanza de Barsoom arrastrándose débilmente sobre manos y rodillas por el último umbral, caí inconsciente al suelo.

XXVIII. En la cueva de Arizona

Era de noche cuando volví a abrir los ojos. Tenía puestas sobre el cuerpo unas prendas extrañas y tiesas; prendas que crujieron y se deshicieron en polvo al incorporarme hasta quedar sentado.

Me palpé de pies a cabeza y de pies a cabeza estaba vestido, aunque al caer inconsciente ante la pequeña puerta había estado desnudo. Ante mí había un pequeño retazo de cielo iluminado por la luna que se veía a través de una abertura irregular.

Al pasar las manos por mi cuerpo tropezaron con unos bolsillos, y en uno de ellos había un pequeño paquete de fósforos envuelto en papel aceitado. Encendí uno de ellos, y su tenue llama iluminó lo que parecía ser una enorme cueva, hacia cuyo fondo descubrí una figura extraña e inmóvil, encorvada sobre un banquillo diminuto. Al acercarme vi que eran los restos muertos y momificados de una viejecita de largo cabello negro, y lo que tenía delante era un pequeño brasero de carbón sobre el cual descansaba una vasija redonda de cobre que contenía una pequeña cantidad de polvo verdoso.

Detrás de ella, colgando del techo de correas de cuero crudo y extendiéndose por toda la cueva, había una hilera de esqueletos humanos. De la correa que los sostenía salía otra hasta la mano muerta de la viejecita; al tocar la cuerda, los esqueletos se balancearon con el movimiento y con un ruido como de hojas secas que crujen.

Era un cuadro de lo más grotesco y horrible, y salí deprisa al aire fresco, contento de escapar de un lugar tan macabro.

La vista que se presentó ante mis ojos al salir a la pequeña cornisa que corría frente a la entrada de la cueva me llenó de consternación.

Un cielo nuevo y un paisaje nuevo se ofrecían a mi mirada. Las montañas plateadas a lo lejos, la luna casi inmóvil colgada en el cielo, el valle sembrado de cactos bajo mis pies, no eran de Marte. Apenas

podía creer a mis ojos, pero la verdad se me fue imponiendo poco a poco: estaba contemplando Arizona desde la misma cornisa desde la que diez años antes había mirado a Marte con anhelo.

Hundiendo la cabeza entre los brazos, me volví, quebrantado y triste, por el sendero que bajaba de la cueva.

Sobre mí brillaba el ojo rojo de Marte, guardando su terrible secreto a unos setenta y siete millones de kilómetros de distancia.

¿Llegó el marciano a la sala de bombas? ¿Llegó el aire vivificante a los habitantes de ese lejano planeta a tiempo para salvarlos? ¿Estaba viva mi Dejah Thoris, o yacía su hermoso cuerpo frío en la muerte junto a la diminuta incubadora de oro en el jardín hundido del patio interior del palacio de Tardos Mors, el jeddak de Helium?

Durante diez años he esperado y rezado para obtener respuesta a mis preguntas. Durante diez años he esperado y rezado para que me llevaran de vuelta al mundo de mi amor perdido. Preferiría yacer muerto junto a ella allá que vivir en la Tierra a todos esos millones de terribles kilómetros de ella.

La vieja mina, que encontré intacta, me ha hecho fabulosamente rico; pero ¡qué me importa la riqueza!

Mientras estoy sentado aquí esta noche, en mi pequeño estudio con vista al Hudson, han transcurrido justamente veinte años desde que abrí por primera vez los ojos en Marte.

La veo brillar en el cielo a través de la ventanita junto a mi escritorio, y esta noche parece llamarme otra vez como no lo había hecho desde aquella noche lejana y muerta, y creo ver, a través de ese terrible abismo del espacio, a una hermosa mujer de cabello negro parada en el jardín de un palacio, y a su lado hay un niño pequeño que le rodea la cintura con el brazo mientras ella señala en el cielo hacia el planeta Tierra, y a sus pies hay una criatura enorme y espantosa con un corazón de oro.

Creo que me están esperando allá, y algo me dice que pronto lo sabré.